



UNIVERSIDAD DE CHILE
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Sociología

**DIAGNÓSTICO DE LA POBLACIÓN JUVENIL CHILENA
CON ENFOQUE DE GÉNERO
Análisis Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006)**

Tesis para optar al TÍTULO PROFESIONAL DE SOCIÓLOGA

Autora: ALINA DONOSO OYARZÚN
Profesor Guía: OMAR AGUILAR NOVOA

Santiago de Chile
2011

TABLA DE CONTENIDOS

	Pág.
RESUMEN.....	xiv
INTRODUCCIÓN.....	1
CAPÍTULO I	
ANTECEDENTES GENERALES.....	8
1.1 Juventud y Género en el Marco de la Política Pública en Chile.....	8
1.2 Las Encuestas Nacionales de Juventud en Chile.....	12
1.3 Principales Características Sociodemográficas de la Población Juvenil Chilena según la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006).....	14
1.3.1 Quinta Encuesta Nacional de Juventud. Breve Nota Metodológica...	14
1.3.2 Principales Características Sociodemográficas de la Población Joven Chilena a 2006.....	15
CAPÍTULO II	
OBJETIVOS E HIPÓTESIS.....	20
2.1 Objetivo General.....	20
2.1.1 Objetivos Específicos.....	20
2.2 Hipótesis.....	21
CAPÍTULO III	
MARCO TEÓRICO.....	22
3.1 La Categoría de Juventud y la Condición Juvenil.....	23
3.1.1 La Perspectiva de la Transición y la Condición Juvenil.....	28
3.1.2 La Intersección entre Juventud y Género.....	30
3.2 Enfoque de Género y Desigualdades.....	33

CAPÍTULO IV

METODOLOGÍA.....	41
4.1 Estrategia Metodológica y Plan de Análisis.....	41
4.1.1 Universo del Estudio y Unidad de Análisis de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006).....	42
4.1.2 Técnicas de Producción y Análisis de la Información.....	43

CAPÍTULO V

PRINCIPALES RESULTADOS.....	44
5.1 Empleabilidad.....	45
5.1.1 Educación.....	46
5.1.2 Trabajo y Autonomía Económica.....	63
5.2 Sexualidad.....	73
5.2.1 Maternidad y Paternidad.....	87
5.3 Acceso y Uso de TIC's.....	94
5.4 Uso del Tiempo Libre.....	99
5.5 Violencia en la Pareja.....	106
5.6 Representaciones y Modelos de Género.....	111

CAPÍTULO VI

CONCLUSIONES.....	120
BIBLIOGRAFÍA.....	126
ANEXO 1.....	134
ANEXO 2.....	145

ÍNDICE DE GRÁFICOS

	Pág.
GRÁFICO 1 Población Joven Chilena que está Estudiando según Sexo y Tramo Etario.....	47
GRÁFICO 2 Población de 15 a 19 años que está Estudiando según Sexo, Nivel Socioeconómico y Localidad	48
GRÁFICO 3 Población de 15 a 19 años que está Estudiando según Sexo y Paternidad/Maternidad	49
GRÁFICO 4 Población de 15 a 19 años según Sexo y Principal Razón para NO Estar Estudiando.....	51
GRÁFICO 5 Población de 20 a 24 años que está Estudiando según Sexo y Nivel Socioeconómico	53
GRÁFICO 6 Población de 20 a 24 años que está Estudiando según Sexo y Paternidad/Maternidad.....	54
GRÁFICO 7 Población de 20 a 24 años que está Estudiando según Sexo y si está o no Casada o Vive con su Pareja.....	55
GRÁFICO 8 Población de 20 a 24 años según Sexo y Principal Razón para NO Estar Estudiando	55
GRÁFICO 9 Población de 25 a 29 años que está Estudiando según Sexo y Nivel Socioeconómico.....	57
GRÁFICO 10 Población de 25 a 29 años que está Estudiando según Sexo y Paternidad/Maternidad	58
GRÁFICO 11 Población de 25 a 29 años que está Estudiando según Sexo y si está o no Casada o Vive con su Pareja.....	59
GRÁFICO 12 Población de 25 a 29 años según Sexo y Principal Razón para NO Estar Estudiando.....	60
GRÁFICO 13 Población de 25 a 29 años según Nivel Educativo, Paternidad/Maternidad y Sexo.....	62
GRÁFICO 14 Población de 15 a 19 años según Sexo y Situación Laboral.....	65
GRÁFICO 15 Población de 20 a 24 años según Sexo y Situación Laboral.....	65
GRÁFICO 16 Población de 25 a 29 años según Sexo y Situación Laboral.....	66

GRÁFICO 17	Población de 15 a 19 años según Sexo, Situación Laboral y Nivel Socioeconómico.....	67
GRÁFICO 18	Población de 20 a 24 años según Sexo, Situación Laboral y Nivel Socioeconómico.....	67
GRÁFICO 19	Población de 25 a 29 años según Sexo, Situación Laboral y Nivel Socioeconómico.....	68
GRÁFICO 20	Población de 15 a 19 años según Sexo y Nivel de Autonomía Económica.....	69
GRÁFICO 21	Población de 20 a 24 años según Sexo y Nivel de Autonomía Económica.....	69
GRÁFICO 22	Población de 25 a 29 años según Sexo y Nivel de Autonomía Económica.....	69
GRÁFICO 23	Población de 15 a 19 años según Sexo, Nivel de Autonomía Económica y Maternidad/Paternidad.....	72
GRÁFICO 24	Población de 20 a 24 años según Sexo, Nivel de Autonomía Económica y Maternidad/Paternidad.....	72
GRÁFICO 25	Población de 25 a 29 años según Sexo, Nivel de Autonomía Económica y Maternidad/Paternidad.....	73
GRÁFICO 26	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo y Tramo Etario.....	76
GRÁFICO 27	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Edad de la Primera Relación Sexual y Tramo Etario.....	77
GRÁFICO 28	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Edad de la Pareja con quien tuvo la Primera Relación Sexual y Tramo Etario.....	78
GRÁFICO 29	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Relación de Pareja con quien tuvo la Primera Relación Sexual y Tramo Etario.....	79
GRÁFICO 30	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Uso de Algún Método de Prevención/Anticoncepción en la Primera Relación Sexual y Tramo Etario.....	80
GRÁFICO 31	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Método de Prevención/Anticoncepción en la Primera Relación Sexual y Tramo Etario.....	81

GRÁFICO 32	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Razón por la que se Usó el Condón en la Primera Relación Sexual y Tramo Etario.....	82
GRÁFICO 33	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Uso de Algún Método de Prevención/Anticoncepción en la Última Relación Sexual y Tramo Etario.....	83
GRÁFICO 34	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Relación de Pareja con quien tuvo la Última Relación Sexual y Tramo Etario.....	86
GRÁFICO 35	Población Joven Chilena según Sexo, Maternidad/Paternidad y Tramo Etario.....	89
GRÁFICO 36	Población Joven Chilena según Sexo y Edad que tuvo a su Primer Hijo/a	90
GRÁFICO 37	Población Joven Chilena según Sexo, Maternidad/Paternidad y Nivel Socioeconómico.....	91
GRÁFICO 38	Población Joven Chilena según Sexo, Maternidad/Paternidad, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	92
GRÁFICO 39	Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano del Computador y Tramo Etario.....	96
GRÁFICO 40	Población Joven Chilena según Uso Cotidiano de Internet y Tramo Etario.....	97
GRÁFICO 41	Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano del Computador y Nivel Socioeconómico.....	98
GRÁFICO 42	Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano de Internet y Nivel Socioeconómico.....	98
GRÁFICO 43	Población Joven Chilena que Indica Salir o Conversar con sus Amistades según Sexo y Tramo Etario.....	100
GRÁFICO 44	Población Joven Chilena que Indica Salir a Fiestas o Ir a Bailar según Sexo y Tramo Etario.....	102
GRÁFICO 45	Población Joven Chilena que Indica Salir a Fiestas o Ir a Bailar según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	103
GRÁFICO 46	Población Joven Chilena que Practica algún Deporte según Sexo y Tramo Etario.....	105

GRÁFICO 47	Población Joven Chilena que Indica Practicar algún Deporte según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	105
GRÁFICO 48	Población Joven Chilena que Mantiene Algún tipo de Relación de Pareja según Sexo y Tramo Etario.....	106
GRÁFICO 49	Población Joven Chilena que Declara Presencia de Violencia en su Relación de Pareja Actual según Sexo y Tramo Etario.....	109
GRÁFICO 50	Población Joven Chilena que Declara Presencia de Violencia Física en su Relación de Pareja Actual según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	110
GRÁFICO 51	Población Joven Chilena que Declara Presencia de Violencia Psicológica en su Relación de Pareja Actual según Sexo y Nivel Socioeconómico.....	110
GRÁFICO 52	Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la “En el Matrimonio o Relación de Convivencia, los Hombres Debieran Compartir las Labores Domésticas con las Mujeres, Incluido el Cuidado de las/os Hijas/os” según Sexo y Tramo Etario.....	114
GRÁFICO 53	Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase “Cuidar a las/os Hijas/os es Tarea Principalmente de la Mujer” según Sexo y Tramo Etario.....	115
GRÁFICO 54	Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase “En una Relación de Convivencia o Situación Conyugal, no es Deseable que el Hombre Tenga un Sueldo Inferior al de su Mujer o Pareja” según Sexo y Tramo Etario.....	116
GRÁFICO 55	Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase “Mantener Económicamente a la Familia es Tarea Principalmente del Hombre” según Sexo y Tramo Etario.....	117
GRÁFICO 56	Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase “En una Situación de Separación o de Divorcio, es la Mujer la que Preferentemente por Ley Debiera Quedarse con las/os Hijas/os” según Sexo y Tramo Etario.....	118

ÍNDICE DE GRÁFICOS ANEXO 1

	Pág.
GRÁFICO 1 Distribución de la Población Joven Chilena en el Total de la Población del País.....	134
GRÁFICO 2 Distribución de la Población Joven Chilena según Sexo.....	134
GRÁFICO 3 Distribución de la Población Joven Chilena según Tramo Etario..	135
GRÁFICO 4 Distribución de la Población Joven Chilena según Localidad y Sexo.....	135
GRÁFICO 5 Distribución de la Población Joven Chilena según Nivel Socioeconómico y Sexo.....	136
GRÁFICO 6 Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Sexo.....	138
GRÁFICO 7 Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Tramo Etario y Sexo.....	139
GRÁFICO 8 Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Nivel Socioeconómico y Sexo.....	141

ÍNDICE DE TABLAS ANEXO 1

	Pág.
TABLA 1 Población Joven Chilena que está Estudiando Actualmente según Tramo Etario y Sexo.....	136
TABLA 2 Población Joven Chilena que está Estudiando Actualmente según Nivel Socioeconómico y Sexo.....	137
TABLA 3 Población Joven Chilena que está Estudiando Actualmente según Localidad y Sexo.....	137
TABLA 4 Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Sexo.....	138
TABLA 5 Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Tramo Etario y Sexo.....	139
TABLA 6 Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Nivel Socioeconómico y Sexo.....	140

TABLA 7	Fuentes de Ingresos de la Población Joven Chilena según Sexo.....	142
TABLA 8	Fuentes de Ingresos de la Población Joven Chilena según Nivel Socioeconómico y Sexo.....	142
TABLA 9	Nivel de Autonomía en los Ingresos de la Población Joven según Sexo	143
TABLA 10	Lugar donde Vive Habitualmente la Población Joven Chilena según Sexo.....	143
TABLA 11	Lugar donde Vive Habitualmente la Población Joven Chilena según Tramo Etario y Sexo.....	144
TABLA 12	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Tramo Etario y Sexo.....	144

ÍNDICE DE GRÁFICOS ANEXO 2

		Pág.
GRÁFICO 1	Población Joven Chilena que está Estudiando según Sexo, años 2003 y 2006.....	145
GRÁFICO 2	Población de 15 a 19 años que No Estudia y que NO ha Cursado los 12 años de Escolaridad Obligatoria según Sexo...	145
GRÁFICO 3	Población de 25 a 29 años según Nivel Educativo y Sexo.....	146
GRÁFICO 4	Población de 15 a 19 años según Sexo y Edad del Primer Trabajo Remunerado	147
GRÁFICO 5	Población de 20 a 24 años según Sexo y Edad del Primer Trabajo Remunerado	147
GRÁFICO 6	Población de 25 a 29 años según Sexo y Edad del Primer Trabajo Remunerado	148
GRÁFICO 7	Población de 15 a 19 años según Sexo y Condición de Actividad.....	150
GRÁFICO 8	Población de 20 a 24 años según Sexo y Condición de Actividad.....	151

GRÁFICO 9	Población de 25 a 29 años según Sexo y Condición de Actividad.....	151
GRÁFICO 10	Población de 15 a 19 años que NO es Madre o Padre según Sexo y Condición de Actividad.....	152
GRÁFICO 11	Población de 15 a 19 años que es Madre o Padre según Sexo y Condición de Actividad.....	152
GRÁFICO 12	Población de 20 a 24 años que NO es Madre o Padre según Sexo y Condición de Actividad.....	153
GRÁFICO 13	Población de 20 a 24 años que es Madre o Padre según Sexo y Condición de Actividad.....	153
GRÁFICO 14	Población de 25 a 29 años que NO es Madre o Padre según Sexo y Condición de Actividad.....	154
GRÁFICO 15	Población de 25 a 29 años que es Madre o Padre según Sexo y Condición de Actividad.....	154
GRÁFICO 16	Población de 15 a 19 años Iniciada Sexualmente según Sexo y Nivel Socioeconómico.....	156
GRÁFICO 17	Edad de la Primera Relación Sexual de la Población Joven Chilena según Sexo.....	157
GRÁFICO 18	Población Joven Chilena de Acuerdo a la Edad de la Pareja con quien tuvo la Primera Relación Sexual según Sexo.....	158
GRÁFICO 19	Población Joven Chilena de acuerdo al Método de Prevención/anticoncepción que se Usó en la Primera Relación Sexual según Nivel Socioeconómico y Sexo.....	159
GRÁFICO 20	Población Joven Chilena de acuerdo a la Razón por la que se Usó el Condón en la Primera Relación Sexual según Sexo.....	160
GRÁFICO 21	Población Joven Chilena de acuerdo a la Razón por la que se Usó el Condón en la Primera Relación Sexual según Sexo y Nivel Socioeconómico.....	160
GRÁFICO 22	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Método de Prevención/Anticoncepción que Usó en la Última Relación Sexual y Tramo Etario.....	161

GRÁFICO 23	Población Joven Chilena de acuerdo al Método de Prevención/anticoncepción que se Usó en la Última Relación Sexual según Nivel Socioeconómico y Sexo.....	162
GRÁFICO 24	Población Joven Chilena de acuerdo a la Razón por la que se Usó el Condón en la Última Relación Sexual según Sexo.....	162
GRÁFICO 25	Población Joven Chilena de acuerdo a la Razón por la que se Usó el Condón en la Última Relación Sexual según Sexo y Nivel Socioeconómico.....	163
GRÁFICO 26	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Razón por la que Usó el Condón en la Última Relación Sexual y Tramo Etario.....	163
GRÁFICO 27	Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano del Computador, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	164
GRÁFICO 28	Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano de Internet, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	164
GRÁFICO 29	Población Joven Chilena que Indica Salir o Conversar con sus Amistades según Sexo y Nivel Socioeconómico.....	165
GRÁFICO 30	Población Joven Chilena que Indica Salir o Conversar con sus Amistades según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	165
GRÁFICO 31	Población Joven Chilena que Indica Salir a Fiestas o Ir a Bailar según Sexo y Nivel Socioeconómico.....	166
GRÁFICO 32	Población Joven Chilena que Indica Practicar algún Deporte según Sexo y Nivel Socioeconómico.....	166
GRÁFICO 33	Población Joven Chilena que está Casada o Vive con su Pareja según Sexo y Tramo Etario.....	167
GRÁFICO 34	Población Joven Chilena que está Casada o Vive con su Pareja según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	167
GRÁFICO 35	Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la “En el Matrimonio o Relación de Convivencia, los Hombres Debieran Compartir las Labores Domésticas con las Mujeres, Incluido el Cuidado de las/os Hijas/os” según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	168

GRÁFICO 36	Población Joven Chilena en Desacuerdo con la Frase “Cuidar a las/os Hijas/os es Tarea Principalmente de la Mujer” según Sexo y Nivel Socioeconómico.....	168
GRÁFICO 37	Población Joven Chilena en Desacuerdo con la Frase “Cuidar a las/os Hijas/os es Tarea Principalmente de la Mujer” según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	169
GRÁFICO 38	Población Joven Chilena en Desacuerdo con la Frase “En una Relación de Convivencia o Situación Conyugal no es Deseable que el Hombre Tenga un Sueldo Inferior al de su Mujer o Pareja” según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	169
GRÁFICO 39	Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase “Mantener Económicamente a la Familia es Tarea Principalmente del Hombre” según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	170
GRÁFICO 40	Población Joven Chilena en Desacuerdo con la Frase “En una Situación de Separación o de Divorcio, es la Mujer la que Preferentemente por Ley Debiera Quedarse con las/os Hijas/os” según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico.....	170

ÍNDICE DE TABLAS ANEXO 2

		Pág.
TABLA 1	Población de 25 a 29 años según Sexo, Nivel Educativo y Nivel Socioeconómico.....	146
TABLA 2	Población de 15 a 19 años según Sexo y Tipo de Contrato Primer Trabajo Remunerado.....	148
TABLA 3	Población de 20 a 24 años según Sexo y Tipo de Contrato Primer Trabajo Remunerado.....	149
TABLA 4	Población de 25 a 29 años según Sexo y Tipo de Contrato Primer Trabajo Remunerado.....	149
TABLA 5	Población de 15 a 19 años según Sexo, Edad del Primer Trabajo Remunerado y Nivel Socioeconómico.....	149
TABLA 6	Población de 20 a 24 años según Sexo, Edad del Primer Trabajo Remunerado y Nivel Socioeconómico.....	150

TABLA 7	Población de 25 a 29 años según Sexo, Edad del Primer Trabajo Remunerado y Nivel Socioeconómico.....	150
TABLA 8	Población de 15 a 19 años según Sexo y Fuentes de Ingresos...	155
TABLA 9	Población de 20 a 24 años según Sexo y Fuentes de Ingresos...	155
TABLA 10	Población de 25 a 29 años según Sexo y Fuentes de Ingresos...	156
TABLA 11	Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Nivel Socioeconómico y Sexo.....	157
TABLA 12	Población de 20 a 29 años Iniciada Sexualmente según Tramo Etario, Nivel Socioeconómico y Sexo.....	157
TABLA 13	Edad de la Primera Relación Sexual de la Población Joven Chilena según Tramo Etario, Nivel Socioeconómico y Sexo.....	158
TABLA 14	Uso de Algún Método de Prevención en la Primera Relación Sexual por la Población Joven Chilena según Tramo Etario, Nivel Socioeconómico y Sexo.....	159
TABLA 15	Uso de Algún Método de Prevención en la Última Relación Sexual por la Población Joven Chilena según Tramo Etario, Nivel Socioeconómico y Sexo.....	161

RESUMEN

El objeto de este trabajo se funda en el hecho de que, en general, se observa que en los estudios sobre juventud existe una serie de dificultades y debilidades a la hora de aproximarse a las poblaciones juveniles desde el enfoque de género. En dichos análisis, la dimensión de género es reducida a una variable más, lo que redundaría en un vaciamiento de una de las potencialidades de la noción de género: dar cuenta del carácter político que encierran las relaciones de poder propias del sistema sexo-género. Desde esta perspectiva, esta tesis tiene por objetivo diagnosticar, desde el enfoque de género, la situación de la población juvenil chilena en base a los datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006), a fin de aportar elementos para la incorporación del enfoque de género en el emprendimiento de políticas públicas dirigidas a la población joven chilena. Para cumplir con esto se abordarán, conceptualmente, las implicancias de la intersección entre juventud y género; se analizará la información proporcionada por la Quinta Encuesta Nacional de Juventud mediante el uso de técnicas de análisis bivariado; y, se caracterizará la situación de la población juvenil chilena en áreas identificadas como relevantes para la detección de desigualdades y diferencias entre los sexos de acuerdo a las evidencias aportadas por la teoría de género (educación; mundo del trabajo y autonomía económica; sexualidad; maternidad y paternidad; representaciones y modelos de género; acceso y uso de TIC's; y, violencia en la pareja).

Los resultados obtenidos muestran que si bien en nuestro país se advierten avances respecto de las desigualdades de género entre la población juvenil existen ámbitos en el que los modelos tradicionales de género siguen operando, lo que se acentúa a medida que se avanza en edad y disminuye en nivel socioeconómico, y que la condición de paternidad/maternidad es un evento relevante, entre otros, en cuanto a la consolidación de trayectorias basadas en los estereotipos tradicionales de género.

INTRODUCCIÓN

En general, en los estudios sobre juventud se aprecia una serie de dificultades y debilidades a la hora de aproximarse a las poblaciones juveniles desde el enfoque de género, principalmente, en lo que respecta al análisis de las relaciones de género, las relaciones de poder entre ambos sexos y la forma que en este periodo de la vida operan los mecanismos de discriminación sexual producidos por el orden de género (Oyarzún, 2001; Reguillo, 2000).¹ En dichos análisis, la dimensión de género es reducida a una variable más para el estudio de las representaciones, experiencias y prácticas juveniles; es decir, se la asocia únicamente a la diferencia sexual, con lo cual el concepto es despojado de su carácter de dimensión estructurante ocultando las inequidades y desigualdades que produce el orden de género. Ello redundando en un vaciamiento de una de las potencialidades de la noción de género: dar cuenta del carácter político que encierran las relaciones de poder propias del sistema sexo-género.²

En este sentido, Alpízar y Bernal (2003:17) señalan que, en muchos casos, los diversos andamiajes teóricos en torno a la juventud no sólo “invisibilizan” a las mujeres jóvenes en el genérico “jóvenes”, sino que al intentar dar cuenta de su realidad desde los roles tradicionales de género -sin la mediación de un cuestionamiento de éstos- no se hace más que reproducir las condiciones de desigualdad genérica. Una de las consecuencias de aquello es que las mujeres no califican como productoras de sentidos y prácticas específicas, al quedar subsumidas a la representación de lo juvenil-masculino. Ejemplos claros de ello son el hecho de que muchas de las áreas privilegiadas, tanto en las investigaciones como en la política pública, corresponden a aquéllas asociadas a los varones y a lo masculino; y, que la presencia de las mujeres

¹ En lo referente al enfoque de género, Reguillo hace patente la necesidad no sólo de dar cuenta de la diferencia, sino también de transparentar la comunicación intersexual, es decir, tomar el género “como campo de intersecciones donde lo biológico despliega con mayor nitidez su uso políticocultural” (Reguillo, 2000:90).

² De igual forma, el género no sólo hace referencia al par hombre/mujer, sino que corresponde a todas las maneras de procesar socialmente tal diferencia, la cual va más allá de la heterosexualidad.

aparece como relevante en tanto cuerpos biologizados, con lo cual no se hace más que reproducir un orden de género tradicional que busca el control de los cuerpos femeninos.

Incorporar el enfoque de género en el estudio de lo social no sólo significa asumir una posición desde la cual enmarcar y potenciar el mejoramiento de la situación de las mujeres sino, sobre todo, es un punto de vista a partir del cual es posible analizar las formas en que las relaciones sociales entre los sexos se organizan y configuran. Adoptar esta perspectiva como un modo de entender las prácticas de las poblaciones juveniles implica habilitar nuevas miradas, iluminar áreas poco exploradas o, más bien, interrogarse e interrogar lo juvenil con otro marco analítico. En efecto, la matriz analítica que sustenta el enfoque de género conlleva adentrarse en otros usos, fronteras y definiciones (Elizalde, 2006).

En esta tesis se entenderá la noción de juventud como un modo de explicar, de practicar, de habitar ese espacio social de experiencia desde diferentes situaciones y distintas posiciones sociales y, por ende, a las personas jóvenes como actores sociales completos atravesados por estructuras de relaciones de poder. Visto de este modo, se hace evidente la necesidad del enfoque de género para explicar la condición juvenil. Aun cuando las y los jóvenes comparten universos simbólicos, lo hacen desde la diferencia cultural constituida por el género. Al igual como sucede con todas las personas, la vida de las mujeres y varones jóvenes comprende un conjunto de prácticas y representaciones sociales, hábitos e ideales que son el patrimonio de quienes les precedieron. Son depositarias/os y transmisores/as de aquello que les han legado como modelo de ser hombres y mujeres y de la relación entre los sexos. El paso de una generación a otra implica una construcción social, una transmisión en tanto actividad y no algo que ocurre de forma natural.

Asimismo, desde el enfoque biográfico de la sociología de la juventud, se “define la juventud como proceso social de emancipación que atañe a aspectos económicos (posición social y enclasmiento) y familiares (emancipación de la familia)” (Casal et al, 2006: 21). En esta perspectiva, un aspecto que caracteriza el periodo de la juventud

es que en él hombres y mujeres jóvenes experimentan una serie de procesos que involucran el asumir mayores grados de autonomía personal y de responsabilidades sociales al interior de la unidad doméstica y en el espacio público, lo que desde el enfoque analítico de Oliveira y Mora Salas (2009) es conceptualizado como transición a la adultez. Para estos autores el tránsito a la adultez corresponde a un proceso diferencial en función de un conjunto de características de las personas jóvenes (edad y sexo), de sus contextos familiares (nivel socioeconómico, jefatura femenina, número de hermanos, entre otros) y de sus expectativas vitales (dejar la escuela, incorporación al mundo laboral, entre otros eventos relevantes).³ Oliveira y Mora Salas (2009) han señalado que el género tiene un peso significativo en la estructuración de las trayectorias a la adultez y destacan que durante la transición a la vida adulta aquellos factores que configuran las diferencias de género adquieren una particular preponderancia, al definir las trayectorias de especialización⁴ en las funciones/roles sociales que llevan a cabo las mujeres y los hombres jóvenes en las tareas de reproducción social de sus familias. Con ello se constata que el proceso de transición a la adultez no es neutro, sino que en él operan, se refuerzan o se intensifican las desigualdades de género de base. Esto no es menor, puesto que es en esta etapa del curso de vida en donde los factores que estructuran las inequidades sociales de género se consolidan.

Ahora bien, dar cuenta de las diversas formas que adquiere la diferenciación de género⁵ en la población juvenil, así como, visibilizar e identificar las desigualdades sociales producidas por el género constituyen herramientas relevantes para la formulación de políticas públicas que contemplen contribuir en la generación de personas jóvenes con mayores grados de empoderamiento, inclusión social, igualdad de oportunidades, asociatividad y ciudadanía. Sin duda, todo lo anterior no se puede lograr a cabalidad y de manera eficiente si no se considera la intervención en los

³ La perspectiva adoptada por estos autores respecto del proceso de transición a la adultez se enmarca dentro de los desarrollos que buscan suplir las deficiencias analíticas de la perspectiva sociodemográfica clásica en este campo (Oliveira y Mora Salas, 2009; Casal, 1996; Casal et al, 1988, 2006).

⁴ Oliveira y Mora Salas entienden el proceso de especialización diferencial por género como la consecuencia de una construcción sociohistórica de los roles femeninos y masculinos.

⁵ Articulado con otras distinciones, tales como la clase (y en términos más restrictivos, el nivel socioeconómico), la generación, entre otras.

patrones que estructuran las desigualdades sociales de género. Esto, en la medida en que el género determina recursos, tareas y responsabilidades diferenciadas que están ligadas a valoraciones que conllevan mecanismos y cuotas de poder, y es transversal a todas las esferas cotidianas de la sociedad. Por tanto, los distintos dominios institucionales actúan como reproductores de las desigualdades de género.

No cabe duda que observar este periodo del curso de vida -la juventud- a partir de la perspectiva de género permite distinguir algunos elementos relevantes para entender aquel proceso -y la condición juvenil en general- como un fenómeno heterogéneo que es modelado en mayor o menor medida por el sexo, la condición socioeconómica (y de clase), la edad, entre otros factores, y que pone en evidencia la existencia de una diversidad de trayectorias entre las personas jóvenes que presentan sentidos y consecuencias sociales opuestas.

De tal suerte, las preguntas que guían esta investigación tienen por objetivo diagnosticar, desde el enfoque de género, la situación de la población juvenil chilena en base a los datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006). Con ello, se busca relevar la importancia de incorporar el enfoque de género en el emprendimiento de políticas públicas dirigidas a la población joven chilena, así como también, aportar elementos analíticos para la visualización e implementación de dicha tarea. Para aquello se abordarán, conceptualmente, las implicancias de la intersección entre juventud y género; se analizará la información proporcionada por la Quinta Encuesta Nacional de Juventud mediante el uso de técnicas de análisis bivariado; y, se caracterizará la situación de la población juvenil chilena en áreas identificadas como relevantes para la detección de desigualdades y diferencias entre los sexos de acuerdo a las evidencias aportadas por la teoría de género (educación; mundo del trabajo y autonomía económica; sexualidad; maternidad y paternidad; representaciones y modelos de género; acceso y uso de TIC's; y, violencia en la pareja).

La hipótesis de trabajo que ha orientado esta tesis plantea que, si bien en el ámbito de las desigualdades de género en nuestro país parecen observarse avances

importantes que se estarían expresando principalmente entre las poblaciones más jóvenes, en términos sustantivos: a) la población juvenil chilena seguiría operando bajo modelos tradicionales de relaciones de género; b) dicho patrón de género se acentuaría aún más a medida que se avanza en edad y se disminuye en el nivel socioeconómico; y, c) la parentalidad constituiría un evento crítico en cuanto a la consolidación de trayectorias tradicionales de especialización.

A fin de dar cuenta de los objetivos antes mencionados, la argumentación de esta tesis está organizada en cinco apartados, además de las conclusiones. En el acápite relativo a los antecedentes generales se exponen los elementos que enmarcan y fundamentan el problema de investigación, para lo cual se hace referencia a: i) el abordaje de la relación entre juventud y género en el marco de las políticas públicas en Chile; ii) los elementos centrales de las Encuestas Nacionales de Juventud en Chile; y, iii) las principales características sociodemográficas de la población juvenil chilena a 2006 según la Quinta Encuesta Nacional de Juventud. A continuación, se detalla el objetivo general de esta investigación, así como, los objetivos específicos y la hipótesis de trabajo que permitirán desarrollar dicho fin.

El siguiente apartado corresponde al marco teórico y en él se presentan los ejes analíticos que orientan el estudio de la problemática que se expone en esta tesis. De tal suerte, en esta parte se examina la categoría de juventud y las implicancias que tiene el hablar de la condición juvenil, para lo cual se pone el acento en la significación sistémica de ser joven en un contexto social, histórico y cultural particular. Dado el hecho que esta tesis está interesada en dar cuenta de las potenciales y de la relevancia de incorporar el enfoque de género para el análisis de la condición juvenil, además se ha considerado menester revisar los aspectos principales de la teoría de género, su vinculación con la noción de desigualdad y la pertinencia del enfoque de género en el ámbito de las políticas públicas.

La estrategia metodológica mediante la cual se busca dar cumplimiento al objetivo planteado en esta investigación considera el procesamiento estadístico de la base de datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006), principalmente, a partir del

uso de técnicas de análisis bivariado y por capas. Ello, a fin de dar cuenta de las diferencias existentes al interior de la población joven chilena y en atención al hecho que los datos agregados, muchas veces, no permiten visibilizar dichas diferencias.

El texto continúa con el acápite correspondiente a la exposición de los resultados del procesamiento de la base de datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006), el cual está orientado de acuerdo a los ámbitos seleccionados para describir la situación de la población juvenil chilena en vistas de detectar desigualdades y diferencias entre los sexos, vale decir: educación; mundo del trabajo y autonomía económica; sexualidad; maternidad y paternidad; representaciones y modelos de género; acceso y uso de TIC's; y, violencia en la pareja. Para ello, primeramente, se describen las tendencias generales presentes en cada tramo etario censal, para luego poner atención a las similitudes y diferencias en cuanto a sexo, nivel socioeconómico, tramo etario y, cuando es pertinente, parentalidad. En este sentido, cabe mencionar que la lectura de los resultados registrados apunta a avanzar en algunas interpretaciones preliminares desde la perspectiva de la teoría del género y desde el enfoque de los procesos de tránsito a la vida adulta planteado fundamentalmente por Oliveira y Mora Salas (2009).

Finalmente, en las conclusiones se retoman los principales resultados y las interpretaciones preliminares ensayadas en el apartado anterior para desarrollar tales reflexiones en base a los objetivos, la hipótesis de trabajo y el marco teórico que ha guiado esta tesis. En función de esto se plantean algunas recomendaciones en cuanto a la incorporación del enfoque de género en el emprendimiento de políticas públicas dirigidas a la población joven chilena, lo cual implica en primer término introducir algunos marcos analíticos relevantes para la visualización e implementación de dicha tarea. Marcos analíticos que si bien consideran el enfoque de género como eje relevante, suponen una mirada de conjunto de lo que constituye la condición juvenil dentro de lo que concierne a la noción de cursos de vida. Asimismo, y desde una perspectiva más abarcadora de lo que significan las políticas públicas, tanto para el abordaje de esta población específica como para otros segmentos de la población es clave reconocer el carácter múltiple y complejo de la desigualdad social, en donde no

sólo intervienen los factores económicos y políticos sino que también son centrales los mecanismos sociales y simbólicos que la legitiman y la cuestionan. Los argumentos técnicos en torno a la desigualdad son una dimensión constitutiva de ella y no sólo su expresión simbólica. De tal suerte, las políticas públicas no sólo han de sustentarse en índices socio-económicos sino también en las representaciones, prácticas y experiencias sociales que están en la base de la producción de los sentidos comunes que sostienen consensos respecto de desigualdades sociales específicas. Así, si se entiende junto con Reygadas que la desigualdad corresponde a la “distribución asimétrica de las ventajas y desventajas en una sociedad, que es el resultado de las relaciones de poder mediadas culturalmente” (2008: 41), la multiplicidad y multidimensionalidad del fenómeno de la desigualdad social requiere comprender que existen diferentes mecanismos que intervienen en ello y que por esto precisa de un enfoque “procesual” que ponga atención al hecho de que la desigualdad no es la causa de uno o varios factores aislados sino, más bien, de una combinación de múltiples dimensiones.

CAPÍTULO I

ANTECEDENTES GENERALES

1.1 Juventud y Género en el Marco de la Política Pública en Chile

En Chile, la vinculación (de forma explícita) de la cuestión juvenil a las temáticas de desarrollo y, en particular, a las preocupaciones gubernamentales en el ámbito de las políticas sociales es de reciente data y presenta resultados dispares. En términos generales, la temática juvenil ha estado centrada principalmente en el tratamiento de las carencias económicas, en el marco de las políticas educativas y de recreación; es decir, a partir del cruce entre pobreza y educación.

De acuerdo a Díaz, Latorre y Espinoza (1998), durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1965-1970) las políticas sociales que consideraban a la población juvenil como grupo específico lo hacían únicamente a partir de programas dirigidos a fomentar el deporte y la recreación, en tanto estrategia de participación y organización comunitaria. Asimismo, esta población hace parte de políticas de educación y salud en la medida en que es usuaria de estos servicios. Sin embargo, no existe un tratamiento particular de aquélla. No obstante, hacia fines de la década del sesenta se desarrollan algunas propuestas de planes dirigidos a las personas jóvenes y se observan intentos por elaborar una política orientada a la juventud, como lo es el “Plan Sexenal de Participación de la Juventud en el Desarrollo Chileno” (ODEPLAN, 1971). En el gobierno de la Unidad Popular, si bien se hace patente una mayor y especial preocupación por la juventud -lo cual se expresa en el documento “Reflexión en torno a la elaboración de una política global para la juventud en Chile” (Bansard, 1969)-, los cambios propuestos en materia de políticas públicas para la población joven no se produjeron. Durante la dictadura militar (1973-1989) se crea la Secretaría Nacional de la Juventud, la cual estaba destinada principalmente a promover y transmitir entre la población juvenil los valores y contenidos ideológicos sustentados por la Junta Militar (amor patrio, esfuerzo personal y virtudes cristianas), para lo que se consideraron

áreas como la cultura, la recreación, el deporte, la capacitación, la realización de actividades masivas y la generación de símbolos (establecimiento del Día de la Juventud).

Con los gobiernos de la Concertación, en 1991 se crea el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV).⁶ Aun cuando hubo un progresivo reconocimiento en torno a la heterogeneidad y especificidad del tema de Juventud, así como de la necesidad de impulsar políticas públicas focalizadas en la población juvenil, en los inicios de esta nueva institucionalidad no se apreciaron grandes cambios respecto a la matriz anterior “pobreza/juventud/educación”. Ello se expresa en la idea que señalaba la existencia de una “Deuda social con los jóvenes”, con lo que el Estado hacía patente los procesos de marginación social, política y económica sufridos por este segmento durante el régimen militar. De este modo, el Estado relevó a la juventud en tanto “sujeto dañado” o en “situación de riesgo social”, con lo cual se privilegió el eje de integración social (Cleary; 2000).

Sin embargo, con la construcción de estadísticas sociales en torno a la juventud chilena se abrió un campo de producción de conocimiento para el diseño de programas fundado en la indagación de la realidad juvenil desde el ámbito cultural, social, político y económico.⁷

Pese a que se ha acumulado una importante producción de conocimiento en relación a la realidad juvenil, el cruce entre género y juventud y entre género, juventud y pobreza aún continúa siendo una materia poco sistematizada y analizada en el ámbito público, particularmente desde los ministerios que trabajan la temática de lo juvenil sectorialmente (Cleary, 2000; Oyarzún, 2001). Si bien la debilidad en la incorporación de la perspectiva de género en el ámbito de las políticas públicas no ha sido privativa de las que están orientadas a la cuestión juvenil, es claro que existen otras áreas donde aquélla ha tenido mayores avances. Ello se debe, principalmente, a

⁶ El INJUV es un organismo técnico y tiene como principal función colaborar con el Poder Ejecutivo en el diseño, planificación y coordinación de las políticas relativas a los asuntos juveniles.

⁷ Serie de estadísticas sociales sobre juventud (1987, 1990, 1994), MIDEPLAN (Ministerio de Planificación y Cooperación) e INJ. En cuanto a las Encuestas Nacionales de Juventud, la primera fue realizada por el INJ (1992-1994); la segunda, tercera, cuarta y quinta por el INJUV (1996; 2000; 2004; 2007).

que la inclusión de la temática “género” en la agenda pública e institucional⁸ se ha desarrollado con intensidades diversas y con diferentes grados de articulación, pero de manera progresiva, desde 1990 a la fecha.⁹

En este sentido, cabe consignar que a partir de 2001 la institucionalidad de género existente en el país dio un giro estratégico: pasó desde la focalización en grupos prioritarios con una oferta pública específica (jefas de hogar, mujeres víctimas de violencia doméstica, temporeras, entre otras) hacia la transversalización del enfoque de género en el Estado,¹⁰ cuya principal estrategia ha sido la inclusión del “Sistema de Equidad de Género” en el Programa de Mejoramiento de la Gestión (PMG)¹¹ desde el año 2002. El objetivo del Sistema de Equidad de Género PMG es incorporar la perspectiva de género en los objetivos y productos estratégicos que entrega cada institución pública. Es decir, la adopción del enfoque de género en la gestión pública se constituye en un criterio para medir el desempeño de los servicios. A partir del Sistema de Equidad de Género PMG los organismos públicos han implementado diversas medidas, las que dependen de las características específicas de los servicios, a saber: generación y difusión de información desagregada por sexo; realización de estudios específicos con enfoque de género; revisión de normativas y procedimientos;

⁸ El posicionamiento, la legitimación y la inclusión del tema “género” en la agenda pública hace parte de un proceso de construcción de la desigualdad de género como un problema social y su posterior reconocimiento como problema público en el que han intervenido una diversidad de actores sociales. Para Valdés y Fernández (2006), los avances que se han producido en el país en esta materia han sido posibles gracias a lo que Lycklama llama el “triángulo del empoderamiento”, conformado por el movimiento de mujeres, femócratas (feministas trabajando en el Estado) y feministas políticas. Por otra parte, de acuerdo a Guzmán (2001) la **Agenda Pública** comprende todos los asuntos que una comunidad política percibe como materias de legítima preocupación y de atención pública; mientras que la **Agenda Institucional** alude al conjunto de problemas, demandas y temas, explícitamente aceptados, ordenados y seleccionados por parte las personas encargadas de tomar decisiones, como objeto de su acción.

⁹ En 1991 se crea la institucionalidad de género (Servicio Nacional de la Mujer, SERNAM). A partir de ello se han implementado una serie de instrumentos e iniciativas que han conformado el proceso de instauración de los asuntos de género en el Estado. En la actualidad, podría decirse que dicho proceso estaría entrando en una etapa de consolidación que se expresa en la existencia de una Agenda de Género (o “Pro equidad”) -impulsada por la Presidenta Bachelet- para el periodo 2006-2010, que señala los compromisos de su gobierno para avanzar en la equidad de género y que busca asegurar la transversalización del principio de equidad de género en todo el ámbito público (Muñoz, 2008).

¹⁰ Para ello el SERNAM diseñó el “Sistema de género en las Políticas Públicas” que incluye una instancia política (Consejo de Ministros por la Igualdad de Oportunidades), un instrumento de gestión (Compromisos Ministeriales para la Igualdad de Oportunidades) y la incorporación en el Programa de Mejoramiento de la Gestión, como parte del proceso de modernización de Estado.

¹¹ En 1998 se implementa el Programa de Mejoramiento de la Gestión (PMG) en los servicios públicos (Ley N° 19.553), el cual busca optimizar la gestión global de aquellos y aumentar los estándares de calidad en el desarrollo de las áreas estratégicas comunes de la gestión pública. El cumplimiento de las metas fijadas está asociado a un incentivo monetario en las remuneraciones del funcionariado.

cambios en las rutinas; acciones de discriminación positiva; y, capacitación del funcionariado, entre las más destacadas (Guerrero, 2005). Esto ha permitido llegar a sectores y ámbitos que se encontraban ajenos -en apariencia- a la existencia de desigualdades de género, o bien, se los entendía como neutros al género.

En lo que respecta a la incorporación de la perspectiva de género en el abordaje de la temática juvenil, la implementación del Sistema de Equidad de Género PMG en el desarrollo de las áreas estratégicas del Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) ha permitido realizar algunos avances en los tres últimos años. En tanto organismo técnico, una de las principales funciones del INJUV es asesorar al Poder Ejecutivo en materia de acciones y políticas relativas a juventud, por lo que son elementos relevantes dentro de sus tareas: producir información de calidad respecto de las realidades juveniles; generar conocimiento en torno a las temáticas juveniles; identificar temas relevantes y contingentes a ser abordados en materia de juventud; sugerir orientaciones de políticas públicas basadas en el análisis de la información generada sobre juventud; entre otras.

En esta línea, las medidas adoptadas por esta institución, en lo relativo a la inclusión de la perspectiva de género, en la producción de información y conocimiento respecto de la temática de juventud han estado orientadas a avanzar más allá de la desagregación por sexo. También se han introducido cambios en otras áreas relevantes para la gestión del servicio: capacitación de las/os funcionarias/os y jefaturas en Enfoque de Género y uso de lenguaje inclusivo; inclusión en las bases de Fondos Concursables para organizaciones juveniles asignaciones específicas para proyectos que estén orientados al fomento de la Igualdad de Género; uso de lenguaje inclusivo en las comunicaciones y documentos elaborados por la institución; entre otras.

No obstante lo anterior, no cabe duda que en la medida en que desde las políticas públicas la temática juvenil es abordada de manera sectorial, se dificulta la posibilidad de unificar criterios a fin de consolidar una perspectiva de juventud y, más aún de una perspectiva de juventud con enfoque de género.

1.2 Las Encuestas Nacionales de Juventud en Chile

En el contexto latinoamericano, las encuestas orientadas a conocer y caracterizar la situación de la población juvenil han tenido un desarrollo disímil. A comienzos de la década de los noventa, algunos países de la región -junto con la creación de instituciones dirigidas especialmente al tratamiento de la temática juvenil en el ámbito de las políticas públicas- impulsaron la realización de encuestas sobre juventud (Rodríguez, 2008; Navarro, 2005). Sin embargo, en la mayoría de los casos sólo se han efectuado en una o dos ocasiones en estas dos décadas.

En este sentido, el caso chileno constituye una excepción. En efecto, en Chile desde 1994 el Instituto Nacional de la Juventud aplica regularmente la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ). Esta iniciativa surge de la constatación, por parte del Estado, de la necesidad de contar con información representativa y actualizada respecto de la población joven chilena, a fin de conocer tanto las condiciones sociodemográficas y socioeconómicas como las percepciones y estilos de vida de este segmento de la población.

En la implementación de esta encuesta, desde su primera aplicación se ha procurado la utilización de un instrumento similar en cada una de sus ediciones, lo que ha permitido establecer tendencias longitudinales en las opiniones, percepciones y características de la población joven chilena, es decir, ha posibilitado obtener una visión dinámica de la situación de dicha población. Esto también ha habilitado la introducción de nuevos enfoques para la observación, lectura y análisis de la realidad juvenil, tanto por parte de las instituciones públicas como por las instituciones académicas y organismos privados que trabajan en torno a esta materia. La “institucionalización” de esta encuesta ha hecho que a nivel nacional se constituya en un referente central a la hora de abordar la temática juvenil y sus resultados son consultados por un amplio abanico de organismos públicos y privados: son insumos relevantes para el Estado en la elaboración e implementación de iniciativas orientadas

al segmento juvenil; y, han estado en el centro de las discusiones y reflexiones en relación a la juventud chilena.

La Encuesta Nacional de Juventud se lleva a cabo cada tres años.¹² En términos metodológicos, esta serie de encuestas se realiza a través de entrevistas cara a cara, con predominio de preguntas estandarizadas. El universo de población abarcado por estos estudios corresponde a mujeres y hombres de 15 a 29 años, pertenecientes a todos los niveles socioeconómicos, residentes en todas las regiones del país, en zonas urbanas y rurales. Hasta la Tercera Encuesta Nacional de Juventud (2000) el tamaño de la muestra estaba en torno a los 4.000 casos y era representativa a nivel nacional y urbano/rural; a partir de la Cuarta Encuesta Nacional de Juventud (2003) se amplió el tamaño de la muestra, con lo cual llegó a poco más de 7.000 casos y, por primera vez, el nivel de representatividad también incluyó el ámbito regional.

¹² I ENJ (1994), II ENJ (1997), III ENJ (2000), IV ENJ (2003), V ENJ (2006), VI ENJ (2009).

1.3 Principales Características Sociodemográficas de la Población Juvenil Chilena según la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006)

1.3.1 Quinta Encuesta Nacional de Juventud. Breve Nota Metodológica

El universo de población que abarcó la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006) corresponde a mujeres y hombres de 15 a 29 años, pertenecientes a todos los niveles socioeconómicos, residentes en todas las regiones del país, en zonas urbanas y rurales. De acuerdo a las proyecciones de población del INE para junio del año 2006, este universo era de 4.019.394 personas.

La muestra fue diseñada para asegurar la representatividad a nivel nacional, regional y zona de residencia (urbano/rural). Asimismo, se consideraron las variables de sexo, edad y nivel socioeconómico. El procedimiento de selección fue polietápico y probabilístico en todas sus etapas. El tamaño de la muestra fue de 6.345 casos, con un margen de error muestral del 1,25% a nivel nacional, y de un máximo de 5% para las regiones con menor número de casos, con un nivel de confianza del 95% y bajo el supuesto de varianza máxima. El levantamiento de la información se efectuó entre los días 20 de noviembre de 2006 y 2 de enero de 2007.

El instrumento de recolección de información consistió en un cuestionario¹³ de aplicación cara a cara compuesto por 146 preguntas abiertas y cerradas, simples y múltiples con una duración de aplicación de 60 minutos aprox.

¹³ Tal como se señaló anteriormente, esta encuesta busca conocer diversos ámbitos de la realidad de la población joven chilena, por lo cual el cuestionario contempla las siguientes áreas: caracterización sociodemográfica; determinantes estructurales para la integración de la juventud a la sociedad (procesos educativos; integración al mercado del trabajo; situación y prácticas económicas de la población juvenil); participación de la juventud en las esferas sociales y espacios de sociabilidad (integración al sistema democrático; integración microsociedad y formación de capital social; prácticas socioculturales asociadas al uso del tiempo; uso del computador e Internet); construcción de las subjetividades y representaciones juveniles (consumo de drogas; sexualidad juvenil; relaciones de pareja; tránsito del hogar de origen al hogar propio; relaciones familiares; espiritualidad y creencias religiosas; discriminación; representaciones y modelos de género; violencia; posiciones valóricas; construcción de la identidad y orientaciones para el proyecto de vida; representaciones del país; representaciones de la juventud chilena).

1.3.2 Principales Características Sociodemográficas de la Población Joven Chilena a 2006

De acuerdo a la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006), la mayor parte de la población joven chilena vive en localidades urbanas (87,7%) y está compuesta prácticamente en igual proporción por mujeres y hombres (49,4% y 50,6%, respectivamente). Su distribución por tramo etario es aproximadamente un tercio para cada tramo censal, es decir, la población entre 15 y 19 años corresponde al 36,6%; las personas entre 20 y 24 años al 33,6%; y, el 29,9% de hombres y mujeres jóvenes se ubica en el tramo de edad entre 25 y 29 años (Ver Anexo 1: Gráficos 1, 2, 3 y 4).

Respecto a la distribución por nivel socioeconómico,¹⁴ la mitad de la población juvenil se ubica en los estratos medios, con un 51,8% (el 18,4% corresponde al segmento C2 y el 33,4% al grupo C3). El 30,9% de la población juvenil chilena se encuentra en el nivel socioeconómico D y el 8,1% en el estrato E. Un 9,1% de las personas jóvenes encuestadas corresponde a los sectores de más recursos (nivel socioeconómico ABC1). En cuanto a la distribución por sexo al interior de cada nivel socioeconómico, se comprueba que a menor nivel socioeconómico aumenta la proporción de mujeres. En efecto, en el estrato ABC1 el porcentaje de varones es de 55,7%, en tanto en los segmentos C2 y C3 dicho porcentaje es un 52,4%, respectivamente; mientras, en los grupos D y E estos valores se invierten y es menor la presencia de varones: 47,4% y 45,4%, respectivamente (Ver Anexo 1: Gráfico 5).

El 6,6% de la población joven declara pertenecer a uno de los nueve pueblos originarios reconocidos oficialmente. Esta pertenencia va en aumento a medida que el nivel socioeconómico disminuye: con un 3,1% entre quienes se encuentran en el nivel

¹⁴ La clasificación por nivel socioeconómico se hizo en base al modelo Matriz de Clasificación ESOMAR, a partir de las variables de nivel educacional y ocupación de la persona que aporta el principal ingreso en el hogar, así como una batería complementaria de posesión de bienes. De acuerdo a tal clasificación, ABC1 corresponde a un nivel de ingresos muy alto y alto; C2 al nivel socioeconómico medio alto; C3 al estrato medio; D al estrato bajo; y, E al nivel socioeconómico más bajo. En función de esto, la población chilena se distribuye del siguiente modo: el 10,4% pertenece al segmento ABC1; el 18,7% al estrato C2; el 24,7% al nivel C3; el 36,5% al grupo D; y, el 9,7% al segmento E (Ver: www.iccom.cl)

socioeconómico ABC1 y un 16,1% entre las personas que forman parte del estrato E. En áreas rurales, se duplica la adscripción a los pueblos originarios respecto de las áreas urbanas (10,7% y 4,6%, respectivamente). No se observan diferencias por sexo ni por tramo etario.

Poco menos de la mitad de las personas jóvenes está estudiando actualmente (47,3%). De acuerdo a la distribución por sexo, un 49,1% de los varones y el 45,5% de las mujeres se encuentran en dicha situación. Según tramo etario, el 78,3% de las personas entre 15 y 19 años estudia en la actualidad, seguido por el tramo que va entre los 20 y 24 años (39,9%). Sólo un 17,7% de quienes tienen entre 25 y 29 años está estudiando. Entre las personas que se ubican en el tramo etario que va de los 15 a 19 años, la proporción de hombres y mujeres que se encuentran estudiando no presenta diferencias significativas (78,6% y 78%, respectivamente). Sin embargo, a partir de los 20 años el porcentaje de mujeres que continúa sus estudios disminuye en relación a los varones. Así, mientras el 21,2% de los varones entre 25 y 29 años señala estar estudiando actualmente, en las mujeres este porcentaje corresponde al 14,2% (Ver Anexo 1: Tabla 1). En cuanto a la distribución por nivel socioeconómico, más de dos tercios de las y los jóvenes del segmento ABC1 se encuentra estudiando (66%). Dicha proporción disminuye a medida que se desciende en esta escala, la cual llega al 32,6% en el estrato E (Ver Anexo 1: Tabla 2). Existe una brecha entre la juventud urbana y rural, en desmedro de ésta última: 49% y 35,1%, respectivamente (Ver Anexo 1: Tabla 3).

En cuanto a la situación laboral de la población joven chilena, al momento de la encuesta el 34,5% de aquélla señaló estar trabajando, un 21% estaba cesante¹⁵ y el 43,7% se encontraba inactivo¹⁶. Respecto de las personas jóvenes que indicaron estar trabajando, la proporción de varones jóvenes que mencionan esta opción es mayor en comparación a las mujeres jóvenes: 42,4% y 26,3%, respectivamente (Ver Anexo 1: Tabla 4 y Gráfico 6). Igualmente se constata que a medida que avanzan en edad, así

¹⁵ Este dato refiere a la suma de “he trabajado, pero actualmente estoy sin trabajo y estoy buscando” (16,6%) y de “estoy buscando trabajo por primera vez” (4,4%).

¹⁶ Esta cifra corresponde a la suma de “nunca he trabajado y no estoy buscando” (27,4%) y de “he trabajado, pero actualmente estoy sin trabajo y no estoy buscando” (16,3%).

como aumenta la proporción de personas que se encuentra empleada, la brecha entre hombres y mujeres se amplía aún más: entre la población de 15 a 19 años, la brecha entre hombres y mujeres es de 5 puntos porcentuales (13,1% y 8,1%, respectivamente); en la cohorte de 20 a 24 años es de 17,8 puntos (un 47,3% de los varones y el 29,5% de las mujeres); mientras que entre las personas entre 25 y 29 años esta distancia es de 28,5 puntos porcentuales: un 73,2% de los hombres jóvenes y el 44,7% de las mujeres jóvenes (Ver Anexo 1: Tabla 5 y Gráfico 7). En relación a la población juvenil que se encontraba desocupada al momento de ser entrevistada, se aprecia que este porcentaje se incrementa conforme disminuye el nivel socioeconómico (de un 11,4% en el estrato ABC1 a un 26,2% en el grupo E) y que las mayores diferencias entre varones y mujeres se dan en el segmento más bajo (23,1% y 29%, respectivamente). En lo que se refiere a las personas jóvenes que están inactivas, cabe señalar que las variaciones en la proporción de mujeres en dicha condición no presenta un patrón según nivel socioeconómico, las cuales están entre el 47,6% y el 60,3%¹⁷. Más bien, lo que varía según disminuye el nivel socioeconómico es la proporción de varones jóvenes que están en dicha situación. En efecto, mientras en el estrato ABC1 el porcentaje de hombres que se encuentra inactivo llega al 53,4%, en el segmento E el porcentaje de varones es de 32,2% (Ver Anexo 1: Tabla 6 y Gráfico 8).

Al consultar a la población juvenil chilena sobre las fuentes de ingreso permanentes con las que cuenta, se advierte que poco menos de la mitad de ella recibe el aporte o ayuda económica de sus padres (48,7%); la segunda fuente de ingresos más mencionada por la población juvenil es el “trabajo regular”, con un 31,9%; y, la tercera corresponde a la opción “trabajo esporádico” (14,2%). Respecto de la mención “aporte o ayuda de los padres”, ésta es mayor entre quienes se encuentran en los niveles socioeconómicos ABC1 y C2 (61,1% y 54,4%, respectivamente), y entre quienes habitan en sectores urbanos (50,2% respecto de un 38% entre las personas jóvenes que viven en zonas rurales). Asimismo, el porcentaje de mujeres que reciben aportes y/o la ayuda económica de parte de sus padres va en decrecimiento acorde con el nivel socioeconómico: en efecto, el 63,9% de las mujeres

¹⁷ Este último dato corresponde a las mujeres jóvenes del estrato ABC1.

jóvenes de nivel socioeconómico ABC1 reciben aportes de sus padres, mientras que entre las mujeres jóvenes que se encuentran en el segmento E esta cifra es de 40,7%. En cuanto a la segunda fuente de ingresos más referida, existe una diferencia importante entre hombres y mujeres jóvenes: los primeros indican esta opción en un 40,2%; en tanto, las mujeres la señalan en un 23,4%. Estos porcentajes llegan al 43% entre los varones jóvenes pertenecientes a los niveles socioeconómicos D y E; y, en el caso de los jóvenes del segmento E, el “trabajo regular” es la primera fuente de ingresos a diferencia de lo que ocurre con los hombres jóvenes de los otros estratos socioeconómicos que -con algunas variaciones- siguen la tendencia general. Asimismo, mención especial merece la alternativa “aporte o ayuda de tu pareja”. Esta opción es indicada por un 12,6% de la población juvenil encuestada y corresponde a la cuarta categoría más señalada. Sin embargo, lo que se observa es que son principalmente las mujeres jóvenes las que en mayor proporción reciben aportes de sus parejas (un 3,1% entre los varones y un 22,2% entre las mujeres) y esto aumenta de forma importante en los dos niveles socioeconómicos de menores ingresos; ciertamente, mientras el 10,8% y el 16,4% de las mujeres jóvenes que se encuentran en el segmento ABC1 y estrato C2 mencionan esta opción, entre las jóvenes de los niveles socioeconómicos D y E estos valores corresponde al 28,2% y al 23,7%, respectivamente. Esta fuente de ingresos es la segunda más mencionada entre las mujeres jóvenes de estos dos últimos estratos, luego del aporte parental, a diferencia de lo que sucede en los otros segmentos donde las mujeres jóvenes siguen la tendencia general (Ver Anexo 1: Tabla 7).

Como información complementaria a la anterior, es importante señalar que el 50,3% de la juventud chilena vive exclusivamente con los ingresos aportados por otras personas (40,8% de los varones jóvenes y el 60,2% de las mujeres jóvenes) y un 19,5% vive exclusivamente de los ingresos generados por ellos/as: un 27,8% de los hombres jóvenes y el 10,8% de las mujeres jóvenes (Ver Anexo 1: Tabla 8).

En relación al lugar donde viven habitualmente las personas jóvenes, el 74,6% vive con sus padres (78% de los varones jóvenes y el 71% de las mujeres jóvenes); y, el 13,5% vive en su propia casa: el 11,6% de los hombres jóvenes y el 15,4% de las

mujeres jóvenes (Ver Anexo 1: Tabla 9). Como es de preveer, conforme aumenta la edad, el porcentaje de mujeres y hombres jóvenes que viven con sus padres disminuye y el de quienes habitan en su propia casa aumenta. Sin embargo, en ambas situaciones se observan diferencias según sexo que se hacen más marcadas a medida que aumenta la edad. Así, la proporción de mujeres de 25 a 29 años que vive en la casa de sus padres es el 49,7%, mientras que en los hombres de las mismas edades esta cifra corresponde al 59,6%. En concordancia con aquello, el 35,3% de las mujeres de 25 a 29 años vive en su propia casa, mientras que en los hombres de dicho tramo etario este porcentaje llega al 28,9% (Ver Anexo 1: Tabla 10).

El 71,8% de la población joven declara estar sexualmente iniciada. Dentro de las personas iniciadas, se aprecia una tendencia al alza conforme aumenta la edad, hasta llegar al 95,3% en el tramo de 25 a 29 años. No hay diferencias estadísticamente significativas ni por sexo, nivel socioeconómico, nivel educativo o localidad (Ver Anexo 1: Tablas 11 y 12).

CAPÍTULO III

OBJETIVOS E HIPÓTESIS

3.1 Objetivo General

Diagnosticar, desde el enfoque de género, la situación de la población juvenil chilena en base a los datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2007), a fin de aportar elementos para la incorporación del enfoque de género en el emprendimiento de políticas públicas dirigidas a la población joven chilena.

3.1.1 Objetivos Específicos

- Abordar, conceptualmente, las implicancias de la intersección entre juventud y género.
- Analizar la información proporcionada por la Quinta Encuesta Nacional de Juventud mediante el uso de técnicas de análisis bivariado.
- Caracterizar la situación de la población juvenil chilena en los siguientes ámbitos: educación; mundo del trabajo y autonomía económica; sexualidad; maternidad y paternidad; roles de género; acceso y uso de TIC's; y, violencia en la pareja.
- Identificar las diferencias e inequidades entre mujeres y hombres jóvenes chilenos en los ámbitos mencionados.
- Establecer recomendaciones para la incorporación del enfoque de género en el emprendimiento de políticas públicas dirigidas a la población joven chilena.

3.2 Hipótesis

En Chile, si bien en el ámbito de las desigualdades de género parecieran observarse avances importantes, los que en buena medida se estarían expresando principalmente entre las poblaciones más jóvenes, en términos sustantivos: a) la población juvenil chilena seguiría operando bajo modelos tradicionales de relaciones de género; b) dicho patrón de género se acentuaría aún más a medida que se avanza en edad y se disminuye en el nivel socioeconómico; y, c) la parentalidad constituiría un evento crítico en cuanto a la consolidación de trayectorias tradicionales de especialización.

CAPÍTULO III

MARCO TEÓRICO

Desde una perspectiva sociocultural se entiende que las sociedades clasifican, categorizan, conocen en función de como están constituidas y organizadas. Es decir, las diferentes formas de ordenar y clasificar los elementos que constituyen lo real están determinadas por marcos sociales específicos e históricamente situados desde los que se ordena de forma particular el mundo. A partir de tales esquemas de clasificación las sociedades les asignan propiedades y posiciones sociales determinadas a los sujetos y a los colectivos, con lo cual se establecen formas diferenciadas no sólo en el acceso a recursos -tanto materiales como simbólicos- sino que también en cuanto a las capacidades y potencialidades de desarrollo de dichos grupos y personas. Estas representaciones sociales varían y se transforman de acuerdo a los procesos de configuración socio-históricos de las sociedades; procesos que configuran tanto las diferencias entre diversas sociedades como de la misma sociedad en distintas épocas (Alpízar y Bernal, 2003; Castoriadis [1975] 2003).

En la base de estos esquemas de diferenciación está generar una definición unificadora y simplificadora de la “realidad” que vela una de las principales características de lo real, esto es, ser objeto de las luchas de los diferentes agentes en el espacio social por definir el cómo es y qué es dicha realidad. A través de estas operaciones aquellas representaciones sociales, nociones y concepciones, al dar cuenta de lo que “es” la realidad, aparecen como evidentes en tanto adquieren el estatuto de lo natural y lo dado. De tal suerte, las concepciones de lo que “es” el género, la etnia o la juventud -por nombrar algunas- parecieran ser neutrales, naturales y despojadas de toda relación de poder.

No cabe duda que las ciencias sociales constituyen una de las formas en que las sociedades actuales construyen realidad y que en ellas la investigación de lo juvenil - de igual manera que el género u otras temáticas- conforma un campo de lucha

simbólica y política en el que las distintas perspectivas pugnan por posicionarse como referentes válidos en la construcción de discursos legítimos (Bonder, 1999:174).

3.1 La Categoría de Juventud y la Condición Juvenil

Para Bourdieu (1990) la juventud no está dada, sino que se construye socialmente. El autor señala que, al igual que en las relaciones entre los sexos, en la base de las relaciones entre generaciones está la cuestión del poder, de la “división” de los poderes, es decir, de su repartición. Para el sociólogo, las clasificaciones por edad -o por sexo o por clase, entre otras- son siempre una forma de establecer límites y generar un “orden” en el que cada cual tiene su lugar, así como también, ello siempre trae aparejado las disputas y apuestas -de parte de los diversos grupos- por definir dichos límites. En función de aquello, Bourdieu advierte que la edad no es más que un dato biológico socialmente manipulado y manipulable; además, el autor muestra que no es posible hablar de “la” juventud como una unidad social o un grupo constituido en la medida en que dentro de aquélla se estaría colocando a individuos de edades similares pero que experimentan condiciones de vida muy diferentes. De tal suerte, desde la perspectiva del sociólogo lo que si cabría analizar son las “diferencias” entre “las” distintas juventudes, sus condiciones de vida y sus diversos universos sociales. No obstante lo anterior, el autor -al igual que Reguillo- también va a destacar un hecho social relevante, cual es: la ampliación del acceso a la enseñanza secundaria de las diferentes clases sociales en los últimos 40 años. Así, indica Bourdieu, la experiencia de “irresponsabilidad provisoria”, ese estar en una “tierra de nadie” social que sólo era experimentada por los jóvenes burgueses se extiende a las y los jóvenes de todas las clases sociales; la experiencia de la escuela media deja a mujeres y hombres jóvenes socialmente “fuera de juego”. Y a este respecto el autor señala: “pienso que esta forma simbólica de dejar fuera de juego tiene cierta importancia, sobre todo porque viene acompañada de uno de los efectos fundamentales de la escuela, que es la manipulación de las aspiraciones” (Bourdieu, 1990: 167).

Reguillo (2000) señala que a partir del contexto estructural que se da luego de la segunda mitad del siglo pasado -Estado de Bienestar y expectativas desarrollistas mediante-, un sector cada vez mayor de sujetos que dejaban de ser niños no fue requerido para una incorporación inmediata al mundo del trabajo, lo que fortaleció el sistema escolar en, al menos, tres de sus aspectos: retención, control y disciplinamiento de dichos sujetos bajo la mirada del Estado, como vía de ascenso social y preparación para la vida en sociedad.¹⁹ La educación se masifica, surge una industria cultural y simbólica específica para el nuevo “mercado de los/as estudiantes-jóvenes” y los sistemas jurídicos incorporan progresivamente a estos sujetos como una nueva especificidad de derecho y partícipe de la política institucional.

Ciertamente, el análisis sociohistórico ha mostrado que la configuración social de la juventud como periodo de la vida diferenciado y con rasgos particulares es un producto moderno, el cual se vincula con los cambios en los procesos productivos derivados de la industrialización. La consecución de dichos cambios trajo aparejada la extensión y diversificación de los procesos formativos que comenzó entre los sectores acomodados como una moratoria en el periodo entre la niñez y la adultez, lo que luego fue incluyendo, aunque de manera diferente, al conjunto de la población joven. En este contexto, diversas transformaciones sociales posibilitaron la conformación de las condiciones para que el tránsito entre la infancia y la vida adulta se prolongase: la expansión del sistema educativo; el desarrollo de las fuerzas productivas; los cambios en la organización y productividad del trabajo; el control sobre la natalidad; el aumento en la esperanza de vida; entre otros (Jacinto, 2002).

De acuerdo a Feixa (1998), es a fines de la década de los sesenta que la cuestión juvenil adquiere visibilidad en las sociedades de los países centrales y periféricos, constituyéndose en objeto tanto de las políticas públicas como del debate académico. Asimismo, las modificaciones de las condiciones sociales antes señaladas dieron pie a “irrupción” de la “juventud” como actor social y con autonomía identitaria. A partir de esto, el desarrollo de la temática de lo juvenil y su incorporación progresiva a la

¹⁹ Estos dos últimos aspectos han reforzado la idea de *ser adolescente/joven* como un momento de espera y de incompletion.

agenda de investigación de las ciencias sociales, así como el reconocimiento de este segmento como actor social, tuvo como resultado que 1985 fuese declarado por la UNESCO el Año Internacional de la Juventud.

Durante las décadas siguientes, esta emergencia de la cuestión juvenil y de la “juventud” como categoría específica se vio reflejada tanto en el ámbito académico, como en el de las políticas públicas. Numerosas investigaciones, publicaciones, programas e instituciones comenzaron a estudiar y a abordar la problemática propiamente juvenil: la Organización de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) extendió su campo de influencia hacia la adolescencia; se conformaron áreas específicas de juventud en los gobiernos centrales, regionales e incluso locales; y, se comenzaron a implementar programas específicos dirigidos al segmento juvenil en el ámbito del empleo, la formación, la salud, entre otros (Jacinto, 2002).

Actualmente, existe consenso en los estudios sobre lo juvenil respecto a que la juventud no es en sí misma, sino que es una construcción social que ni se define exclusivamente por la edad ni sus delimitaciones tienen un carácter fijo y universal, es decir, que correspondería a una condición social cuyas especificidades se expresan de diversas maneras en función de un contexto social e histórico concreto (Dávila, 2004). Desde este enfoque, la categoría analítica de juventud tendrá sentidos diversos y específicos en la medida en que está inscrita en el espacio social y, por tanto, implica poner en perspectiva el “estar siendo” joven en un tiempo y lugar concretos tanto para las personas jóvenes como las no jóvenes. Ello supone la afirmación de la heterogeneidad como forma de visibilizar la complejidad de la vida de las personas jóvenes. Es en este sentido que Reguillo (2000) asume la juventud como una categoría diferenciadora, no esencial, heterogénea y relacional, es decir, involucra la articulación de sujetos en un campo sociopolítico de construcción de sociedad, en donde el cuerpo joven se encuentra tensionado por las configuraciones del Estado y el mercado.

Por su parte, Brito (1996) al preguntarse en torno a un marco teórico para el análisis y la conceptualización del objeto “juventud” plantea que la juventud sería una

condición social con cualidades específicas que se manifiestan de diferente manera según las características histórico sociales de cada individuo. Desde esta perspectiva, la juventud no tendría la misma duración en el campo que en la ciudad, en las clases altas que en los sectores marginados, ni para ambos géneros. Para este autor, es necesario no confundir el criterio demográfico (edad) con el fenómeno sociológico (la juventud), por cuanto según señala debería partirse del hecho de que la juventud es un producto social, que debe ser diferenciado de su componente biológico. El periodo de la juventud, entonces, estaría delimitado por dos procesos: uno biológico y uno social. El primero sirve para diferenciarlo de la niñez y, el social, para hacer la diferencia con el mundo adulto. De tal suerte, el proceso social que implica la juventud deriva de un proceso de inculcación que transforma al ser humano fisiológicamente maduro en el agente social “competente”. Es, por tanto, un proceso de doma y asimilación de las normas que permiten la incorporación de los individuos a la sociedad y que propende a la cohesión social. Brito también hace hincapié en que las personas jóvenes están inmersas en relaciones de poder, que deriva del lugar que se ocupa en la estructura jerárquica generacional de la sociedad, por tanto, la juventud es una categoría que designa a individuos que se mantienen en un estatus de dependencia. No obstante, advierte el autor, es en este periodo de la vida cuando existen mayores posibilidades de romper la cadena de la reproducción social y es, a la vez, el eslabón más débil. Para Brito, la juventud es la representación del riesgo y la incertidumbre ante la solidez y la seguridad del mundo adulto. Así, la reproducción de la sociedad, en términos de relevo generacional, es un proceso contradictorio de encadenamiento entre lo establecido y la innovación. Por otra parte, el proceso de inserción de las personas jóvenes en la sociedad genera su propia especificidad sociológica y un espacio de autonomía juvenil respecto de la sociedad. Esta autonomía relativa posibilitaría el desarrollo de un vínculo que permite una identificación mayor con los miembros de la misma generación que con los de las generaciones precedentes.

Aun cuando en las últimas décadas el tratamiento y las conceptualizaciones respecto de la noción de “juventud” presentan avances significativos, tanto en el campo de las ciencias sociales como desde la perspectiva de las políticas públicas, lo

que se observa es la presencia de una diversidad de perspectivas y una amplia producción en materia de investigación en juventud –en distintos campos-. En términos de construcción teórica se aprecia una serie de dificultades al momento de dar continuidad a los procesos de discusión conceptual y metodológica que problematice respecto de la diversidad de realidades de hombres y mujeres jóvenes pero, sobre todo, que de cuenta y denote la diferenciación interna de la población juvenil (Casal et al., 1988).

A este respecto Pérez Islas (2006) señala que si bien la investigación sobre juventud en América Latina ha tenido un desarrollo importante en cuanto a la producción en distintas áreas, aún no se ha consolidado como un campo propio debido a: la fragmentación; la baja institucionalización; la debilidad de los vínculos entre los agentes involucrados (investigadores/as en instituciones académicas, gobiernos y organizaciones civiles); entre otros. Para el autor, en el contexto latinoamericano ello es de vital importancia dada la importancia cuantitativa de la población joven en esta región y los desafíos que se le plantean a las nuevas generaciones. Asimismo, destaca que desde el ámbito de investigación en juventud se subraya la necesidad de potenciar un proceso colectivo orientado a la construcción regional y compartida de enfoques interpretativos más articulados. Empero, Pérez Islas indica que en el último periodo se advierten avances desde el punto de vista teórico, donde las juventudes han dejado de ser un “segmento social” para constituirse en una categoría sociológica con características que organizan socialmente sus relaciones. Sin embargo, esto sólo se observa en determinadas temáticas, mientras que en las áreas vinculadas a la salud, los de empleo o educación los enfoques privilegiados no son abordados desde una perspectiva conceptual que releve lo juvenil.

En esta misma línea, Reguillo señala en el tercer capítulo del libro “Emergencias de culturas juveniles” (2000), que existen cuatro grandes áreas poco desarrolladas en los estudios sobre juventud y en relación a la biopolítica de los cuerpos jóvenes: a) las dimensiones raciales en sus vínculos con la pobreza; b) el consumo; c) la moral pública y d) la dimensión de género. La antropóloga destaca algunas cuestiones para

cada una de estas dimensiones, pero para efectos de esta tesis interesa detenerse en lo mencionado en relación a la tercera y cuarta dimensión. En torno a la moral pública, Reguillo propone atender a la persistencia y al fortalecimiento de un discurso que asume que los cuerpos “normales” son aquellos que expresan una heterosexualidad controlada e hiperconsciente que está siempre amenazada por el alcohol, la droga, las prostitutas, los homosexuales, las lesbianas, los proabortistas y toda una gama de “identidades desviadas” que atentan contra un modelo de control (2000:89). En tanto, en lo referente al enfoque de género, la autora hace patente la necesidad no sólo de dar cuenta de la diferencia, sino también de transparentar la comunicación intersexual, es decir, se debe tomar el género como campo de intersecciones donde lo biológico despliega con mayor nitidez su uso polícticocultural (2000:90).

3.1.1 La perspectiva de la transición y la condición juvenil

La perspectiva de la transición parte del hecho biográfico, es decir, del actor social como sujeto histórico que organiza y articula de forma compleja –y paradójica- su propia vida a partir de las elecciones racionales, las emociones, las coerciones sociales y culturales y el horizonte de expectativas. Este enfoque entiende a la juventud como un tramo de la biografía y proceso social de autonomía y emancipación familiar plena. Para dar cuenta de ello se focaliza en el proceso de “adquisición”, “enclasmamiento” y de “emancipación familiar plena”. La noción de “adquisición” refiere al resultado de la socialización; la idea de “enclasmamiento” apunta a la consecuencia de la estratificación social en cuanto a la posición social adquirida y al potencial de movilidad (Casal et al., 2006: 28).

Dentro de esta construcción analítica, los conceptos de “itinerario” y “trayectoria” son centrales en la medida en que ello permite observar la inserción social de las personas jóvenes, así como, su transición a la vida adulta. El concepto de “itinerario” sugiere la idea de un recorrido vital que es construido a partir de las elecciones y decisiones de los sujetos, pero que está orientado por determinaciones familiares, estructurales y de orden cultural y simbólico (Casal et al., 2006: 30). Este enfoque

pretende remitir a la dimensión “biográfica” de las personas jóvenes, dimensión que articula y condensa tanto los procesos concernientes a la formación, inserción laboral y emancipación familiar, como el hecho de que la transición entre la pubertad y la emancipación familiar plena se efectiviza socialmente en un marco sociopolítico determinado. Tal marco sociopolítico configura una manera específica del proceso de tránsito, el cual tiene un fundamento sociohistórico. De tal suerte, esto remarca el lugar que ocupa el Estado y sus instituciones afines, en la medida en que sus definiciones e implementaciones intervienen en los itinerarios de las personas jóvenes.

Asimismo, las ideas de tramo biográfico, itinerario y trayectoria buscan recalcar el hecho de que no todos quienes transitan por dicho tramo lo hacen de la misma forma y en los mismos tiempos: hay distintas velocidades, itinerarios, emancipaciones diversas.

Ahora bien, si se consideran los cambios acaecidos en los últimos treinta años es claro que el hecho juvenil ha pasado de ser una condición restringida en el tiempo a constituirse en una etapa que, de acuerdo a los contextos específicos, puede tener una duración incierta entre la pubertad y la vida adulta. En décadas pasadas, la biografía de una persona joven tenía trayectorias medianamente predecibles, trayectorias relativamente ordenadas que estaban guiadas por una consecución más o menos lineal de acontecimientos vitales. Actualmente, la organización de estas pautas biográficas se ha diversificado producto de la extensión de la escolaridad, la precarización laboral, los cambios al interior de las familias, entre otros, así como también, las transiciones en los eventos vitales se han transformado y son más discontinuas y variables. En contraste, el proceso emancipatorio se ha individualizado, lo cual deviene en trayectorias múltiples y en itinerarios que pueden llegar a ser reversibles.

De igual forma, todos estos procesos provocan que las trayectorias individuales sean cada vez más frágiles y vulnerables, en donde la incertidumbre y la inseguridad intervienen de manera importante en la definición de los proyectos de las y los jóvenes. En la medida en que los procesos de individualización se han ido asentando

en nuestras sociedades, estos riesgos son percibidos generalmente como resultado de las propias decisiones, lo que es discordante con las desigualdades objetivas en las que se está inmerso y que refieren principalmente a las redes de solidaridad, a los recursos disponibles y las condiciones económico-sociales en las que se vive.

El marco en el cual se definen las trayectorias de mujeres y varones jóvenes se modifica de unos países a otros de acuerdo a los distintos regímenes de bienestar, el tipo de funcionamiento de estos y el tipo de titularidad de derechos. Así, en contextos como el nuestro, la subsidiariedad entre el Estado y las familias supone que estas últimas se hagan cargo de brindarles las fuentes de seguridad a sus miembros.

Desde esta perspectiva, la individualización y la familiarización de las trayectorias están definiendo actualmente la condición juvenil.

3.1.2 La intersección entre juventud y género

Uno de los aspectos que caracteriza al periodo de la juventud²⁰ es que en él hombres y mujeres jóvenes experimentan una serie de procesos que involucran el asumir mayores grados de autonomía personal y de responsabilidades sociales al interior de la unidad doméstica, lo que desde el enfoque analítico de Oliveira y Mora Salas (2009) es conceptualizado como transición a la adultez. Para estos autores el tránsito a la adultez corresponde a un proceso diferencial en función de un conjunto de características de las personas jóvenes (edad y sexo), de sus contextos familiares (nivel socioeconómico, jefatura femenina, número de hermanos, entre otros) y de sus expectativas vitales (dejar la escuela, incorporación al mundo laboral, entre otros eventos relevantes). La perspectiva adoptada por Oliveira y Mora Salas (2009) respecto del proceso de transición a la adultez se enmarca dentro de los desarrollos que buscan suplir las deficiencias analíticas de la perspectiva sociodemográfica clásica en este campo. En tal sentido se plantea la necesidad de abordar el tránsito a

²⁰ A este respecto, desde el enfoque biográfico de la sociología de la juventud se “define la juventud como proceso social de emancipación que atañe a aspectos económicos (posición social y enclasmamiento) y familiares (emancipación de la familia) (Casal et al, 2006: 21).

la vida adulta tomando en cuenta tanto el punto de vista del sujeto (agencia) como las constricciones que conlleva la estructura social a través de la incorporación de una mirada más sociológica que permita poner atención tanto a los factores macro como micro sociales que intervienen en este periodo de la vida (Oliveira y Mora Salas, 2009; Casal, 1996; Casal et al, 1988, 2006).

Desde este punto de vista, estos autores han señalado que el género tiene un peso significativo en la estructuración de las trayectorias a la adultez. Oliveira y Mora Salas (2009) destacan que durante la transición a la vida adulta aquellos factores que configuran las diferencias de género adquieren una particular preponderancia, al definir las trayectorias de especialización²¹ en las funciones/roles sociales que llevan a cabo las mujeres y los hombres jóvenes en las tareas de reproducción social de sus familias. Con ello se constata que el proceso de transición a la adultez no es neutro, sino que en él operan, se refuerzan o se intensifican las desigualdades de género de base. Esto no es menor, puesto que es en esta etapa del curso de vida en donde los factores que estructuran las inequidades sociales de género se consolidan.

Oliveira y Mora Salas (2009) indican que la adquisición de mayores responsabilidades en el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado no se ha reconocido como uno de los eventos/transición a la adultez y ha sido completamente ignorado por el modelo normativo del tránsito a la vida adulta, lo que constituye un importante sesgo de género en este enfoque. En este sentido, los autores advierten que es menester avanzar hacia un desarrollo más multidimensional respecto de los denominados “eventos/transición”; ello, en el entendido de que tales eventos acontecen como resultado del encadenamiento de una serie de acontecimientos (trayectoria) que están tamizados por las interacciones de diferentes ejes de desigualdad (clase, género y etnicidad), lo que da lugar a modelos múltiples y contrastantes de transición. De tal suerte, la transición a la edad adulta no comprende necesariamente los mismos componentes para todas las personas, no tiene la misma secuencia y no ocurre de acuerdo al mismo calendario. Lo anterior tiene mayor

²¹ Oliveira y Mora Salas (2009) entienden el proceso de especialización diferencial por género como la consecuencia de una construcción sociohistórica de los roles femeninos y masculinos.

relevancia aún si se considera que las connotaciones de ser joven y adulto/a difieren de una sociedad a otra, en el tiempo y el espacio. En contraste, desde la perspectiva sociodemográfica clásica, todo aquello es frecuentemente obviado al poner mayor atención en el establecimiento del orden, secuencia, ocurrencia y probabilidad de dichos eventos.

Por otra parte, desde la perspectiva del hecho juvenil las dificultades en cuanto al abordaje del ejercicio y consecución de nuevas responsabilidades sociales relacionadas con la producción y la reproducción social (trabajo remunerado y trabajo doméstico y de cuidados no remunerado), en tanto constituye una de las dimensiones centrales del proceso de desarrollo del sujeto (Oliveira y Mora Salas, 2009), también supone pensar a las personas jóvenes desde la indeterminación y la moratoria en la toma de roles. En efecto, significa considerar al mundo juvenil como extraño y extrañado del de las personas adultas (Casal et al, 2006).

3.2 Enfoque de Género y Desigualdades

Incorporar la dimensión de género en el abordaje de la realidad juvenil significa, por un lado, visibilizar aquellos aspectos en los cuales se encuentran desigualdades entre mujeres y varones, y por otro, dar cuenta de la heterogeneidad de la población joven.

En este sentido, se constata que los procesos y prácticas que están en la base de la constitución de las sociedades contemporáneas –y las latinoamericanas en particular- establecen una serie de desigualdades económicas, sociales y culturales que ubica a ciertos grupos de personas en desventaja frente a otros al construir un orden simbólico, de significados y normas que las legitiman.

Las sociedades se instituyen a partir del despliegue constante de estrategias de distinción de género, raza, etnia, clase y otras. Sin embargo, y en un mismo movimiento, se erige en torno a aquéllas un discurso que defiende el acceso universal y la suspensión de jerarquías. Esta paradoja radica en el hecho de que la desigualdad implica, por una parte, que los sujetos tienen distintas capacidades y recursos en función de la posición que ocupan en la sociedad y, por otra, que las instituciones limitan y posibilitan, a la vez, el ejercicio de estas capacidades de acuerdo a las representaciones culturales y estructuras sociales existentes (Fraser, 1998).

La teoría del género da cuenta de estas operaciones al entender las relaciones entre los sexos como un sistema de diferenciación productor de desigualdades (Scott, 2000; Lamas, 2000; Rubin, 2000; De Barbieri, 1992). Dicho sistema es el resultado de la construcción social y cultural que las sociedades hacen de la diferencia biológica y, por tanto, supone una red de significación y acción que va más allá del cuerpo. Al ser el producto de una sociedad históricamente determinada, esta forma de diferenciación y estratificación se transforma constantemente. Asimismo, las construcciones culturales de género están asociadas a las nociones de sujeto, persona y autonomía que cada cultura desarrolla.

La categoría de género es un concepto de carácter relacional y refiere a los procesos económicos, sociales y culturales que definen y determinan las diferencias de oportunidades y condiciones de vida de mujeres y hombres; a las relaciones de poder entre ambos géneros; y, a los mecanismos de discriminación sexual creados por el orden de género -la división sexual del trabajo, los procesos de socialización, la construcción de espacios sociales diferenciados para mujeres y hombres, las representaciones y valoraciones sociales de lo femenino y lo masculino y la cristalización de aquello en la normativa jurídica y social que regula las relaciones sociales-. Alude a las prácticas y a las interpretaciones que se construyen en torno a ellas.

El sistema sexo-género consta de reglas, normas y prácticas (De Barbieri, 1992) que determinan jerarquías de género, privilegios masculinos, estructuras organizadas en torno al dominio masculino y su valoración, estableciendo el lugar y las actuaciones propias -y las impropias, con sus consecuentes sanciones- de las mujeres y los hombres. Es decir, configura espacios diferenciados para hombres y mujeres que, en su vinculación, efectivizan las relaciones de poder que dicho sistema conlleva. El orden de género hegemónico que opera en las sociedades occidentales contemporáneas, la esfera productiva corresponde al ámbito de acción de los hombres y la esfera reproductiva al de las mujeres. La actuación preponderante de las mujeres en el ámbito reproductivo subsidia y sustenta el productivo y, con ello, actualiza el orden de género. Las relaciones de género también comportan una economía que, a fin de mantener las jerarquías, es obliterada. Esta clausura y naturalización del carácter económico -y también cultural- existente en el vínculo de una esfera y otra, en la misma operación que desvaloriza social y económicamente la contribución que las mujeres hacen al desarrollo y la productividad de las sociedades, aporta los elementos centrales para que se instituya la subordinación femenina (Valdés y Fernández, 2006). En efecto, desde la perspectiva de género se destaca que uno de los elementos centrales de la desigualdad de género lo constituye la división sexual del trabajo, la cual está sustentada -primariamente- en estructuras familiares con una clara distribución y especialización en cuanto a las tareas y las responsabilidades asignadas a cada sexo, y que son reguladas por normas sociales configuradas históricamente en

donde el hombre figura como proveedor único, ocupando un lugar de privilegio y autoridad.²² En este marco, se consagra una visión dicotómica en la cual los hombres son asociados al trabajo para el mercado y a una mayor participación en la esfera pública, mientras que a las mujeres les correspondería el trabajo doméstico y de cuidado en el hogar (pero también fuera de él) y, por tanto, su ámbito de actuación sería la esfera privada. Ello, en el entendido de que dichos roles y espacios de acción devienen como la consecuencia lógica de lo que le es “propio” a cada uno de los sexos, en tanto se los concibe como predisposición “natural”,²³ con lo cual se despoja a las relaciones entre los sexos no sólo de su carácter de construcción social y cultural de la diferencia biológica, sino de las relaciones de poder que en ellas están implicadas. Asimismo, la teoría del género da cuenta de un modo característico de socialización y construcción de los roles de género que configuran espacios diferenciados para hombres y mujeres que, en su vinculación, efectivizan las relaciones de poder que dicho orden conlleva y que establecen el marco de lo posible respecto del modo en que se conforman las relaciones sociales, el control diferencial sobre los recursos materiales y simbólicos (y el acceso a los mismos) y las disposiciones a la acción y a la percepción de hombres y mujeres en un momento histórico dado. Ciertamente, el sistema sexo-género, al producir y estructurar marcos de interpretación de la realidad que se articulan con elementos y procesos estructurales, construye identidades y configura disposiciones a la acción y a la percepción que están determinadas por significaciones, normas y valores de género, modelando y ordenando sus prácticas y las formas de entender el mundo y los

²² Sin embargo, y tal como señala J. Scott (1996), cabe hacer notar que así como el género es un elemento angular en las relaciones sociales fundadas en la diferencias que distinguen los sexos, también constituye una forma primaria de relaciones significantes de poder. Por tanto, aun cuando el género se construya por medio del parentesco -y las consecuentes desigualdades entre varones y mujeres, intra e intergeneracionales- aquel no es el único ámbito en que ello se efectúa, el género también se recrea a través de la economía y la política; cuestión que es aún más evidente en las sociedades actuales, en donde esto se realiza de forma muy alejada e independiente del parentesco. Es pues, a partir de estas consideraciones que es posible sostener que las desigualdades de género se constituyen en una dimensión estructurante del resto de las desigualdades sociales, cuyas expresiones varían -con continuidades y discontinuidades- de acuerdo al contexto histórico y cultural.

²³ Que en los varones se traduciría en una actitud más individualista y orientada a la ética de la justicia que es característica de lo público; y en las mujeres se expresaría en una disposición “innata” a priorizar las redes interpersonales y afectivas, lo que estaría cimentado en una ética del cuidado.

géneros. En este sentido, el género es, también, una categoría histórica puesto que permite mirar las desigualdades basadas en el sexo y sus implicancias en la elaboración de las identidades de género, las representaciones simbólicas, y las instituciones (Scott, 1996).

A partir de lo antedicho, es claro que el género es uno de los ejes de la desigualdad y es transversal a todas las esferas cotidianas de la sociedad -en las que, además, están presentes las más diversas interacciones culturales y mediaciones institucionales-. Pero no basta con mirar el eje de la des/igualdad entre mujeres y hombres, también es relevante el de la diferencia. La sola consideración de la igualdad puede llevar no sólo a engaño sino, sobre todo, a reflexiones que más que ir a favor de una igualdad de derechos motive la negación de condiciones diferenciadas. Por ejemplo ¿qué significa igualdad de derecho a la educación de un/a niño/a discapacitado/a, o cuya lengua materna no es la de la escuela pública oficial? (Jelin, 1997)

Aun cuando relevar la norma de la igualdad es políticamente efectivo en la medida en que da pie para accionar en contra de determinadas formas de discriminación, equilibrar los campos de acción del poder, y reforzar y afirmar la individualidad, no es menos cierto que los individuos no son todos iguales. En última instancia, el no reconocimiento de las diferencias, sea por ocultamiento o por negación, instala y perpetúa la idea de que existen dos clases de personas esencialmente distintas: las normales (los iguales) y las diferentes (los no iguales) (Jelin, 1997).

La reivindicación simultánea por un tratamiento igualitario y la valoración de las especificidades de la mujer da cuenta de un dilema insoslayable, al hacer patente la tensión inevitable entre el principio de la igualdad y el derecho a la diferencia (Jelin, 1997). No obstante, es preciso no caer en la simplificación de suponer que la tensión entre igualdad y diferencia sólo es aplicable al análisis de la relación entre sexos. También es necesario tener presente la diversidad de experiencias, las diferencias de raza, de clase, de nacionalidad, de etnia, de edad, que se dan entre mujeres, así como entre hombres, las que pueden llegar a ser considerables.

No basta con descubrir y nombrar la diferencia de género; plantear y asumir la disyuntiva existente entre el principio de igualdad y el derecho a la diferencia significa observar de igual modo las diferencias entre mujeres y entre hombres como un eje articulador del análisis: en las brechas sociales, en los derechos y en el mercado.

Ello supone organizar derechos universales desde las diferencias objetivas y subjetivas; reconocer que las identidades de género se construyen en función de una multiplicidad de relaciones sociales (de clase, étnicas, religiosas, las orientaciones sexuales, las etapas de los diversos cursos de vida, entre otras) y que, por lo mismo, son fuente de múltiples intereses, discursos y prácticas.

En efecto, las expresiones de desigualdad, discriminación²⁴ y subordinación no son las mismas para todos los sectores sociales. Por ello, aun cuando en esta investigación la dimensión de género articulará el análisis de la población juvenil, también resulta fundamental tener presente el cruce con otros ejes de diferenciación social, como son la clase y la generación. Esto permitirá dar cuenta de las condiciones diferenciales en que mujeres y hombres jóvenes experimentan “la juventud”. Es decir, esta etapa es diferencial según su condición de género, su nivel socioeconómico y sus diferencias generacionales, produciendo cursos de vida diversos y divergentes. Esta es la línea argumental de esta tesis.

Ahora bien, estos elementos dan pie para fundamentar lo que se indicó en un comienzo respecto de la fuerza estructurante que tiene el género en los procesos de tránsito a la vida adulta. Esto, en la medida en que en la población estudiada se hace visible la distribución diferencial de las responsabilidades sociales relativas a la producción y la reproducción social (trabajo remunerado y trabajo doméstico y de cuidados no remunerado), la cual es expresiva de patrones tradicionales de especialización de género (Oliveira y Mora Salas, 2009).

²⁴ La discriminación de género corresponde a “toda distinción, exclusión o restricción basada en el sexo, que se presenta principalmente hacia el género femenino y se expresa en un acceso desigual a los recursos y oportunidades, en la violencia, la falta de servicios, la escasa representación de las mujeres en la política y los negocios, y en los desbalances de poder que caracterizan las relaciones institucionales e interpersonales entre hombres y mujeres” (ONU, CEDAW, 1979).

CAPÍTULO IV METODOLOGÍA

Tal como se señaló en los objetivos, esta investigación tiene como propósito diagnosticar, desde el enfoque de género, la situación de la población juvenil chilena en base a los datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006). La finalidad es aportar elementos para la incorporación del enfoque de género en el emprendimiento de políticas públicas dirigidas a la población joven chilena.

La estrategia metodológica mediante la cual se busca dar cumplimiento al objetivo planteado en esta investigación considera el procesamiento estadístico de la base de datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006), principalmente, a partir del uso de técnicas de análisis bivariado y por capas. Ello, a fin de dar cuenta de las diferencias existentes al interior de la población joven chilena y en atención al hecho de que los datos agregados, muchas veces, no permiten visibilizar dichas diferencias.

A continuación se describe el plan de análisis para el procesamiento de la base de datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006), el cual contempla las actividades que se han considerado pertinentes para llevar a cabo dicho propósito.

4.1 Estrategia Metodológica y Plan de Análisis

El estudio apunta a una mirada macrosocial –estadística-, a través de la cual se pretende hacer un diagnóstico de la situación de la población chilena de 15 a 29 años en base a los datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006). La particularidad de dicho diagnóstico es que se hará incorporando la perspectiva de género con el objeto de identificar las diferencias e inequidades entre mujeres y hombres jóvenes en ámbitos que desde la teoría del género han sido evaluados como relevantes en lo que respecta a las desigualdades de género. Asimismo, en atención a

las constataciones hechas por Oliveira y Mora Salas (2009) respecto de las imbricaciones que se producen en el periodo de transición a la vida adulta y la dimensión de género, el análisis de los datos también busca dar cuenta de ello.

4.1.1 Universo de Estudio y Unidad de Análisis de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006)

El universo de estudio de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud corresponde a hombres y mujeres de 15 a 29 años residente en el país (zona rural y urbana). El tamaño de la muestra es de 6.345 casos, con un error muestral estimado del $\pm 1,25\%$ a nivel nacional,³¹ con un nivel de confianza del 95% y varianza máxima. El tipo de muestreo que se utilizó fue de estratificado, aleatorio y probabilístico (selección de manzanas, hogares e individuo entrevistado a partir de la tabla de números aleatorios de Kish). La unidad de análisis es la persona. Por último, el cuestionario es de aplicación cara a cara y cuenta con 146 preguntas cerradas y abierta, de carácter simple y múltiple.

4.1.2 Técnicas de producción y análisis de la información

El análisis que se hará de la base de datos antes mencionada es de dos tipos: bivariado y por capas. Con el primero se busca caracterizar la situación de la población juvenil chilena e identificar las diferencias e inequidades entre mujeres y hombres jóvenes en los siguientes ámbitos: educación; trabajo y autonomía económica; sexualidad; maternidad y paternidad; uso del tiempo libre; representaciones y modelos de género; acceso y uso de TIC's; y, violencia en la pareja. En todos ellos se pretende utilizar el análisis por capas a partir de las variables de sexo, tramo etario y nivel socioeconómico, en los casos que la muestra lo permita.

³¹ En las regiones con menor número de casos el error muestral fue de un máximo de $\pm 5\%$.

Pues bien, debido a las características muestrales de la Quinta Encuesta y del diseño del cuestionario de la misma, antes de avanzar con el análisis estadístico seleccionado para cumplir con los objetivos planteados era menester determinar la viabilidad de efectuar ciertos cruces, básicamente, en lo que concierne al uso de capas. Para ello se realizó el procesamiento de los datos sin ponderar, tanto de las frecuencias de las preguntas de los ámbitos seleccionados como de los cruces posibles por capa. Estos cruces por capa se hicieron a partir de las variables de segmentación consideradas como prioritarias para este estudio (sexo, tramo etario y nivel socioeconómico). Esto permitió tener una visión clara del número de casos por celda, lo que a su vez discriminó en cuanto a las preguntas y el nivel de procesamientos de los datos que serían utilizados para el análisis. Es decir, este primer procedimiento buscó hacer una evaluación de la fiabilidad y representatividad de los cruces proyectados.

En función de lo anterior, el criterio de selección que se utilizó fue incluir aquellos cruces cuyas celdas tuviesen un tamaño de 15 o más casos. Asimismo, para aquellas variables que se consideraban relevantes para el análisis, pero que no cumplían con este criterio se recodificó/agrupó las categorías donde era posible. Ejemplo de ello, es la variable Nivel Socioeconómico.

CAPÍTULO V

PRINCIPALES RESULTADOS

Analizar la condición juvenil desde la perspectiva de género implica relevar aquellos ámbitos en los que se distinguen desigualdades entre mujeres y varones jóvenes. Una de las finalidades de ello es desarrollar estrategias que permitan abordar dichas desigualdades para avanzar en la equidad de género. Propender hacia la equidad de género no sólo significa asumir un enfoque que enmarque y potencie el mejoramiento de la situación de las mujeres; supone, sobre todo, un punto de vista, un modo de entender la forma en que se constituyen y se organizan las sociedades. La equidad de género comporta el reconocimiento de las diferencias entre mujeres y varones, los diversos grupos de personas que componen las distintas sociedades y, al mismo tiempo, es un objetivo ético y de justicia social. Esto, en la medida en que busca alcanzar mayores grados de igualdad entre los distintos grupos y al interior de los mismos.

Tal como lo han constatado otros enfoques, la constitución de las sociedades contemporáneas se basa en una serie de procesos y prácticas que establecen un conjunto de desigualdades económicas y culturales. En líneas generales, la desigualdad comporta dos ideas: por una parte, los individuos tienen distintas capacidades y recursos de acuerdo a la posición que ocupan en la sociedad; y, por otra, las instituciones circunscriben y viabilizan, a un tiempo, el ejercicio de estas capacidades en función de las representaciones culturales y estructuras sociales existentes. La perspectiva de género ha puesto el acento en que muchas de esas inequidades también tienen un fundamento en las diferencias sexuales, a partir de la construcción de un orden simbólico, de significados y de normas que las legitiman y que sitúan a ciertos grupos de personas en condiciones de desventaja respecto de otros. En este sentido, la noción de género concibe las relaciones entre los sexos como un sistema de diferenciación productor de desigualdad para dar cuenta de estas operaciones.

Si bien las inequidades de género más referidas han sido las que afectan a las mujeres, especialmente a algunos sectores de ellas, el entender que la mayor parte de las veces los ejes de la desigualdad se dan de manera entrecruzada en la realidad involucra atender a: los diversos modos en que dichas desigualdades se expresan en las diferentes poblaciones; al hecho de que estas desigualdades probablemente son percibidas y apropiadas de formas diferentes según sea el lugar que mujeres y varones ocupan en la estructura social; y, sobre todo, a la idea de que tienen implicaciones disímiles de acuerdo a la etapa del curso de vida en el que dichas poblaciones se encuentran. Así, las desigualdades entre mujeres y hombres y al interior de los sexos van a adoptar matices distintos al considerar la condición socioeconómica, cultural, étnica y etaria.

En función de lo antedicho, a continuación se presenta el resultado del procesamiento de la base de datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006) para el diagnóstico de la situación de la población joven chilena desde la perspectiva de género. Las áreas estudiadas son: empleabilidad (educación, trabajo y autonomía económica); sexualidad; acceso y uso de TIC's; uso del tiempo libre; y, violencia en la pareja; y, representaciones y modelos de género.

5.1 Empleabilidad

La incorporación de la noción de género al estudio de la relación entre juventud y empleabilidad potencia la capacidad de explicar y de visibilizar los desequilibrios de oportunidades y necesidades existentes entre las y los jóvenes en este ámbito. Dado que el género constituye una de las dimensiones estructurantes de la sociedad, desde este enfoque es posible distinguir el peso que ello tiene en dichos desequilibrios, en tanto el género perfila ciertas desigualdades que, a la vez, son afectadas por los otros ejes de diferenciación social.

En este acápite, el análisis de la empleabilidad de mujeres y varones jóvenes chilenos será abordado a partir de dos grandes aspectos: educación y trabajo. Esto, en

el entendido de que la empleabilidad involucra las condicionantes previas que aquélla presenta -en este caso el nivel educacional que se posee-; las diferencias que pueden darse en cuanto a la inserción laboral de unas y otros; y, los grados de autonomía económica que están asociados a dicha inserción laboral.

5.1.1 Educación

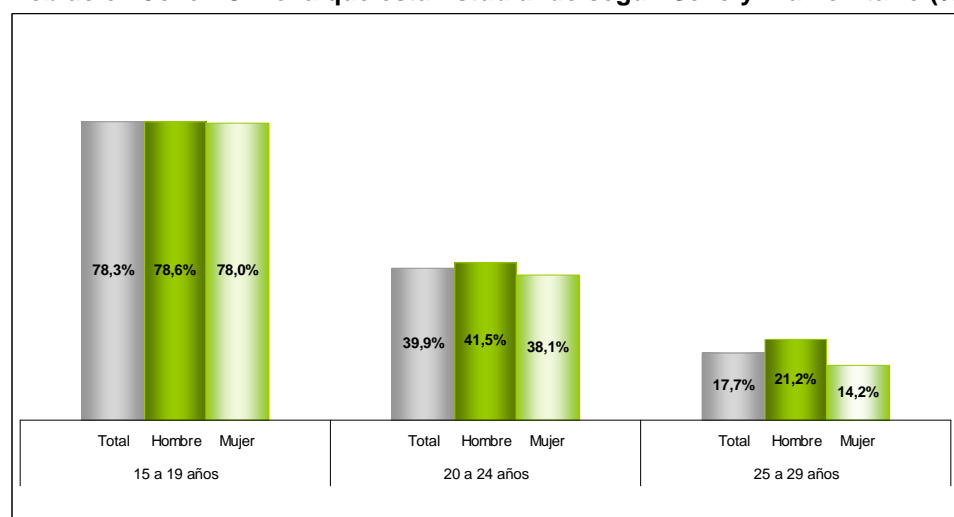
En las últimas décadas el sistema educativo chileno ha sido objeto de fuertes cuestionamiento, principalmente, debido a la alta segmentación socioeconómica que trae implícita. Ello ha derivado en una entrega diferencial de capacidades y herramientas para el desenvolvimiento futuro de la población juvenil chilena, particularmente, en el ámbito laboral. Así, se han constatado crecientes dificultades en su capacidad de habilitar a un grupo importante de la población chilena para la continuación de estudios superiores pero, sobre todo, para otorgar herramientas que le permita al segmento juvenil de menores recursos incorporarse al mundo del trabajo en condiciones no precarias (Jacinto, 2006; Ramírez, 2001; Pieck, 2001; Gajardo y Milos, 2000; Jacinto, 2000). En efecto, las credenciales escolares constituyen la principal vía de acceso al trabajo, aunque cada vez de manera más diferenciada, lo que depende estrechamente del nivel socioeconómico de varones y mujeres jóvenes. En este sentido, la posesión o no de las credenciales educativas mínimas garantizadas por el Estado chileno se perfila como un indicador relevante al momento de observar el estado de la empleabilidad de la población joven en Chile. Diversas investigaciones advierten de la existencia de una relación positiva entre nivel educacional, tipo de empleo y nivel de ingreso al que se aspira (Ciccía y Guzmán-Concha, 2009; Jacinto, 2002; Muñoz, 2001).

En lo que respecta a la cobertura y la participación de la población juvenil chilena en el sistema educacional, las Encuestas Nacionales de Juventud corroboran la tendencia histórica que se observa en la serie de Encuestas CASEN en los últimos dieciséis años, la cual registra un aumento progresivo de la misma: en la Cuarta Encuesta de Juventud (2003) se consignó que del total de la población joven un 41,1% se encontraba estudiando en dicha condición (un 43,4% de los hombres y un 38,8%

de las mujeres); mientras, en la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006) aquel porcentaje alcanzó un 47,3% (49,1% en los varones y 45,5% en las mujeres) (Ver Anexo 2: Gráfico 1).

Ahora bien, entre los 15 y 29 años se suceden importantes cambios en el curso de vida, además de que las posibles circunstancias formativas en las que las personas se puedan encontrar difieren notablemente durante ese periodo. Por lo tanto, es pertinente observar en primer lugar las diferencias existentes entre la población joven según sexo y tramo etario de acuerdo a la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006).

GRÁFICO 1
Población Joven Chilena que está Estudiando según Sexo y Tramo Etario (%)

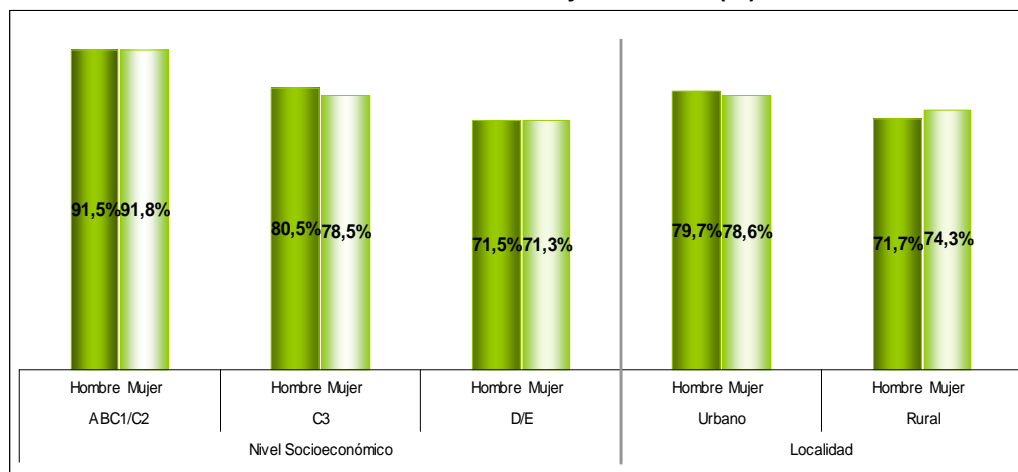


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Población de 15 a 19 años

Entre la población de 15 a 19 años que indicó estar estudiando no se advierten diferencias por sexo. En efecto, prácticamente el 80% de las mujeres y varones de este grupo de edad estaba en el sistema escolar al momento de la encuesta. Asimismo, se constata que las diferencias respecto a la inclusión en el sistema educativo más bien se dan por el nivel socioeconómico y, en un grado menor, por la localidad en la que se habita (Ver Gráfico 2).

GRÁFICO 2
Población de 15 a 19 años que está Estudiando según Sexo,
Nivel Socioeconómico y Localidad (%)

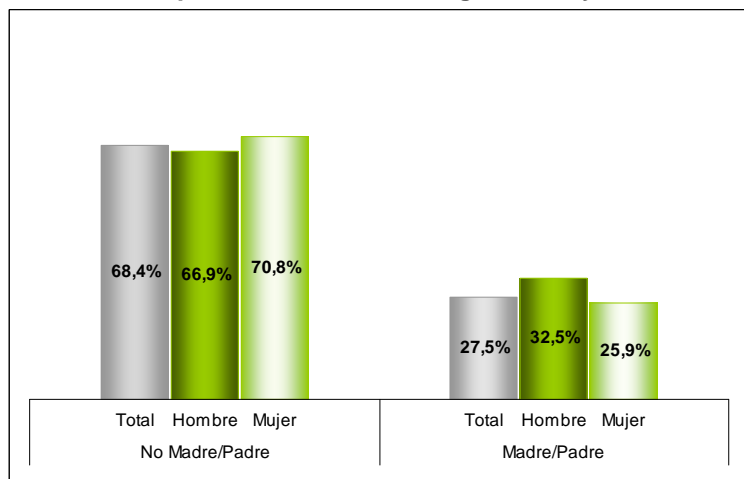


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Estos datos estarían mostrando que las políticas educativas de las últimas décadas -orientadas a la ampliación de la cobertura del sistema escolar, así como también, al desarrollo de incentivos para la retención de las y los adolescentes dentro del mismo- estarían redundando en la generación de condiciones de igualdad desde el punto de vista del género. No obstante, aún persistirían diferencias importantes en lo que respecta a los condicionantes socioeconómicos y a la situación de paternidad/maternidad.

Al ahondar en la relación entre la participación en el sistema escolar y la situación de paternidad/maternidad entre la población de 15 a 19 años, los datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006) muestran que la condición de paternidad/maternidad es determinante en lo que atañe a la participación en el sistema escolar de esta cohorte. La proporción de personas de 15 a 19 años madres o padres que señalaron estar estudiando es sustancialmente menor en relación a quienes no son madres o padres. Asimismo, aun cuando la condición de paternidad/maternidad es relevante al momento de no estar en el sistema educativo tanto para mujeres como varones adolescentes, existe una proporción algo mayor de padres adolescentes que están estudiando en comparación con las madres adolescentes (Ver Gráfico 3).

GRÁFICO 3
Población de 15 a 19 años que está Estudiando según Sexo y Paternidad/Maternidad (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Estos datos se condicen con un estudio de MIDEPLAN (s/f: 29) que señala que el ser padre o madre adolescente aumenta la probabilidad de desertar del sistema escolar, debido a que el cuidado de las/os hijas/os o el trabajar para obtener ingresos necesarios para mantener a una familia frente a estar estudiando se presentarían como dos actividades difíciles de compatibilizar. La evidencia empírica indica que la paternidad/maternidad y el embarazo adolescentes están dentro de las causas de la deserción del sistema educativo.³²

En lo que respecta al fenómeno de la deserción escolar en general, a fines de la década de los noventa Harold Beyer (1998:90) señalaba la importancia de discernir si la deserción obedecería a una decisión voluntaria ante la percepción de que los retornos de la inversión en capital humano serían menores a los esperados, o si aquella se fundaría en urgencias económicas y la decisión de incorporarse a la fuerza laboral. Según el autor habría evidencia preliminar que indicaría que a menor ingreso

³² En un estudio realizado en 2006 en base al Registro de Estudiantes de Chile (RECH) se constató que existe una clara diferencia entre los resultados académicos del conjunto de estudiantes y de quienes son madres o padres: entre el primer grupo el porcentaje de aprobación supera el 90%, en tanto en el segundo sólo llega al 63%. Esta situación se traduce en una mayor proporción de abandono entre los estudiantes padres y madres en relación al conjunto del estudiantado (24,5% y 3,3%, respectivamente), donde la brecha con la matrícula general alcanza casi los 20 puntos porcentuales (Olavarría et al., 2007b).

familiar mayor es la probabilidad que un/a joven deje de estudiar. Igualmente, de acuerdo a los/as participantes en el *Debate sobre Desafíos de la Política Educacional* organizado por UNICEF (2000) la deserción escolar está asociada a mayores niveles de pobreza familiar, además de que en ello concurren factores de expulsión del sistema, tales como: contextos de pobreza; incapacidad del propio sistema escolar de acoger y dar respuestas a las y los jóvenes en dificultades o con necesidades especiales; la inadecuación de las formas organizativas; las prácticas pedagógicas; la forma de convivencia; la normatividad y la disciplina escolar; y, en el caso de las mujeres, también estaría la presión familiar para ejercer un rol doméstico y la realidad de embarazo en muchas de ellas.

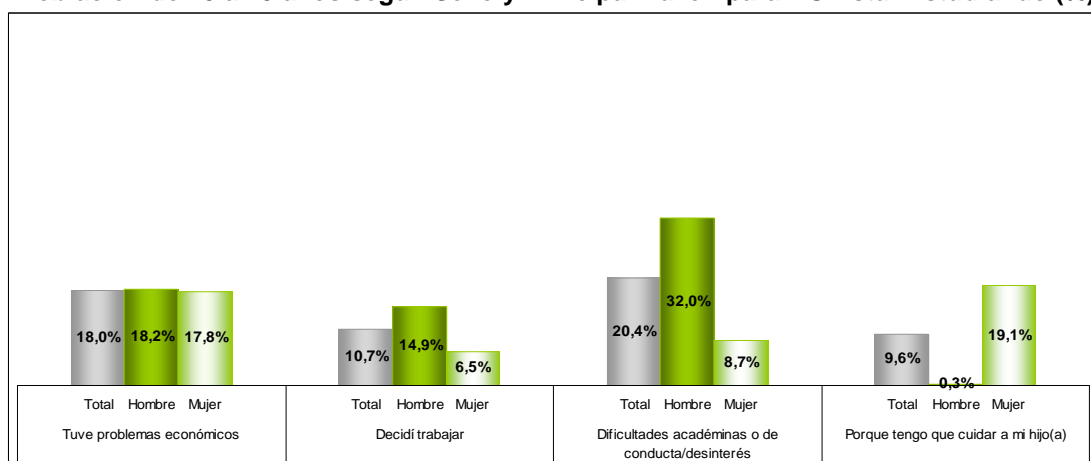
En este punto cabe destacar que según los resultados de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006) un 21,7% de las mujeres y el 21,2% de los hombres de 15 a 19 años señalaron no estar estudiando. Estas cifras llaman la atención por cuanto la mayoría de quienes componen esta cohorte de edad aún no ha cumplido los 12 años de escolaridad obligatoria.³³ A este respecto, la Encuesta registra que del total de la población de 15 a 19 años que declaró no estar estudiando casi dos tercios (65,3%) no concluyó sus estudios básicos y/o secundarios; y, entre los varones esta proporción es mayor que entre las mujeres: 68,9% y 61,7%, respectivamente (Ver Anexo 2: Gráfico 2). Ello sería coincidente con varios estudios que indican que los hombres adolescentes tienden a desertar del sistema escolar en mayor medida que las adolescentes (MIDEPLAN, s/f; MINEDUC, s/f; CEPAL, 2003; JUNAEB 2002, Goicovic, 2002).

Tal como se mencionó anteriormente, existe una multiplicidad de factores que inciden en el hecho de que ciertos grupos del segmento juvenil de 15 a 19 años deserten del sistema escolar. De igual modo, la evidencia empírica muestra la fuerte asociación que existe entre el fenómeno de la deserción escolar y la dimensión de

³³ El Ministerio de Educación ha establecido como política central asegurar doce años de escolaridad para todos los jóvenes chilenos, hombres y mujeres, lo que responde a la Ley N° 19.876 que señala: “La educación básica y la educación media son obligatorias, debiendo el Estado financiar un sistema gratuito con tal objeto, destinado a asegurar el acceso de toda la población. En el caso de la educación media este sistema, en conformidad a la ley, se extenderá hasta cumplir los 21 años de edad”.

género (MIDEPLAN, s/f; Valdés y Olavarría, 1998; Olavarría, Donoso y Valdés, 2006; Olavarría et al., 2007a, 2007b), cuestión que se aprecia claramente en las razones que hombres y mujeres jóvenes señalan al momento de preguntárseles por qué no están estudiando. Los datos aportados por la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006) a este respecto confirman aquella relación, no sólo por el hecho de que los porcentajes de mujeres y varones adolescentes son diferentes, sino principalmente porque las razones que unas y otros dan para no estar en el sistema educativo refieren a condiciones que reflejan de manera consistente la división sexual del trabajo de un orden de género tradicional y de predominio masculino que asigna a los hombres el rol de proveedor y a las mujeres el rol de cuidadoras. También se constata que los motivos señalados por esta población tienen un marcado carácter económico.

GRÁFICO 4
Población de 15 a 19 años según Sexo y Principal Razón para NO Estar Estudiando (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Al poner atención en las respuestas esgrimidas por mujeres y varones jóvenes entre 15 y 19 años que no están estudiando, donde existen diferencias significativas entre hombres y mujeres, se destaca que para los varones la principal razón es “dificultades académicas o de conducta/desinterés”, seguida por “decidí trabajar”; en cambio, para las mujeres la principal razón es el cuidado del hijo/a. Nótese que este último porcentaje es algo más alto que el que corresponde a las mujeres para la opción “problemas económicos” (Ver Gráfico 4).

A la luz de estos datos -y de los resultados de la investigación de Olavarría et al. (2008)-, es posible afirmar que, al momento de tomar decisiones y cursos de acción respecto de permanecer o no en el sistema educativo, los estereotipos de género predominantes y los mandatos culturales presentes en el orden de género de nuestra sociedad son relevantes. Así, de acuerdo al estudio antes citado, para los varones adolescentes el estereotipo “hombre proveedor” se constituye en un imperativo y una exigencia social y personal; y, en el caso de las mujeres adolescentes el mandato cultural que ubica a las mujeres primeramente en el rol de “madre” en un aspecto central entre las mujeres adolescentes en situación de pobreza, en la medida en que ello les aporta espacios de reconocimiento social y de identidad.

Población de 20 a 24 años

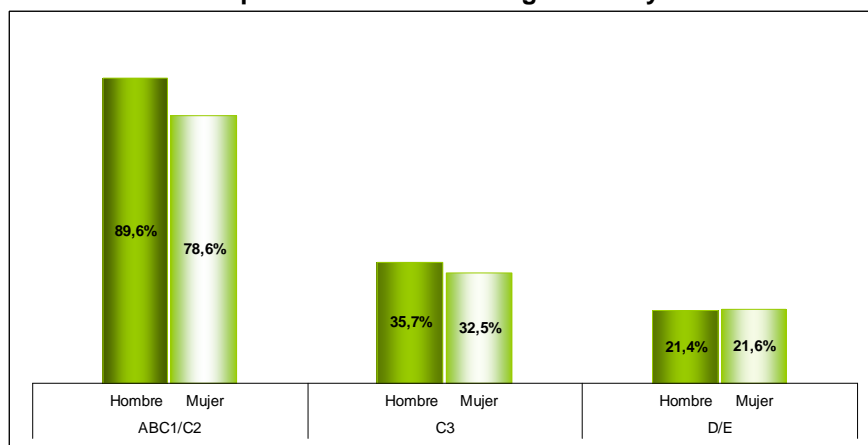
En contraste con la cohorte de edad anterior, la población de 20 a 24 años en su gran mayoría ya ha cursado su educación media, lo que hace suponer que aquellas y aquellos que indican estar estudiando cursan estudios superiores. Asimismo, es importante considerar que es en este periodo de edad (20 a 24 años) donde la mayor parte de la población ingresa al mundo laboral y en la que el trabajo se constituye en la actividad principal de las personas, más aún en los estratos socioeconómicos más bajos, a diferencia de lo que ocurre en la situación de la cohorte de edad anterior en la que, debido a los altos niveles de cobertura del sistema educativo existentes en el país, la actividad principal más probable es estar estudiando.

Según los datos arrojados por la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006), el 39,9% de la población de 20 a 24 años señaló estar estudiando. Al desagregar por sexo no se observan mayores diferencias: un 38,1% de las mujeres y el 41,5% de los varones menciona esta opción (Ver Gráfico 1).

Entre la población de 20 a 24 años el estar estudiando está determinado principalmente por el nivel socioeconómico, al igual como se observó en el tramo etario anterior, pero en este grupo esta situación es mucho más pronunciada. Además, al contrario de lo que sucedía entre la población de 15 a 19 años, la diferencia entre los

grupos de ingresos altos y medios se hace más notoria y se acerca más a la condición presentada por los sectores de menos ingresos (Ver Gráfico 5).

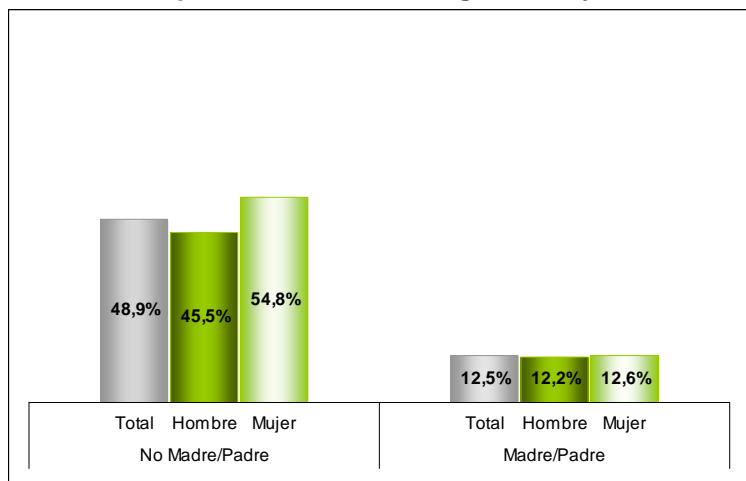
GRÁFICO 5
Población de 20 a 24 años que está Estudiando según Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Aun cuando es claro que dentro de este grupo del segmento juvenil el eje que discrimina respecto de la continuación de estudios postsecundarios es la condición socioeconómica -hecho que ha sido bien documentado en la literatura especializada-, desde el punto de vista del enfoque de género, los datos presentados sugieren que allí donde existen las condiciones materiales para acceder a estudios superiores se dan diferencias entre mujeres y varones. En efecto, entre las personas de 20 a 24 años que pertenecen a los sectores de mayores ingresos hay una mayor proporción de varones jóvenes que está estudiando en comparación a las mujeres.

GRÁFICO 6
Población de 20 a 24 años que está Estudiando según Sexo y Paternidad/Maternidad (%)

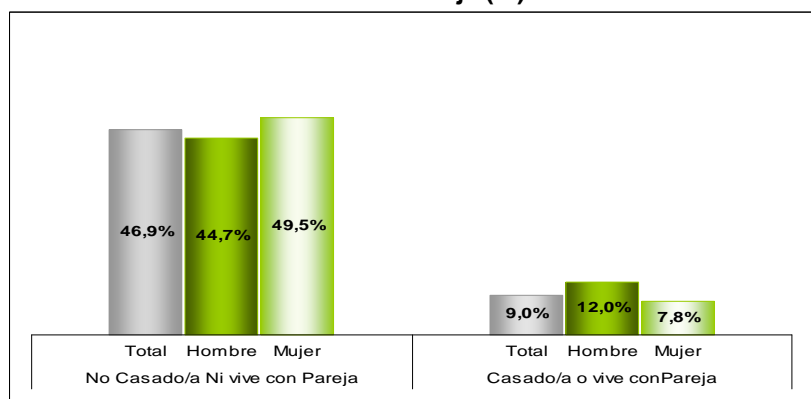


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Al observar la relación entre la continuación de estudios postsecundarios y la condición de paternidad/maternidad en este segmento joven, se advierte que dicha condición constituye un aspecto relevante al momento de continuar estudiando o no: el porcentaje de quienes son madres o padres que indica estar estudiando es bastante menor en relación a quienes no lo son. Asimismo, en contraste con la cohorte anterior, es entre quienes no son padres o madres donde se aprecian diferencias entre los sexos: es mayor la proporción de mujeres que de varones que menciona esta opción (Ver Gráfico 6).

Por su parte, al considerar a la población de 20 a 24 años que indica estar estudiando según si está casada o vive con su pareja o no, también se constata que dicha situación incide en la continuación de estudios postsecundarios entre la población de 20 a 24 años. La proporción de personas de esta cohorte que está estudiando y que señala no estar casada ni vivir con su pareja es similar a la registrada en el caso de quienes no son padres o madres y no se aprecian diferencias significativas entre hombres y mujeres; mientras que entre quienes manifiestan estar casadas/os o vivir con su pareja la proporción que señala estar estudiando es muy menor (Ver Gráfico 7).

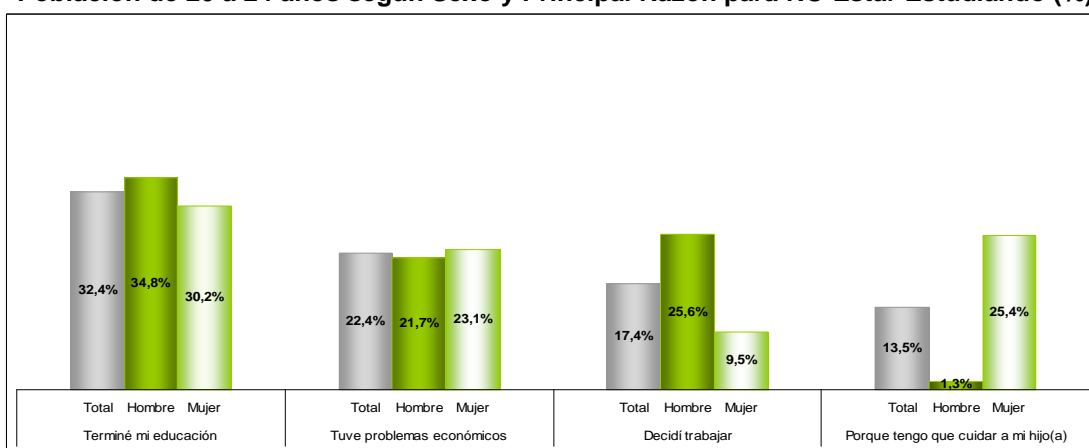
GRÁFICO 7
Población de 20 a 24 años que está Estudiando según Sexo y si está o no Casada o Vive con su Pareja (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Quando la población de 20 a 24 años que no está estudiando es consultada respecto de los motivos por los cuales no ha continuado estudiando, se aprecia que las principales razones mencionadas por mujeres y varones jóvenes son: término de educación; dificultades económicas; decidí trabajar; y, cuidado del hijo/a (Ver Gráfico 8).

GRÁFICO 8
Población de 20 a 24 años según Sexo y Principal Razón para NO Estar Estudiando (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

La desagregación por sexo de las dos primeras menciones no presenta diferencias significativas entre mujeres y varones, cuestión que no sucede en el caso de las opciones “decidí trabajar” y “cuidado del hijo/a”. La alternativa “decidí trabajar” es

indicada en mayor proporción entre los hombres, mientras que la respuesta “cuidado del hijo/a” prácticamente sólo es mencionada por mujeres (Ver Gráfico 8). Lo anterior confirmaría la tendencia a reproducir una división sexual del trabajo en la que las mujeres se dedican principalmente a las labores de cuidado y los hombres se incorporan al mundo del trabajo al momento de estar fuera del sistema educativo. Además, cabe destacar que tanto para los hombres como para las mujeres los porcentajes en una y otra de estas opciones superan el valor obtenido por “dificultades económicas” en términos globales y desagregados, lo que podría estar dando cuenta de la relevancia que ocupan los mandatos culturales asociados a lo masculino y lo femenino y el cumplimiento de los roles que a ello se asocia.

De igual modo, estos resultados serían indicios de lo expuesto por Oliveira y Mora Salas (2009) en cuanto a que la participación y la adquisición de mayores grados de responsabilidades en el ámbito de la unidad doméstica³⁴ constituye un evento/transición a la adultez, a partir de lo cual es posible distinguir la existencia de una(s) dinámica(s) que orienta la transición a la vida adulta al interior del seno doméstico y que, en el caso estudiado, parecería propiciar la especialización en los roles tradicionales de género.

Población de 25 a 29 años

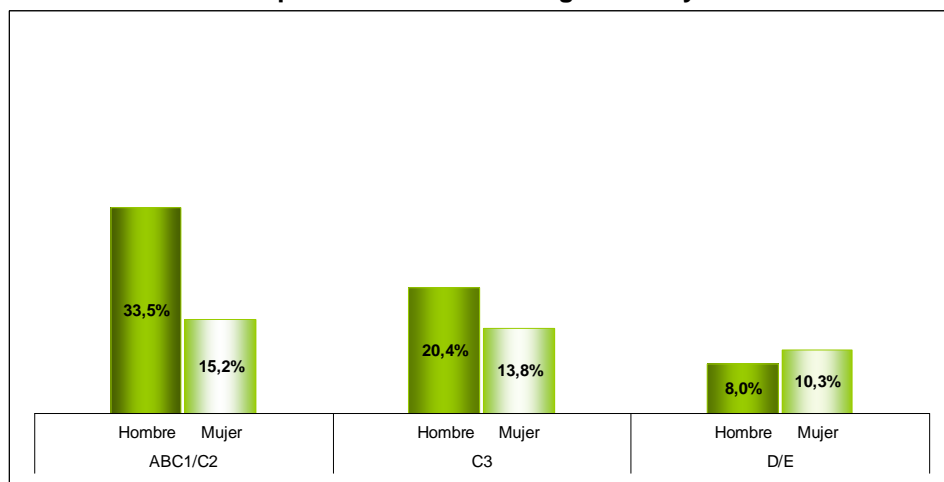
Debido a las edades de esta población -25 a 29 años- es previsible que el porcentaje que aún continúa estudiando es mucho menor que en las anteriores cohortes de edad analizadas y que, en el contexto específico de la sociedad chilena, en alguna medida también responde a la forma en que tanto el sistema laboral como el

³⁴ Para estos efectos, la noción de “unidad doméstica” se entenderá del modo en que lo plantea Jelin (1998), es decir, corresponde al ámbito en el que se desarrollan las actividades constitutivas de las relaciones domésticas; refiere al núcleo en el que se organiza socialmente la cotidianeidad, en donde no todos los miembros comparten las actividades en torno al hogar con la misma asiduidad. Así, el tipo de actividades compartidas varía, lo mismo que su frecuencia y el nivel de autonomía personal en las tareas de automantenimiento. No todos los miembros poseen el mismo grado de responsabilidad y autonomía. Ello responde al lugar que ocupan en la estructura y la dinámica del hogar, lo que dependerá de la edad, el género y el poder económico. En resumen, el grado de integración a las actividades de la unidad doméstica y el grado de compromiso con éstas no varían al azar (Jelin, 1998: 56-61).

sistema educativo están estructurados y organizados. Dicho esto, el 17,7% de quienes tienen entre 25 y 29 años estaba estudiando. Asimismo, se aprecian diferencias entre la proporción de hombres y mujeres que señaló dicha opción: 21,2% y 14,2%, respectivamente (Ver Gráfico 1).

Del mismo modo que se constató en los otros grupos de edad, al desagregar los resultados por nivel socioeconómico, la proporción de personas jóvenes que indican estar estudiando disminuye conforme baja el nivel de ingresos. Sin embargo, al interior de cada grupo -de la misma forma que a nivel agregado para esta población- se registran diferencias entre los sexos, sobre todo, en los niveles socioeconómicos más altos, donde el porcentaje de hombres que estaba estudiando llega a poco más del doble del de mujeres (Ver Gráfico 9).

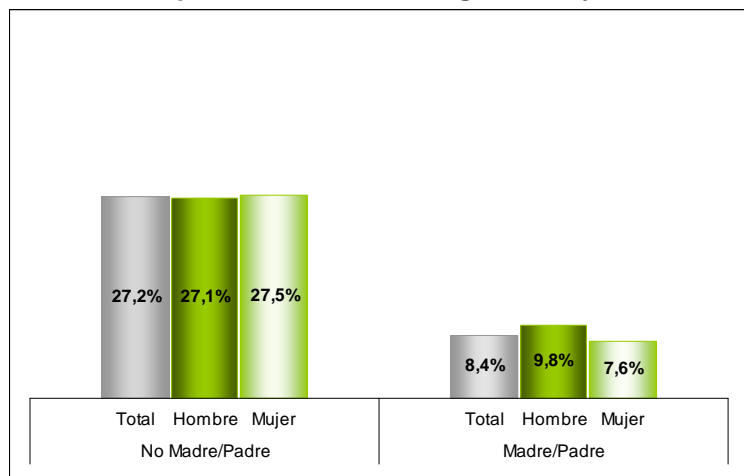
GRÁFICO 9
Población de 25 a 29 años que está Estudiando según Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En este grupo de edad, si bien se observa la misma tendencia que en el segmento juvenil anterior en cuanto a que la condición socioeconómica es determinante en la continuación de estudios superiores, también se advierte que la diferencia entre hombres y mujeres registrada en los sectores de mayores ingresos es más pronunciada y es extensiva al estrato C3.

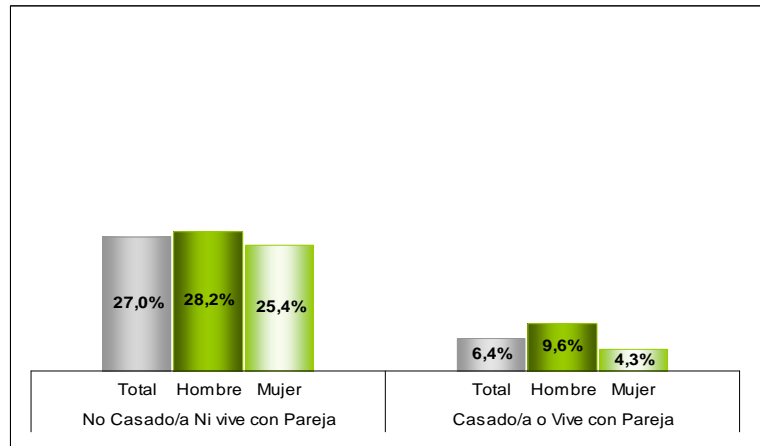
GRÁFICO 10
Población de 25 a 29 años que está Estudiando según Sexo y Paternidad/Maternidad (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En cuanto a la relación entre la continuación de estudios superiores y la condición de paternidad/maternidad entre las personas de 25 a 29 años, al igual que en los otros tramos etarios, tal condición aparece como una situación significativa en relación a continuar estudiando o no. Como se indicó en párrafos anteriores, dentro de este segmento joven el estar estudiando disminuye considerablemente en comparación con las cohortes de menor edad. No obstante, las cifras muestran que entre quienes no son madres o padres poco más de un cuarto indica estar estudiando y la proporción de mujeres y varones es prácticamente idéntica. En tanto, la proporción de personas de 25 a 29 años que son madres o padres y está estudiando es más bien similar a la de la cohorte anterior y no se registran diferencias significativas entre mujeres y varones (Ver Gráfico 10).

GRÁFICO 11
Población de 25 a 29 años que está Estudiando según Sexo y
si está o no Casada o Vive con su Pareja (%)

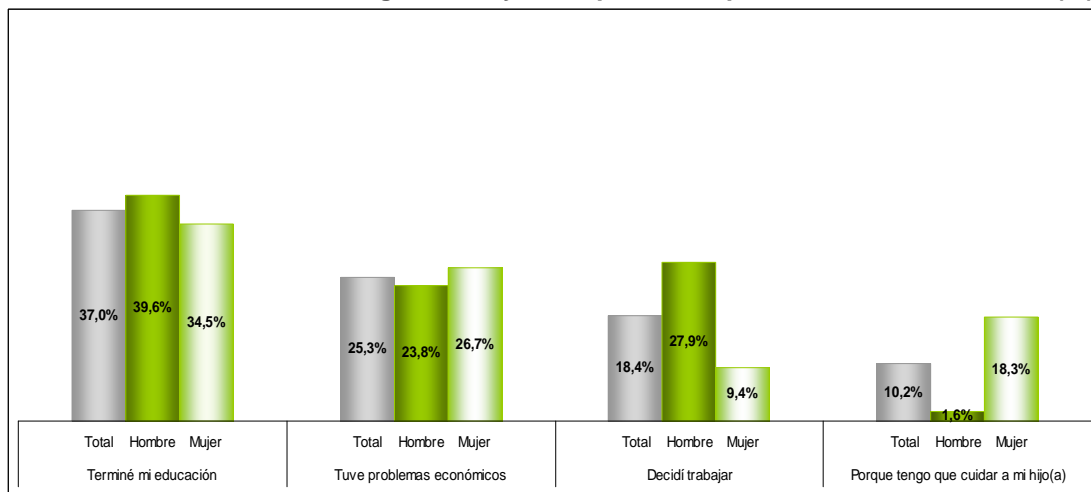


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Al distinguir a la población de 25 a 29 años que indica estar estudiando según si está casada o vive con su pareja o no, tal como se constató para la cohorte anterior, esta situación es un factor discriminante en cuanto a la continuación de estudios superiores entre este segmento juvenil. Igualmente, se aprecia que quienes no están casadas/os ni viven con su pareja se comportan de manera similar a quienes no son padres o madres. Lo mismo sucede con quienes manifiestan estar casadas/os o vivir con su pareja en relación a quienes son madres o padres (Ver Gráfico 11).

Como se ha visto en las páginas anteriores, y como era de prever, a medida que se avanza en edad disminuye la proporción de personas jóvenes que están estudiando. Sin embargo, tal como se adelantó para el caso de la población de 15 a 19 años, existe una multiplicidad de factores que inciden en el hecho de que ciertos grupos del segmento juvenil no completen su educación secundaria, o bien, no continúen estudiando.

GRÁFICO 12
Población de 25 a 29 años según Sexo y Principal Razón para NO Estar Estudiando (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Al analizar las respuestas a la pregunta en torno a las razones por las que las personas de 25 a 29 años no está estudiando, se observa que para la opción “terminé mi educación” el porcentaje de varones que señala haber finalizado su educación es levemente superior al de las mujeres. En este grupo se repite la tendencia general, en donde las respuestas dadas apuntan a reproducir una división sexual del trabajo en la que las mujeres se dedican principalmente a las labores de cuidado y los hombres se incorporan al mundo del trabajo al momento de estar fuera del sistema educativo (Ver Gráfico 12).

Es claro que debido a las edades de esta población -25 a 29 años-, el porcentaje de mujeres que aún continúa estudiando es mucho menor que en las anteriores cohortes de edad observadas, principalmente producto de la etapa del proceso de transición a la adultez que la mayor parte de este segmento juvenil atraviesa. Si se entiende que uno de los aspectos relevantes del proceso de transición a la vida adulta comporta la consecución de un mayor grado de responsabilidades al interior de la unidad doméstica y, por ende, una reorganización de las actividades (y de los tiempos) que las personas jóvenes venían realizando hasta ese momento de sus vidas, lo que estarían sugiriendo los datos es que la no continuación de estudios superiores para una parte de este grupo de edad, como de la cohorte anterior, está asociada a la

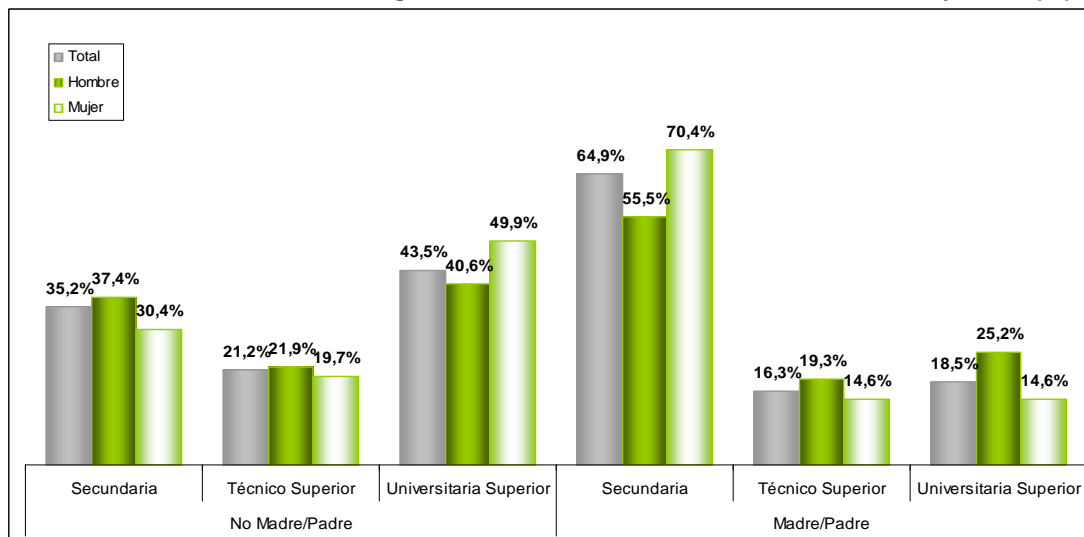
asunción de mayores grados de responsabilidad en el núcleo doméstico y que estas responsabilidades se presentan de manera diferenciada según sexo: lo que se básicamente, en trabajo para el mercado en el caso de los varones; y, en trabajo de cuidado, en las mujeres. Dado este contexto, es pertinente conocer el nivel educativo alcanzado por este segmento de la población juvenil chilena.

El nivel educativo de esta población es mayoritariamente secundario (51,5%), lo que en las mujeres llega a valores cercanos al 60% (58,3%) y en los varones sobre el 40% (44,7%). En relación al nivel técnico superior, apenas el 18,1% posee este grado de formación, donde la proporción de varones es más alta que entre las mujeres (20,7% y 15,5%, respectivamente). Por último, poco menos de un tercio (30,2%) señala poseer un nivel educacional universitario y con porcentaje algo mayores entre los varones respecto de las mujeres (34,4% y 25,8%, respectivamente). De acuerdo a esto, las mujeres entre 25 y 29 años tienen un menor nivel educativo en comparación a los hombres, por cuanto en las primeras sólo el 41,3% alcanza niveles de enseñanza superior, tanto técnica como universitaria, mientras que en los varones esta cifra supera el 50% (Ver Anexo 2: Gráfico 3).

Como era de esperar, estos valores varían de manera importante según el nivel socioeconómico: mientras en los estratos de mayores ingresos el 96,6% de las personas jóvenes posee nivel de enseñanza superior (sumado nivel técnico superior y universitario). Asimismo, la brecha entre hombres y mujeres se mantiene relativamente constante a medida que disminuye el estrato, donde los valores entre los varones son levemente superiores respecto de las mujeres (Ver Anexo 2: Tabla 1).

No obstante, cuando se examina el nivel educativo alcanzado por las personas de 25 a 29 años según la condición de paternidad/maternidad se advierten diferencias importantes entre quienes son padres o madres y quienes no lo son.

GRÁFICO 13
Población de 25 a 29 años según Nivel Educativo, Paternidad/Maternidad y Sexo (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En primer lugar, destaca el hecho que entre quienes no son padres o madres varia la tendencia registrada para el total de la población de 25 a 29 años, puesto que casi la mitad posee un nivel educativo universitario y se invierte la diferencia entre hombres y mujeres: la proporción de mujeres con nivel educativo universitario es mayor que la de varones. Asimismo, poco más de un tercio de quienes no son padres o madres cuenta con un nivel educacional secundario, porcentaje que es levemente mayor entre los hombres en comparación con las mujeres. Estos datos muestran que entre las personas de 25 a 29 años que no son padres o madres, los niveles de enseñanza superior -tanto técnica como universitaria- son similares entre mujeres y varones (Ver Gráfico 13).

En segundo lugar, entre quienes son padres o madres el nivel educativo es mayoritariamente secundario, situación que entre las mujeres es mucho más significativa que entre los hombres. En tanto, para los niveles superiores de educación -técnica y universitaria- los porcentajes no superan el 20% y sólo en lo que respecta al nivel universitario se observa una diferencia significativa entre los sexos, la cual es favorable a los varones (Ver Gráfico 13). Aun cuando en este grupo el nivel educacional secundario alcanza proporciones importantes para ambos sexos, las

mujeres que son madres se encuentran en una posición algo más desventajosa que los hombres que son padres en lo que respecta a las credenciales educativas con las que cuentan.

Estos resultados vuelven sobre la necesidad de interrogarse respecto de la forma en que tanto el sistema laboral como el sistema educativo chileno están organizados. En lo que respecta al sistema de educación superior, además del hecho de que al estar regido principalmente por una lógica de mercado impide el acceso de una gran mayoría de la población joven, en términos generales no permite compatibilizar los estudios con otra actividad, fundamentalmente el trabajo para el mercado y el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado. Igualmente, estas características específicas de los sistemas educativo y de trabajo, así como otras más relacionadas con rasgos culturales de la sociedad chilena, estructuran en la gran mayoría de la población, y particularmente en la población joven del país, cursos de vida, trayectorias sociales más bien rígidas, por lo que en la etapa juvenil las decisiones y opciones respecto de los posibles y probables proyectos de vida son marcadamente excluyentes, sobre todo en los estratos más bajos, lo que hace muy difícil sostener trayectorias divergentes.

5.2.1 Trabajo y Autonomía Económica

Según los datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006), la edad de los varones y mujeres jóvenes al acceder a su primer trabajo remunerado, ha disminuido de manera importante.

Efectivamente, entre quienes tienen 15 y 19 años, el 29,6% de los hombres y el 22% de las mujeres señalan haber obtenido su primer trabajo remunerado teniendo menos de 15 años. En tanto, entre la población joven de 20 a 24 años y de 25 a 29 años estos porcentajes son menores: entre los varones y las mujeres de 20 a 24 años estos valores corresponden al 12,2% y al 6,5%, respectivamente; mientras que entre la población de 25 a 29 años, el 16,8% de los hombres y el 8,6% de las mujeres indican haber obtenido su primer trabajo remunerado a edades menores de los 15 años (Ver Anexo 2: Gráficos 4, 5, 6).

Sería relevante, merced a estas cifras, profundizar en el tipo de trabajo realizado y las condiciones bajo las cuales se desempeñaba³⁵ pero, sobre todo, en relación a las variables relativas a educación y las razones para no estar estudiando. Ello, fundamentalmente en atención al porcentaje de mujeres y varones entre 15 y 19 años que no está estudiando y que no ha cursado los 12 años de escolaridad obligatoria. Como ya se señaló, la incorporación al trabajo en desmedro de la continuación de los estudios supone el acceso a trabajos poco especializados y en condiciones precarias.

Otro aspecto relevante en este punto es que la mayor parte de las y los jóvenes tienen su primera aproximación al mundo del trabajo entre los 15 y los 19 años, donde las mujeres presentan proporciones levemente mayores que los hombres en cuanto al acceso a trabajos remunerados durante este periodo de edad (Ver Anexo 2: Tablas 5, 6, 7).

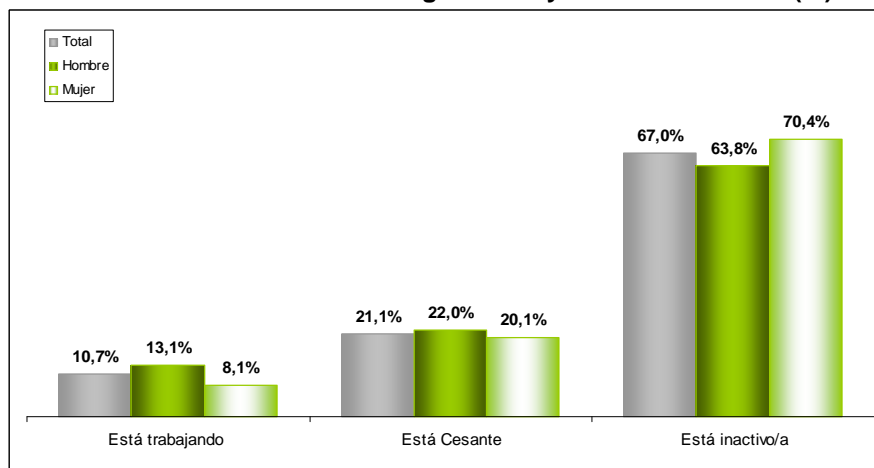
En cuanto a las diferencias por nivel socioeconómico, se destaca que en las tres cohortes de edad la proporción de personas jóvenes que señala haber obtenido su primer trabajo remunerado antes de los 15 años siempre es mayor entre quienes pertenecen a los estratos D/E, lo cual es más pronunciado en el tramo etario de 15 a 19 años. De igual forma, cabe mencionar que entre las personas de 25 a 29 años se hace aún más claro que en los anteriores grupos de edad que, a medida que disminuye el nivel socioeconómico, es mayor la proporción de personas jóvenes que acceden al primer trabajo remunerado a edades más tempranas (Ver Anexo 2: Tablas 5, 6, 7).

En lo que respecta a la situación laboral de la población joven, se constata que a medida que se avanza en edad la brecha entre hombres y mujeres aumenta en quienes señalan estar trabajando, donde la proporción de varones que está empleado es mayor que la de mujeres. Asimismo, a mayor edad también se aprecian diferencias significativas por sexo entre quienes se encuentran inactivas/os, pero los porcentajes de unas y otros son inversos a los que se presentan entre las personas que están

³⁵ Respecto del tipo de contrato del primer trabajo remunerado, ver Anexo 2, Tablas 2 a 4.

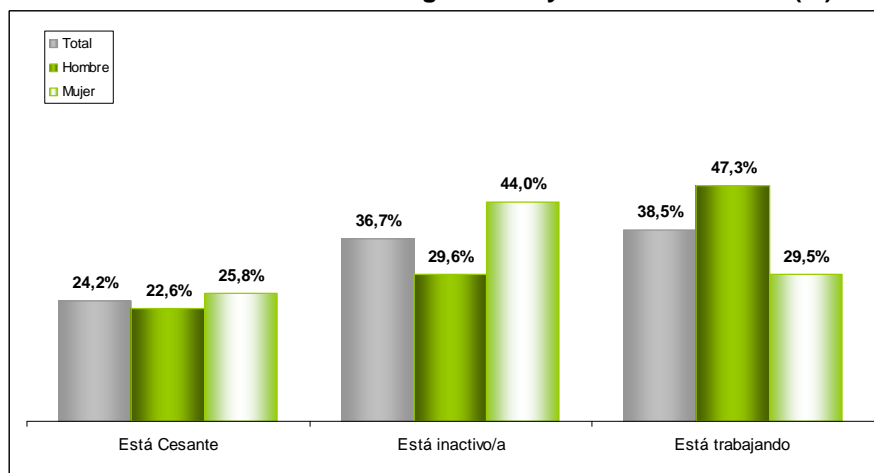
trabajando: en el grupo de 25 a 29 años la proporción de mujeres es tres veces mayor que la de hombres (Ver Gráficos 14, 15 y 16).³⁶

GRÁFICO 14
Población de 15 a 19 años según Sexo y Situación Laboral (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

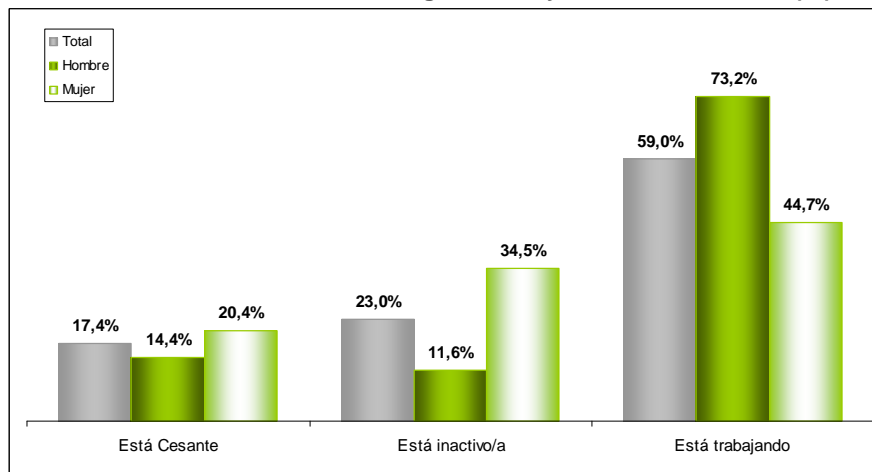
GRÁFICO 15
Población de 20 a 24 años según Sexo y Situación Laboral (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

³⁶ Estos datos son complementarios con los referidos a Condición de Actividad. Ver Anexo 2, Gráficos 7 a 15.

GRÁFICO 16
Población de 25 a 29 años según Sexo y Situación Laboral (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

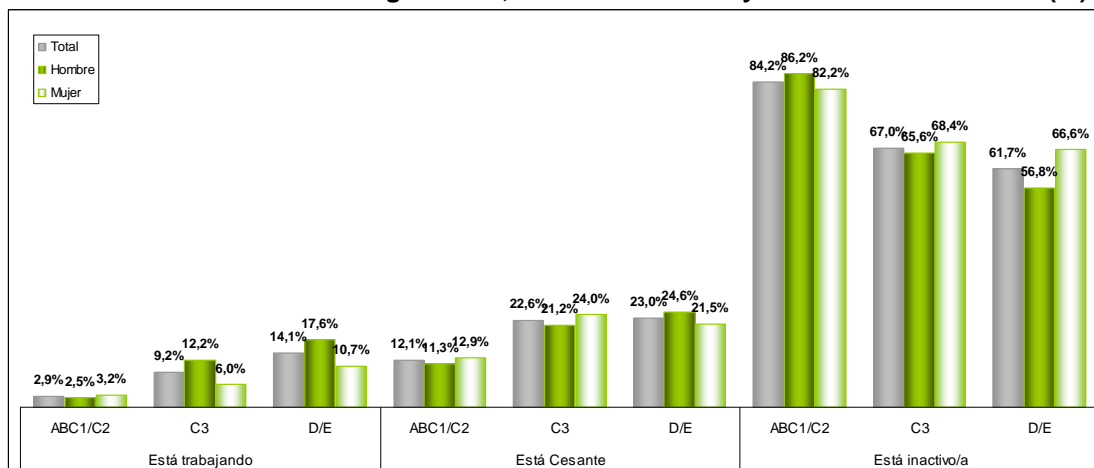
Al desagregar estos datos por estrato socioeconómico se pueden distinguir importantes diferencias, sobre todo, entre las poblaciones de 20 a 24 años y de 25 a 29 años.

En lo que concierne a la condición de inactividad se constata que en entre los 15 y los 24 años los mayores porcentajes se encuentran entre quienes pertenecen a los estratos de mayores ingresos y esta proporción baja conforme disminuye el nivel socioeconómico. Al atender a las diferencias por sexo entre quienes señalan estar inactivas/as según grupo socioeconómico, se constata que en el tramo etario de 15 a 19 años sólo son significativas en los estratos D/E, mientras que en la cohorte de 20 a 24 años éstas son relevantes en los segmentos C3 y D/E, aunque es en estos últimos donde se da la mayor brecha entre mujeres y varones.

En cuanto a la población que se encuentra trabajando, tanto entre las personas de 15 a 19 años y las de 20 a 24 años se observa una tendencia inversa respecto a la condición de inactividad, es decir, la proporción de quienes están trabajando aumenta conforme disminuye en nivel de ingresos. En esta situación también se advierten

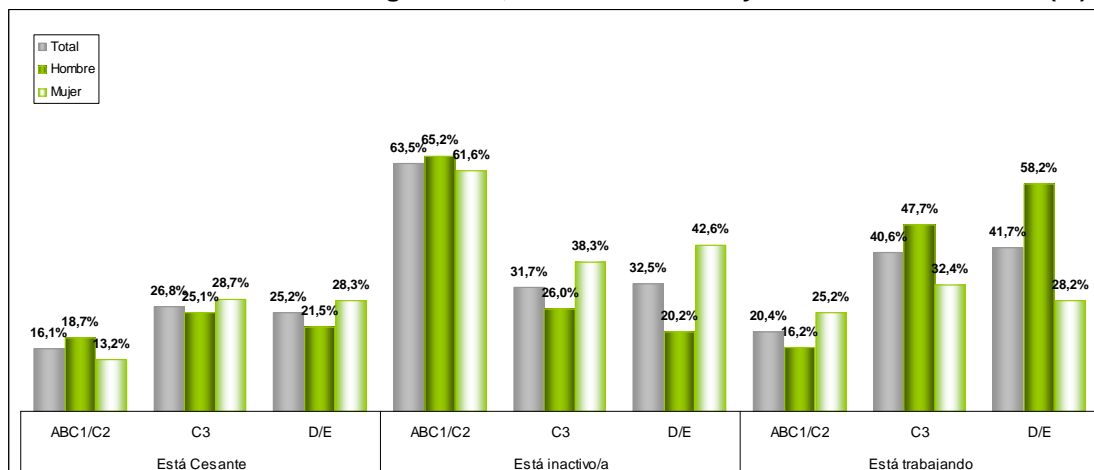
diferencias por sexo en ambas cohorte de edad, donde las brechas más importantes se dan en los estratos D/E (Ver Gráficos 17 y 18).³⁷

GRÁFICO 17
Población de 15 a 19 años según Sexo, Situación Laboral y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 18
Población de 20 a 24 años según Sexo, Situación Laboral y Nivel Socioeconómico (%)

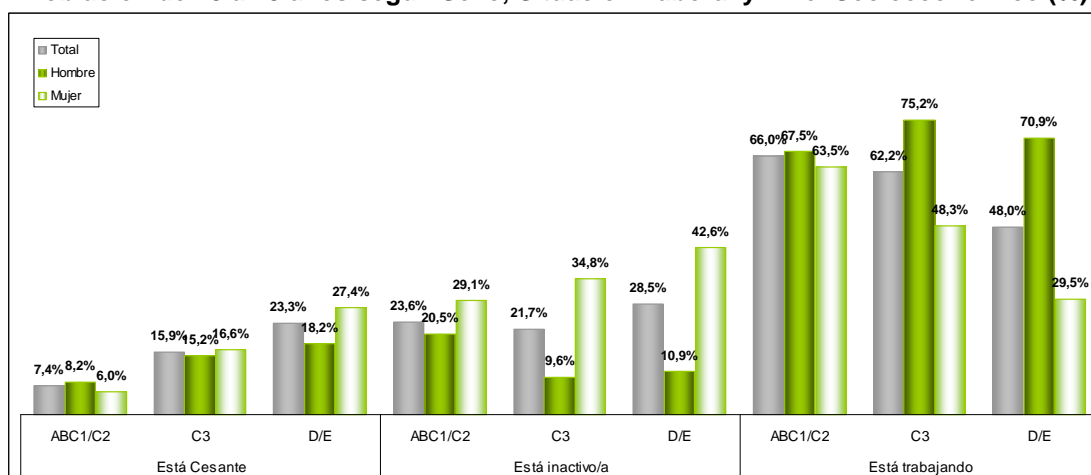


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

³⁷ Connell (2003) señala que en los varones adolescentes de niveles socioeconómicos bajos que se incorporan al mundo laboral el aprendizaje de la masculinidad se producen en gran medida a través de la participación en la cultura de consumo, donde el sueldo en sí encarna una marca de masculinidad adulta.

Entre las personas de 25 a 29 años, el panorama es diferente al de los otros dos tramos etarios. En efecto, entre quienes indican estar trabajando se constata que esta proporción desciende a medida que disminuye el nivel de ingresos. En cuanto a quienes se encuentran cesantes esta relación se invierte. Por su parte, al examinar las diferencias por sexo se advierte que entre quienes están trabajando y están en situación de inactividad las brechas entre mujeres y varones son significativas, fundamentalmente, entre quienes pertenecen a los estratos C3 y D/E. En estos segmentos, mientras la proporción de mujeres que se encuentran inactivas es mayor que la de los hombres, entre quienes están trabajando esta relación se invierte (Ver Gráfico 19).

GRÁFICO 19
Población de 25 a 29 años según Sexo, Situación Laboral y Nivel Socioeconómico (%)

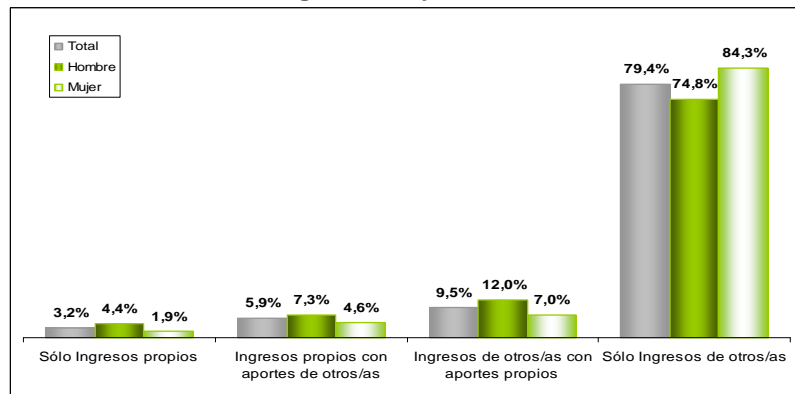


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Ahora bien, los anteriores resultados permiten apreciar de mejor manera los datos relativos al nivel de autonomía económica que posee la población joven en términos de los ingresos que perciben para su mantención.³⁸ Si bien es previsible que entre la población de 15 y 19 años estos niveles serán menores que entre quienes tienen entre 25 y 29 años, salta a la vista que los grados de autonomía de ingresos son más bajo entre las mujeres que entre los hombres en las tres cohortes de edad.

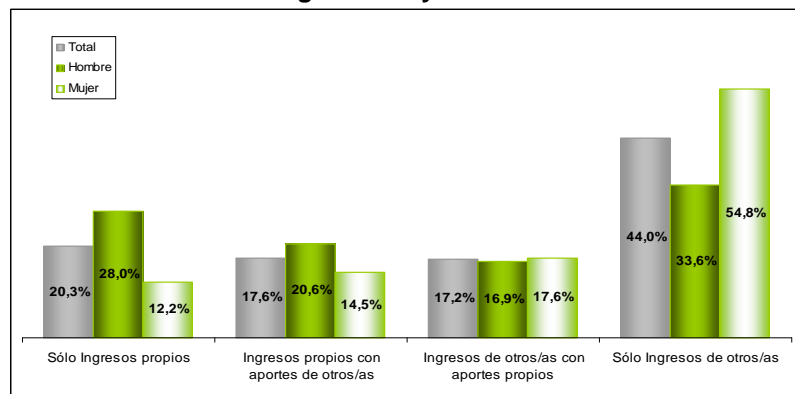
³⁸ Respecto de las Fuentes de Ingreso, ver Anexo 2, Tablas 8 a 10.

GRÁFICO 20
Población de 15 a 19 años según Sexo y Nivel de Autonomía Económica (%)



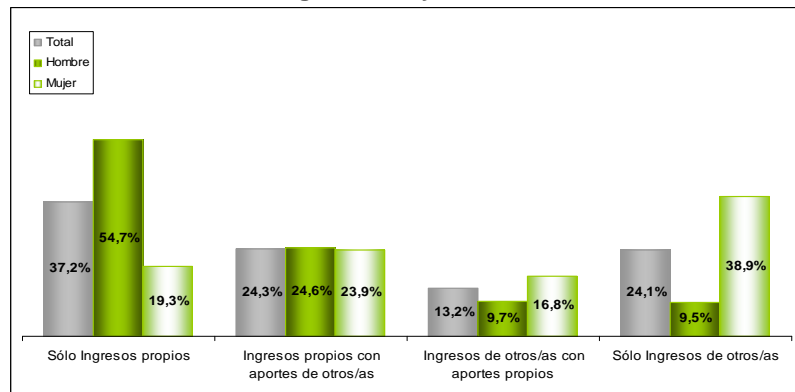
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 21
Población de 20 a 24 años según Sexo y Nivel de Autonomía Económica (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 22
Población de 25 a 29 años según Sexo y Nivel de Autonomía Económica (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Tal como se aprecia en los Gráficos 20, 21 y 22, al examinar de manera conjunta los resultados según tramo etario, se constata que a medida que se avanza en edad y la población juvenil se acerca a la edad adulta, los niveles de autonomía económica que presentan mujeres y varones coinciden con lo señalado por Oliveira y Minor Salas (2009) en este ámbito. Vale decir, si se acepta que en el proceso de tránsito a la adultez el género tiene una relevancia significativa, en tanto define trayectorias de especialización en las funciones/roles que unas y otros desempeñan en las tareas de reproducción social, los mayores grados de autonomía económica de los varones en comparación con las mujeres registrados en esta encuesta estaría reforzando esta idea.

Ahora bien, si se asume que uno de los aspectos que define el proceso de transición a la adultez es la adopción progresiva de mayores responsabilidades en la producción y reproducción de la unidad doméstica; que dicha adopción de mayores responsabilidades está fuertemente influenciada por el género; y, que ello es uno de los elementos relevantes para distinguir trayectorias de especialización en las poblaciones, cabe suponer que la presencia o ausencia en las trayectorias de las personas jóvenes de eventos/transición tales como la paternidad/maternidad o las uniones de hecho y/o el matrimonio van a marcar diferencias importantes entre un grupo y otro. Además, si se sigue la argumentación de Oliveira y Minor Salas (2009, 2008), es importante tener en cuenta que los eventos/transición mencionados anteriormente van a tener connotaciones diferenciadas según el tramo etario de la población juvenil. Tal como lo han constatado diversas investigaciones, la condición de paternidad/maternidad entre la población de 15 a 19 años refiere a contextos y circunstancias vitales que distan de aquellos que se dan entre la población de 25 a 29 años.³⁹ Y, por cierto, es esperable que la parentalidad sea experimentada y vivenciada de modo diferente.

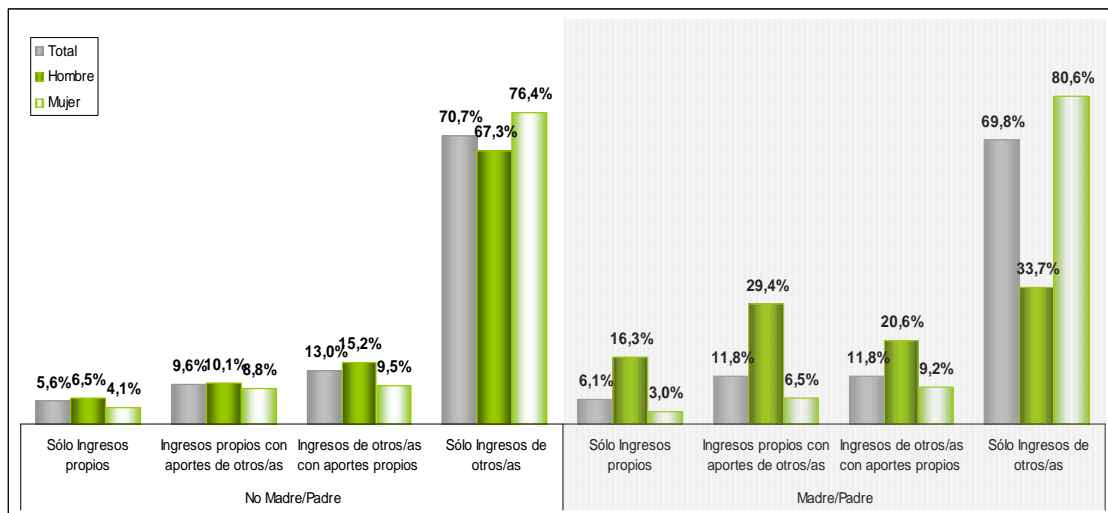
³⁹ A este respecto, ya se señaló que el ser padre o madre a edades tempranas durante la etapa juvenil está asociado a la deserción escolar, a menores niveles educativos, a menores niveles de ingresos, entre otros. Asimismo, tal como indica Palma (2003), la maternidad en mujeres adolescentes comporta una serie de dimensiones que están vinculadas de manera relevante en la reproducción de trayectorias de pobreza (deserción escolar, inserción precaria al mercado laboral, entre otros) que involucran la transmisión intergeneracional de patrones que inciden en

No obstante, y en consideración a lo antedicho, los datos que se registran en los Gráficos 23, 24 y 25 evidencian que, más allá de los contextos y circunstancias vitales en las que se enmarque la parentalidad en la población joven chilena, la condición de paternidad/maternidad determina niveles de autonomía económica diferenciados entre mujeres y varones que pueden ser atribuibles a la dimensión de género. Ello, en tanto al comparar -en cada tramo etario- a quienes son padres y madres y a quienes no lo son, las diferencias por sexo entre quienes mencionan vivir “sólo de ingresos propios” y “sólo de ingresos aportados por otros” son mucho más marcadas entre quienes son padres o madres y se aprecia una mayor proporción de mujeres que presentan mayores grados de dependencia económica que en el caso de quienes no son padres o madres, independiente de la edad. Vale decir, si bien se advierte que los grados de autonomía económica entre las mujeres son menores que entre los varones, la parentalidad acrecienta esta situación en todos los tramos etarios y es mucho más notoria a medida que se avanza en edad. Así, entre la población que es padre o madre se registra que en todas las opciones que implican contar con algún ingreso, los varones superan a las mujeres en proporciones significativas. En este sentido, tal como se muestra en el Gráfico 23, en cuanto a la autonomía de ingresos, el hecho de ser padre modifica de manera sustantiva la situación laboral de los varones de 15 a 19 años en este aspecto.⁴⁰

que estas jóvenes mujeres y sus hijas/os configuren un tipo de hogar particularmente vulnerable, tanto en términos económicos como sociales.

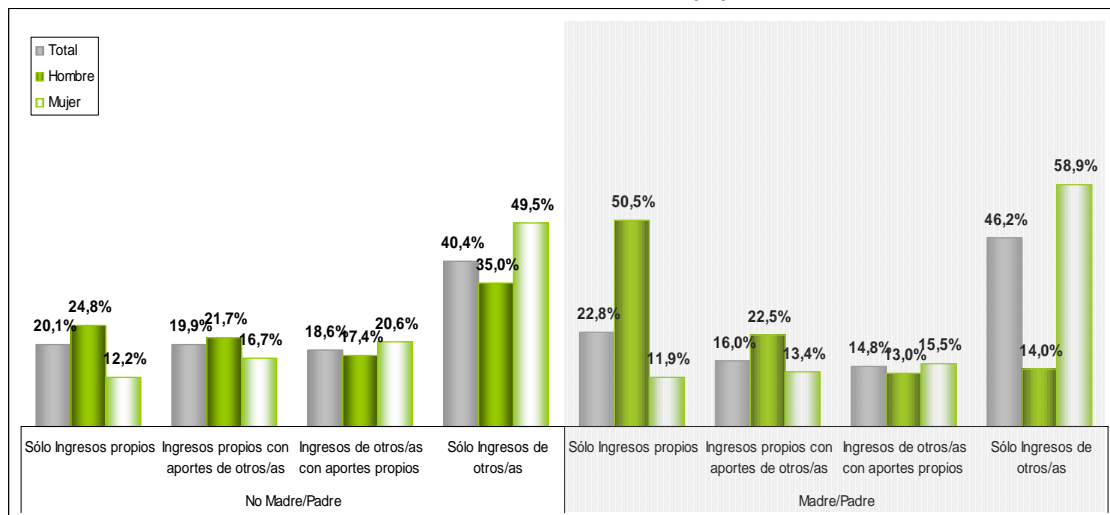
⁴⁰ De acuerdo a lo que registran Olavarría et al. (2008), entre 1990 y 2000 la población económicamente activa del conjunto de los varones adolescentes (15 a 19 años) fluctuó en torno al 30%, mientras que en el caso de los padres adolescentes esta cifra no fue menor al 70%. Asimismo, indican que la información recabada de las Estadísticas Vitales, Censos y CASEN revela que las ocupaciones más frecuentes de los padres adolescentes en Chile son actividades que tienen bajos niveles de ingreso relativo y cuyas condiciones de empleo son precarias (sin contratos, sin salud, sin seguridad social).

GRÁFICO 23
Población de 15 a 19 años según Sexo, Nivel de Autonomía Económica y
Maternidad/Paternidad (%)



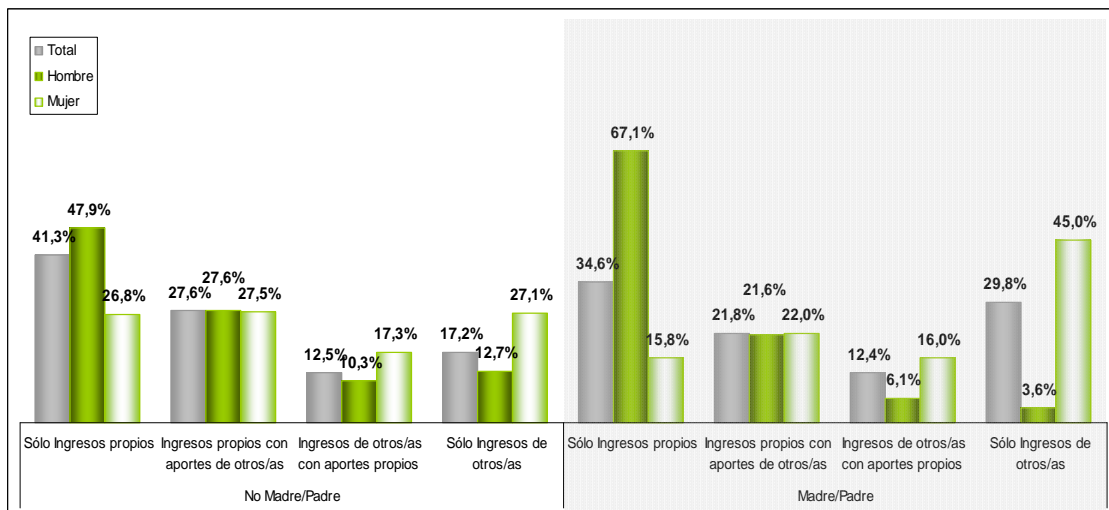
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 24
Población de 20 a 24 años según Sexo, Nivel de Autonomía Económica y
Maternidad/Paternidad (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 25
Población de 25 a 29 años según Sexo, Nivel de Autonomía Económica y
Maternidad/Paternidad (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

5.2 Sexualidad

Desde la perspectiva de la teoría de género se señala que uno de los elementos más relevantes que pone a las mujeres en situación de desventaja, en términos del ordenamiento sociocultural, lo constituye precisamente el hecho de que son ellas quienes tienen la capacidad de reproducir en su seno a la especie humana. Esta situación está en el origen del orden cultural que las ha subordinado y discriminado a lo largo de la historia, reduciéndolas a la condición de madres y reproductoras en exclusividad y socializándolas sólo para cumplir con este rol (Donoso y Fritz, 2008).

En lo que respecta a las sociedades occidentales, históricamente se instituyó un sistema de prácticas, códigos y discursos que propendían a la negación o restricción de la autonomía de los sujetos en relación con su cuerpo, especialmente a la mujer. Este sistema ha adoptado diversas modalidades, dentro de las cuales la maternidad y el control familiar y comunal de la reproducción ha sido uno de los principales ejes. Desde este sistema, el cuerpo de la mujer excedía sus propios derechos; ni era considerada dueña de él ni tampoco era percibido así por ella: éste era parte de la

jurisdicción de lo familiar y lo público, principalmente, en lo referente a la sexualidad y la reproducción. Así, la mujer era concebida como la encargada de cuidar, controlar y administrar un cuerpo ajeno respecto del cual tenía que rendir cuentas ante la comunidad, en tanto aparato de vigilancia y control del mismo.

Ciertamente, los comportamientos considerados como “adecuados” en el ámbito de la sexualidad están pautados por la cultura, pero -en tanto mandatos- generalmente están investidos de un carácter imperativo, sea desde la naturaleza o como parte del orden divino. En este contexto, toda sociedad y en cada momento histórico-social se han establecido instituciones que han regulado normativamente las relaciones entre las personas jóvenes, la sexualidad legítima, el matrimonio y la conformación de las familias (Margulis, 2003: 42).

Aun cuando esta situación se ha atenuado considerablemente, no ha desaparecido del todo. Además, esto ha cambiado en un lapso breve y de manera brusca. La rapidez de estas transformaciones se ve reflejada en las importantes variaciones que se aprecian entre una generación y otra. No cabe duda que actualmente ha emergido un nuevo discurso social en torno a la sexualidad que, con matices, ritmos y variaciones diversas, se refleja un progresivo sentimiento de autonomía en cuanto al propio cuerpo, tanto en mujeres como varones (Margulis, 2003: 50).

Por su parte, el enfoque de derechos humanos plantea que la corrección de las inequidades existentes en la vida de las mujeres supone su autodeterminación. Los derechos humanos de las mujeres incluyen el derecho a tener control sobre su sexualidad, incluida su salud sexual y reproductiva, y a decidir sin discriminación ni violencia. De igual forma, mirado en términos de equidad, sólo las mujeres pueden experimentar los riesgos de salud del embarazo, el parto y el aborto. Otras condiciones relativas a la salud sexual y reproductiva, tales como las infecciones del aparato reproductor y las infecciones de transmisión sexual, por lo general también tienen efectos más graves y a más largo plazo sobre las mujeres. Ello obliga a involucrar a los varones en el cuidado, responsabilidad y participación en estos hechos. El pleno ejercicio de los derechos sexuales y reproductivos implica el respeto por la integridad

de las personas, responsabilidad compartida en el comportamiento sexual y reproductivo de la pareja y consentimiento mutuo, entre otras cosas. Por esto es preciso que las mujeres puedan tomar decisiones sobre su vida sexual y reproductiva libres de coerción y que cuenten con alternativas de métodos para realizar su proyecto reproductivo. Esto constituye un paso hacia el empoderamiento y el ejercicio de sus derechos.

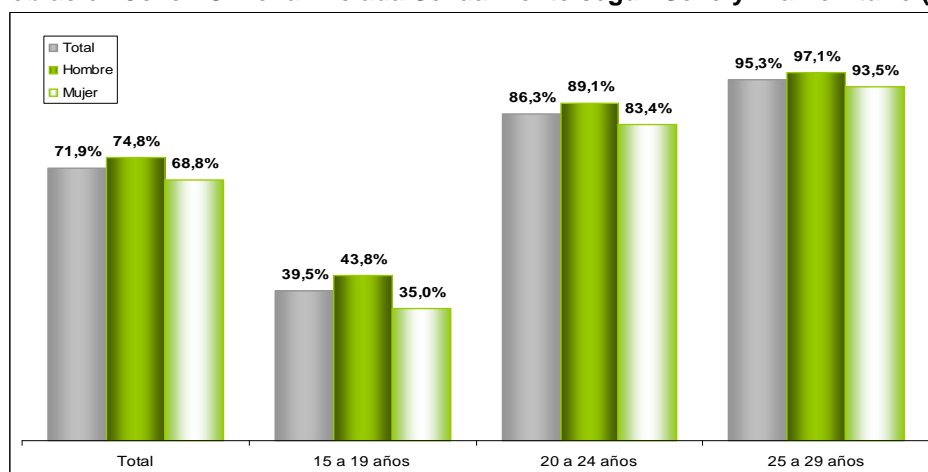
En este sentido, la etapa de la juventud supone un momento clave en el modo en que las mujeres y los varones se hacen cargo de su sexualidad y de sus prácticas, más o menos riesgosas. Ello, sobre todo, si se entiende que la sexualidad adolescente y juvenil se constituye a partir de coordenadas sociales que van más allá de la experiencia y de los discursos de quienes las experimentan, es parte de una trama de relaciones sociales y sexuales, de valores, de dispositivos de poder y de saber, de pugnas generacionales, que la configuran, que constantemente la incitan y la escrutan (Guajardo y Parrini, 2003).

En contraste con lo que sucedía en generaciones anteriores, en lo que concierne a la sexualidad, actualmente las personas jóvenes se socializan en contextos culturales que si bien son menos prohibitivos, aún son muy contradictorios y ambiguos. De acuerdo a diversas investigaciones en el ámbito de la sexualidad adolescente y juvenil (Kornblit, 2003), se advierte que aun cuando entre este grupo de la población la posibilidad de una relación coital es un hecho y que la libertad sexual se asume como una conquista que está dada, tanto en mujeres como en varones jóvenes persiste la representación de que si una mujer accede sin muchos rodeos a las solicitudes masculinas es una “mujer fácil”; mientras que las conquistas sexuales para los hombres continúan siendo una demostración de masculinidad frente a sus pares. No obstante, tal como indica Giddens (1995) esto ha adquirido matices distintos, puesto que ante el hecho de que las mujeres aceptan la sexualidad en mayor medida que en anteriores épocas, la “conquista” -en tanto estrategia- ya no está dotada de expectativa y ha perdido en gran medida el sentido de logro que involucraba. Así, un modo de preservar dicha significación es negar la condición de sujeto de las mujeres y ser sólo

un objeto de deseo masculino que se “esfuma” al acceder a dicho objeto, con lo cual se reinicia el ciclo (Kornblit, 2003).

Por tales motivos, es importante examinar las formas en que la población joven ejerce su sexualidad, así como también, las vulnerabilidades a las cuales se exponen tanto hombres como mujeres jóvenes.

GRÁFICO 26
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

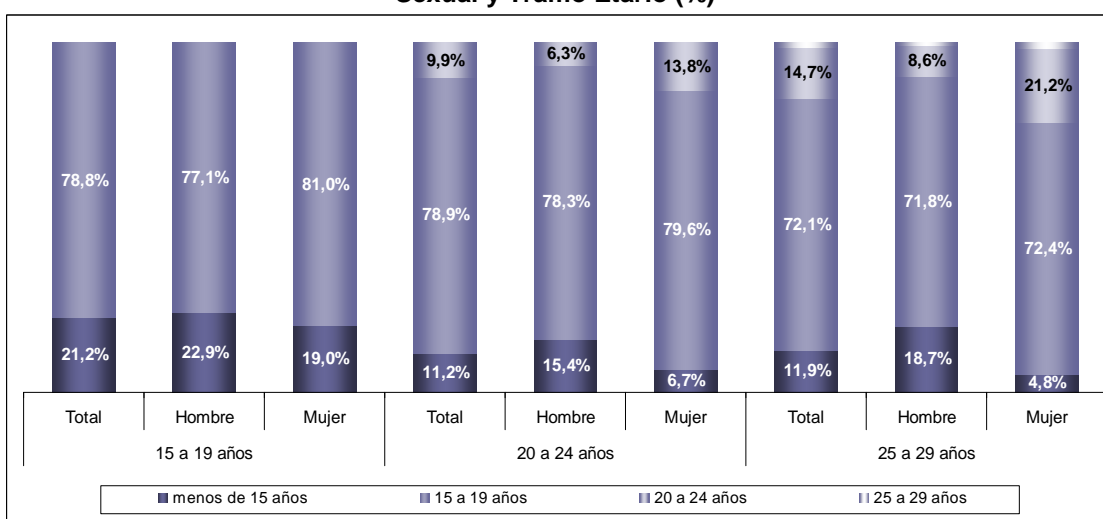
Los datos del Gráfico 26 confirman el hecho de que hoy en día en nuestro país el inicio de la vida sexual activa ha sufrido cambios importantes. Como afirma Palma, la “sexualidad genital es un proceso más temprano que a comienzos del siglo, pero desde el punto de vista de los individuos, es más prolongado. No obstante, las modificaciones crecientes respecto de la sexualidad activa han tenido en los géneros su más importante expresión. Desde una perspectiva biográfica, hoy existe un modelo de transición progresiva hacia la sexualidad activa. La entrada de las/os jóvenes a ésta ya no es un rito de paso iniciático (con una prostituta, en el caso de los hombres; o en la noche de bodas, en el caso de las mujeres). Corresponde, más bien, a un proceso de familiarización y aprendizaje progresivo respecto del cuerpo, de las reacciones y sentimientos del otro/a. Es un conjunto de etapas sucesivas, desde el beso profundo y las caricias sobre el cuerpo y los genitales, a la penetración genital y a la exploración

de otras formas de realizar los acoplamientos corporales. Este proceso involucra, generalmente, una sucesión de compañeros/as” (Palma, 2002:2).

Las cifras en cuanto iniciación sexual en la población juvenil chilena según nivel socioeconómico muestran que sólo existen diferencias significativas entre las personas de 15 a 19 años, en donde este porcentaje es mayor entre los niveles de menores ingresos y estos datos varían en casi 10 puntos porcentuales entre quienes pertenecen a los grupos ABC1/C2 y D/E. Asimismo, se registra que la brecha entre mujeres y varones iniciados sexualmente disminuye a medida que se desciende en el nivel de ingresos: mientras entre quienes pertenecen a los segmentos ABC1/C2 la proporción de mujeres iniciadas sexualmente es menor en 13,1 puntos porcentuales que la de hombres (25,3% y 38,4%, respectivamente), entre quienes participan de los estratos D/E esta diferencia es de 4,9 puntos (38,5% y 43,3%, respectivamente) (Ver Anexo 2: Gráfico 16).

Respecto de la edad de la primera relación sexual que señalan las mujeres y los varones jóvenes, en los tres tramos etarios sobre el 75% indica haberse iniciado sexualmente entre los 15 y los 19 años (Ver Anexo 2: Gráfico 17 y Tablas 11 y 12).

GRÁFICO 27
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Edad de la Primera Relación Sexual y Tramo Etario (%)

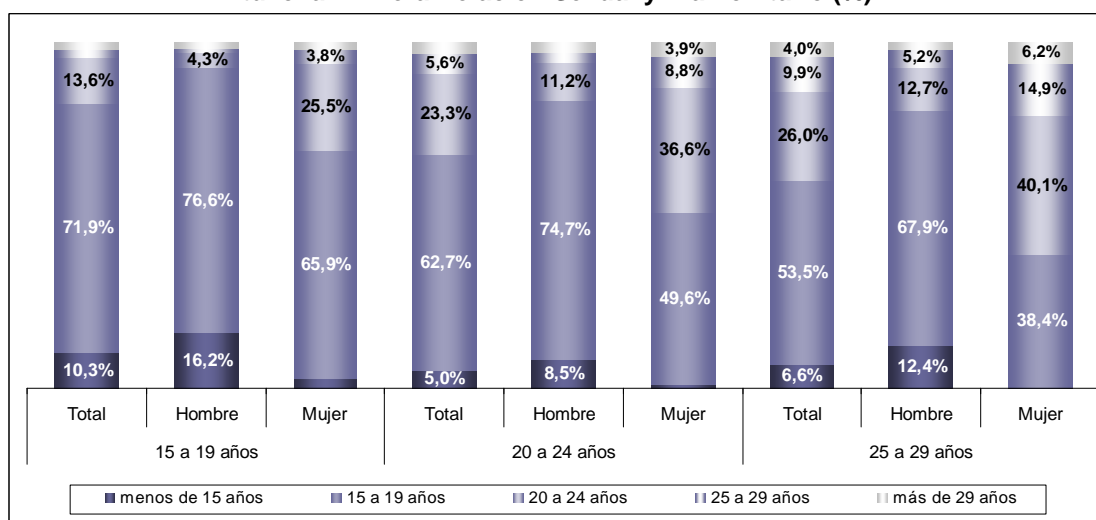


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En este sentido, al comparar las tres cohortes de edad llama la atención el alto porcentaje de personas entre 15 y 19 años que menciona como edad de inicio menos de 15 años. Además, si se compara la edad de iniciación sexual más recurrente entre la población de 15 a 19 años y entre la población de 20 a 29 años, se advierte que ésta ha descendido entre la población joven de menor edad: mientras en esta última la edad de la primera relación sexual es de 16 años; entre la población de 20 a 29 años es de 18 años. En ninguno de estos tramos etarios se aprecian diferencias entre mujeres y varones a este respecto.

Por su parte, se constata que el nivel socioeconómico profundiza las diferencias entre mujeres y varones jóvenes en los tres tramos etarios, así como también, al interior de un mismo sexo. Así, en los tres tramos etarios se aprecia que a medida que disminuye el nivel socioeconómico la proporción de mujeres y hombres que han tenido su primera relación a edades más tempranas aumenta (Ver Anexo 2: Tabla 13).

GRÁFICO 28
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Edad de la Pareja con quien tuvo la Primera Relación Sexual y Tramo Etario (%)

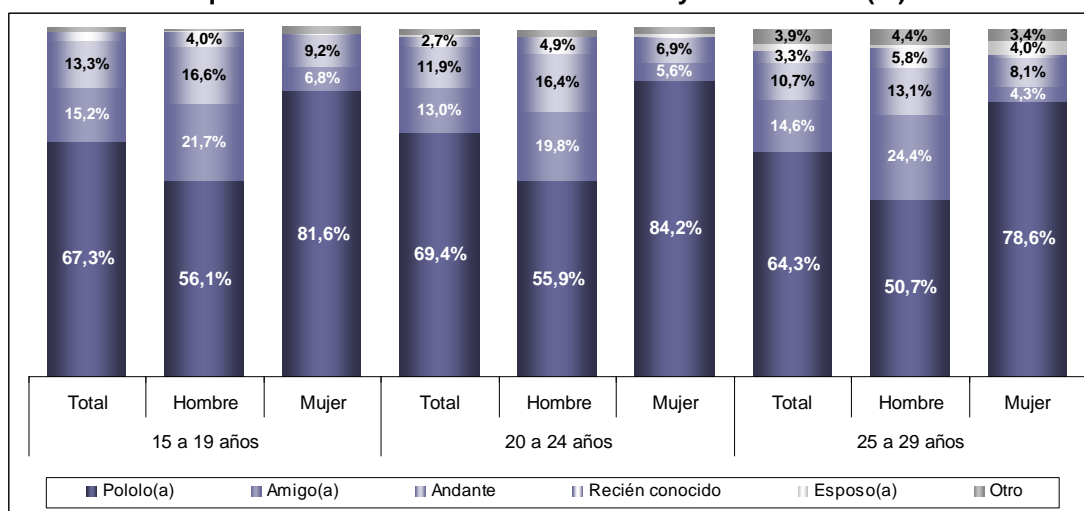


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Tal como se muestra en el Gráfico 28, las edades de las parejas con las que las y los jóvenes inician su vida sexualmente activa cada vez se van haciendo más cercanas a las de ellas y ellos (Ver Anexo 2: Gráfico 18). Así, al examinar los datos en conjunto,

es posible señalar que las edades de las parejas de las actuales adolescentes, en general, están perteneciendo a su mismo grupo etario a diferencia de lo que sucedía en décadas anteriores en que las mujeres además de iniciarse a mayor edad que los hombres, se iniciaban en porcentajes significativos con personas algo mayores que ellas. Como se verá más adelante, una de las consecuencias de esto, es el aumento de la paternidad adolescente, lo que introduce nuevas problemáticas a la vida y conformación identitaria de los varones jóvenes.

GRÁFICO 29
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Relación con Pareja con quien tuvo la Primera Relación Sexual y Tramo Etario (%)

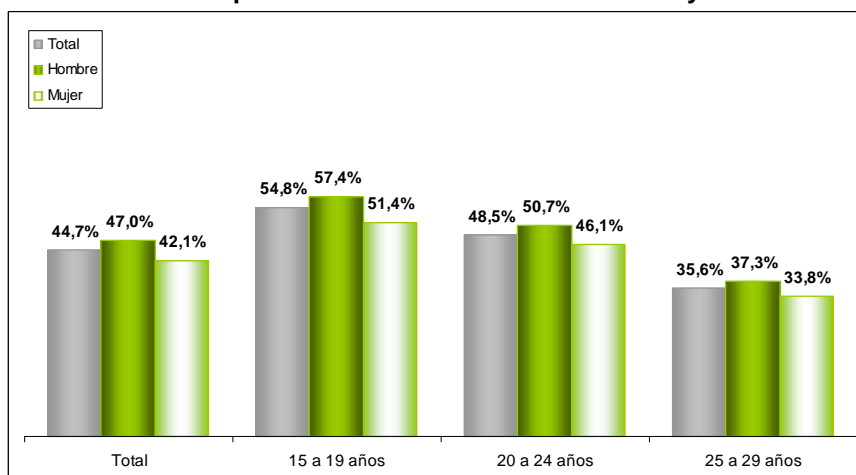


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En consideración de las edades de iniciación sexual de hombres y mujeres jóvenes, se advierte que existe un perfil diferencial respecto de la conducta sexual de unas y otros. En una proporción algo mayor, sobre todo entre las cohortes de mayor edad, los varones jóvenes se inician sexualmente a edades más tempranas y, en porcentajes mayores que en las mujeres jóvenes, en el marco de relaciones de pareja circunstanciales o que implican una flexibilización del vínculo íntimo. En efecto, los datos muestran que si bien en la totalidad de la población joven iniciada sexualmente en torno a dos tercios indicó que la relación de pareja que tenía con la persona que tuvo su primera relación sexual era de “pololeo”, en todos los tramos etarios se

aprecian diferencias de entre 20 a 30 puntos porcentuales entre mujeres y hombres jóvenes, donde las primeras señalan en mayor proporción dicha opción.

GRÁFICO 30
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Uso de Algún Método de Prevención/Anticoncepción en la Primera Relación Sexual y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

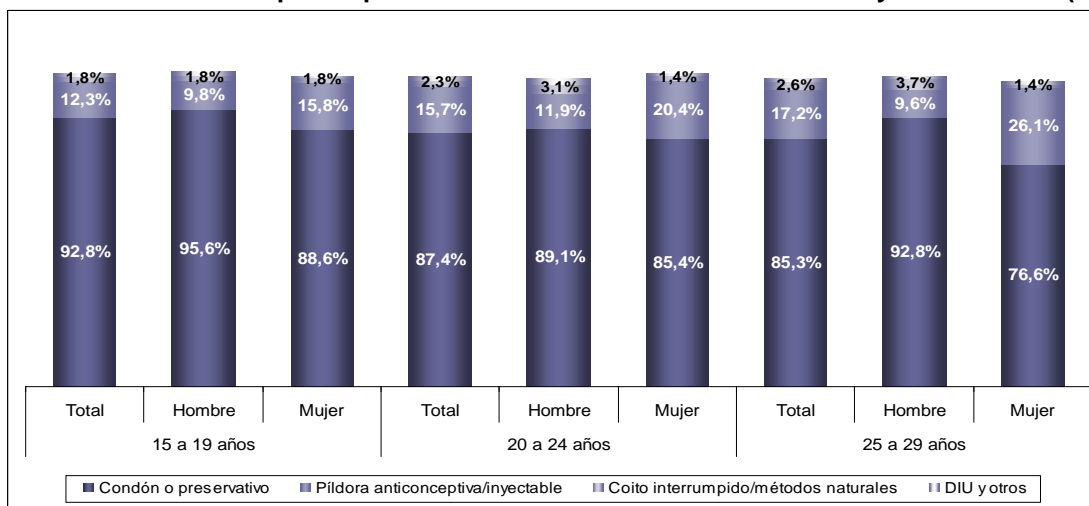
En cuanto a la utilización de algún método de prevención/anticoncepción durante la primera relación sexual se constata que no existen diferencias significativas por sexo y, al desagregar los datos por tramo etario, se registra que el uso de este tipo de tecnología preventiva aumenta conforme disminuye la edad.

Estos datos podrían estar indicando que entre la población de 15 a 19 años, en contraste con la cohorte de más edad, existe una mayor incorporación de la necesidad de la prevención, ya sea respecto del embarazo no deseado como del VIH y las ETS. Sin embargo, cabe mencionar que estos datos presentan importantes variaciones al incorporar la variable nivel socioeconómico, donde se constata que a medida que disminuye el nivel socioeconómico baja el uso de algún método de prevención entre la población juvenil en todos los tramos etarios (Ver Anexo 2: Tabla 14).

No obstante ello, es preocupante que en el total de la población joven poco más del 50% no utilizó ningún método de prevención en su primera relación sexual. En lo que concierne a este punto, Kronblit (2003) plantea algunas ideas interesantes, que pueden

ayudar a comprender ciertas conductas presentes entre la población joven en relación a la adopción o no de un comportamiento preventivo en el plano sexual, principalmente en cuanto al VIH y las ETS. La autora señala que las conductas de riesgo vinculadas al ejercicio de la sexualidad tendrían que ser observadas a partir de la influencia que tendría el tipo de pareja en ello, puesto que las decisiones respecto de la asunción de un comportamiento preventivo o no en este ámbito, indefectiblemente han de ser tomadas entre dos, aunque no en forma conjunta. En este sentido, Kronblit indica que la interacción que se da en una relación de pareja (independiente de su tipo) implica la configuración de un “realidad erótica” común que cuenta con una relativa autonomía respecto de la realidad cotidiana. Esta realidad erótica sería altamente frágil, por lo cual muchas veces las intromisiones de la cotidianeidad son rechazadas. Para la autora, está podría ser una de las razones por las cuales pese al conocimiento existente entre la población juvenil respecto de las conductas de riesgo en la esfera de la sexualidad, no se consideren los mensajes preventivos por estar fuera del sistema íntimo (Kronblit, 2003: 238-239).

GRÁFICO 31
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Método de Prevención/Anticoncepción que se Usó en la Primera Relación Sexual y Tramo Etario (%)

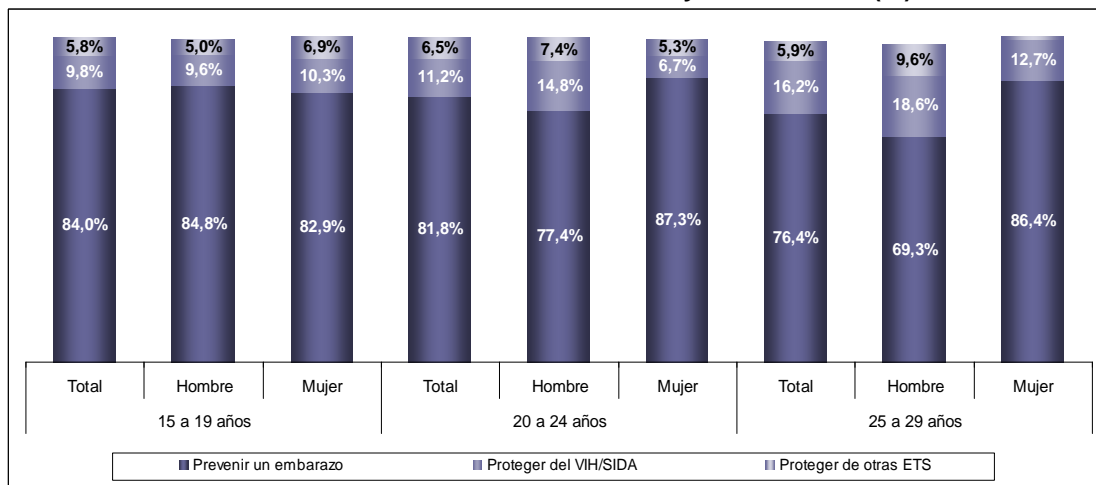


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Al indagar respecto al tipo de método de prevención/anticoncepción usado en la primera relación sexual se comprueba que casi el 90% de la población joven iniciada

sexualmente recurrió al preservativo o condón. De acuerdo al tramo etario se observa que aun cuando la utilización de dicho método fue mayoritaria en los tres tramos de edad, dicho porcentaje es aún mayor a medida que disminuye la edad. En lo que refiere a las diferencias entre hombres y mujeres se advierte que en todas las cohortes de edad el preservativo es más mencionado por los varones que por las mujeres, pero las proporciones entre unos y otras difieren en cada tramo etario, sobre todo, si se compara a la población de menor y mayor edad. Con relación al nivel socioeconómico, no se aprecian diferencias significativas entre un estrato y otro, la población joven perteneciente a todos los niveles de ingreso sigue la tendencia central (Ver Anexo 2: Gráfico 19).

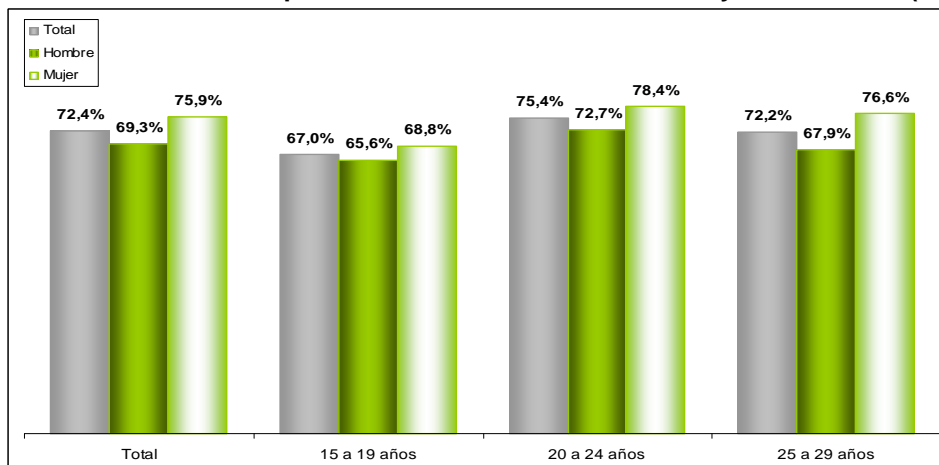
GRÁFICO 32
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Razón por la que se Usó el Condón en la Primera Relación Sexual y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Quando se examinan estos resultados en relación a la principal razón que indica la población joven iniciada sexualmente por la que utilizó el preservativo o condón en su primera relación sexual, se constata que la principal motivación fue la prevención del embarazo y que esta preocupación está manifestada en proporciones algo más elevadas entre las mujeres que en los varones (Ver Anexo 2: Gráfico 20). Esta diferencia entre mujeres y varones jóvenes se hace mucho más notoria a medida que se avanza en edad. Por nivel de ingresos no se registran diferencias significativas (Ver Anexo 2: Gráfico 21).

GRÁFICO 33
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Uso de Algún Método de Prevención/Anticoncepción en la Última Relación Sexual y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Ahora bien, en cuanto al uso de métodos de prevención/anticoncepción en la última relación sexual se observa que más de dos tercios de la población joven iniciada sexualmente dijo haber utilizado alguna tecnología preventiva. No obstante, se advierte que en las tres cohortes de edad los hombres tienen porcentajes menores de uso de algún método de prevención/anticoncepción en comparación con las mujeres, pero es entre las personas de 25 a 29 años donde esta diferencia se muestra como significativa. Por tramo etario, a diferencia de lo que ocurría con el uso de algún método preventivo en la primera relación sexual, se constata que en la última relación los porcentajes de utilización de alguna metodología preventiva son similares en todas las cohortes de edad, aun cuando es algo menor entre la población de 15 a 19 años.

Tal como se registró para el caso del uso de métodos de prevención/anticoncepción en la primera relación sexual, en lo que refiere a la última relación sexual se comprueba que estas cifras tienen importante variaciones al desagregarlas por nivel socioeconómico: conforme disminuye el nivel de ingresos baja el uso de algún método de prevención entre la población juvenil en todos los tramos etarios; sin embargo, se aprecia que en todos los tramos de edad, una mayor proporción de mujeres que pertenecen a los estratos D/E usaron algún método de

prevención/anticoncepción en comparación con los varones de los mismos segmentos de ingresos (Ver Anexo 2: Tabla 15).

El hecho de que un mayor porcentaje de mujeres jóvenes haya mencionado haber utilizado alguna tecnología preventiva en la última relación sexual en relación a los varones y que esto se incremente a medida que se avanza en edad, así como también, entre quienes participan de los segmentos de menores ingresos se debe en gran medida al uso de anticonceptivos y dispositivos intrauterinos (DIU). Por cierto, al ver los resultados según el tipo de método de prevención/anticoncepción al que se recurrió en la última relación sexual se advierte que el total de la población joven iniciada sexualmente se distribuye de manera más diversa entre las diferentes opciones, a diferencia de lo que sucedía en el caso de la primera relación sexual. En términos agregados, el preservativo o condón continúa siendo el método más referido, con un 42,6%. No obstante, las diferencias entre hombres y mujeres son mayores a este respecto: el 55,8% de los varones jóvenes menciona el preservativo o condón, en contraste con el 29,2% de las mujeres jóvenes; en cambio, en lo que respecta a los anticonceptivos y el DIU es señalado por una mayor proporción de mujeres que de hombres (Ver Anexo 2: Gráfico 22).

Al examinar estos resultados en función del tramo etario y el sexo se constata que en los segmentos de 15 a 19 años y de 20 a 24 años el preservativo es referido por la mayoría de la población de estas edades, mientras que entre la población de 25 a 29 años el método más utilizado son los anticonceptivos. Al indagar respecto de las diferencias por sexo en cada una de las cohortes de edad se aprecia que mientras en el tramo de 15 a 19 años el 80,1% de los hombres dice haber utilizado el condón, entre las mujeres este porcentaje es del 48,1%; entre quienes tienen 20 y 24 años, el 61,7% de los varones indica el preservativo, en tanto entre las mujeres el método de prevención/anticoncepción más usado fue la píldora anticonceptiva/inyectables (50,6%). En lo que atañe a la población de 25 a 29 años se aprecia que la tecnología preventiva más utilizada es la píldora anticonceptiva/inyectables, con un 45,9%; si bien, entre los varones de esta cohorte de edad el preservativo es mencionado por más de

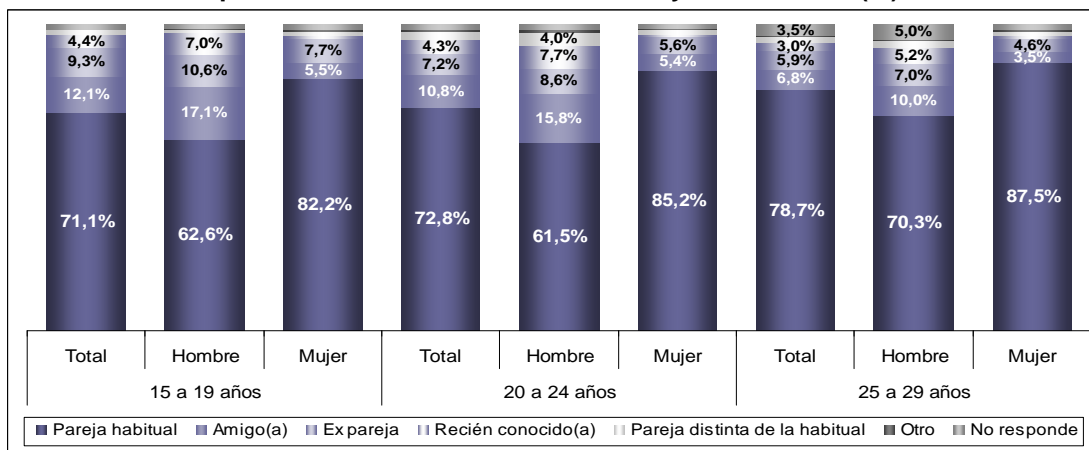
un tercio (36,3%) se observa que las proporciones de mujeres y hombres que declaran haber usado anticonceptivos son prácticamente las mismas (Ver Anexo 2: Gráfico 22).

En relación con el nivel socioeconómico, lo que más destaca es el hecho de que a medida que disminuye el nivel de ingresos la utilización del DIU se incrementa, disminuyendo a su vez el porcentaje de hombres y mujeres que indican haber usado el preservativo (Ver Anexo 2: Gráfico 23).

En lo que concierne a los datos respecto a la principal razón que mencionó la población joven iniciada sexualmente para haber utilizado el preservativo o condón en su última relación sexual, se constata que el 63,8% tuvo como motivo principal la prevención del embarazo y esta preocupación está indicada en proporciones algo más elevadas entre las mujeres que en los varones: 69,4% y 60,9%, respectivamente (Ver Anexo 2: Gráfico 24). La diferencia entre ambos sexos se hace más notoria conforme se avanza en edad. Asimismo, se aprecia que a mayor edad la preocupación por prevenir tanto el VIH como las ETS se incrementa y este crecimiento es más pronunciado entre los varones que en las mujeres. Por nivel de ingresos no se registran diferencias significativas (Ver Anexo 2: Gráfico 25).

Es preocupante que el uso de algún método de prevención se hizo sólo con el fin de prevenir un embarazo. En este sentido, cabe destacar que el VIH/SIDA y las ETS tienen efectos más graves en las mujeres que en los hombres. Estos datos ratifican el aumento de este tipo de enfermedades entre la población joven, sobre todo, entre las mujeres. Asimismo, estos resultados confirman la necesidad urgente de emprender un trabajo de educación sexual entre la población joven a más temprana edad, en el entendido de que cada vez se están iniciando a menores edades (Ver Anexo 2: Gráfico 26).

GRÁFICO 34
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Sexo, Relación con Pareja con quien tuvo la Última Relación Sexual y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Si se retoma lo planteado por Kronblit (2003), y se tiene presente que en su mayoría las personas jóvenes de los distintos tramos etarios mencionan que la última relación sexual la tuvieron con su pareja habitual (Ver Gráfico 34), el examen de los resultados consignados en párrafos anteriores de forma conjunta podría estar sugiriendo que la percepción del tipo de vínculo que se tiene con la pareja sexual es gravitante en lo que respecta a la percepción de riesgo en relación al VIH y las ETS. Es decir, parecería ser que en la medida en que el tipo de relación es percibido por las y los jóvenes como “ocasional” se privilegiaría el uso del preservativo y en el caso de las relaciones “estables” se recurriría a otros métodos. En este sentido, es necesario considerar que el condón tiene como marca simbólica la desconfianza en el otro, por lo cual su incorporación más generalizada en las parejas que se definen como “estables” se torna problemática.

Numerosas investigaciones que han explorado la presencia de conductas de riesgo en materia de sexual entre la población juvenil ha constatado la discrepancia existente entre el conocimiento que poseen las y los jóvenes en cuanto a la importancia de incorporar conductas preventivas en el ejercicio de su sexualidad y la puesta en práctica de dichas conductas. No obstante, tales estudios no exploran suficientemente el hecho que el ejercicio de la sexualidad, en su mayoría, conlleva el vínculo con otro/a

por lo que se hace necesario indagar el modo en que influye en las conductas sexuales de riesgo si éstas se miran desde un modelo de pareja. Ciertamente, ello implica atender a una dinámica interactiva particular que es relativamente autónoma y autorregulada. Kronblit denomina esto como la “racionalidad de la relación”. Así, dentro de esta racionalidad se adoptarán lógicas de acción determinadas en las cuales se incluyen las estrategias que asuman las parejas para hacer frente al riesgo de transmisión del VIH y de ETS. La autora plantea que tanto las lógicas que asumen quienes no se cuidan, como de quienes sí lo hacen, da cuenta de dos tipos de escenarios de pareja. El primero responde a un sistema íntimo fuerte, en donde la idea misma de pareja es lo fundamental; la fusión con el otro/a es preponderante aun cuando ésta sea efímera y donde se pueden encontrar dos estilos amorosos: el “amor pasión” y el “amor juego”. En cambio, el escenario que está asociado a quienes sí se cuidan es propio de un sistema íntimo débil, en el que están presentes otros intereses sociales y otras valoraciones. Aquí el compromiso afectivo de la pareja se encuentra puede dar entre dos contextos: uno en el cual el cuidado de sí mismo deviene del cuidado de la pareja; y, otro, en el que el cuidado es consecuencia del deterioro afectivo en donde lo que prima es el cuidado respecto *del* otro (Kronblit, 2003: 238-239).

5.2.1 Maternidad y Paternidad

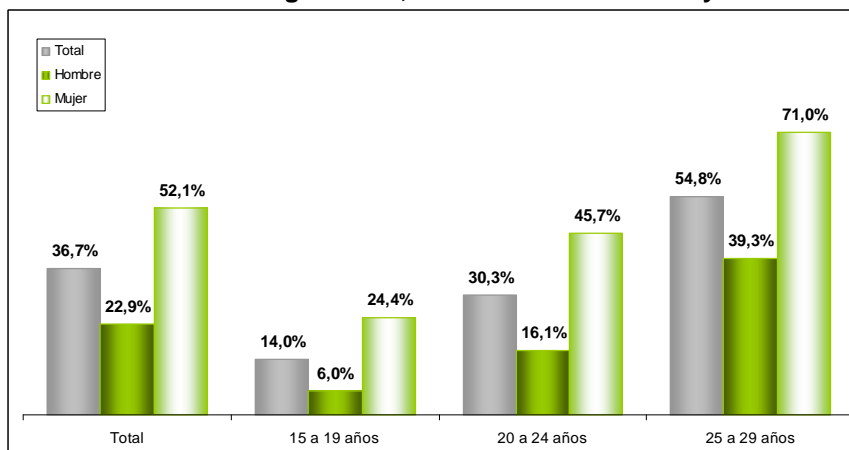
En relación a la maternidad y la paternidad entre la población joven, la Encuesta arroja datos importantes que confirman otros estudios en torno al tema. Además, es relevante mencionar que el dato de paternidad adolescente y/o joven es un dato poco sistematizado (Olavarría et al. 2006, 2007a, 2007b, 2008), por lo que el tener acceso a este tipo de información es de relevancia para impulsar estudios que diagnostiquen no sólo la magnitud de la paternidad adolescente y/o joven, sino también, los arreglos domésticos a los que tienen que enfrentarse las personas jóvenes al convertirse en padres y madres a temprana edad. Ello, a fin de conocer las necesidades que en términos de políticas públicas se requieren para sostener las responsabilidades que los roles parentales implican.

En lo que concierne a las identidades y subjetividades asociadas a la maternidad y a la paternidad, Olavarría et al. (2008) señalan que una serie de estudios efectuados en los últimos años en la región han constatado la existencia de concepciones similares entre hombres y mujeres jóvenes respecto de la parentalidad. Estas configuraciones son el resultado de aprendizajes que contemplan pautas y mandatos a seguir a lo largo de la vida. Es a partir de dichas pautas y mandatos que las personas evalúan su calidad de madres o padres y son calificados por otros varones, mujeres, pareja e hijas/os. En nuestras sociedades, estos patrones se reproducen socialmente al interior de las familias y son reforzadas por los distintos sistemas con los que se interactúa. Asimismo, estas pautas y mandatos se incorporan en la subjetividad de mujeres y varones y regulan las relaciones genéricas entre ellas/os.

Actualmente, las condiciones en las que se da la paternidad/maternidad adolescente y juvenil presentan cambios importantes. Progresivamente el tener un hijo/a antes o entorno a los veinte años es menos aceptado, principalmente por las mayores dificultades que tienen las personas jóvenes para alcanzar la autonomía respecto de los padres, como por las consecuencias en la calidad de vida. En el caso de la paternidad/maternidad adolescente supone un quiebre en las expectativas que mujeres y hombres adolescentes tienen y afecta significativamente los proyectos de vida que se han configurado en torno a ellas y ellos, tanto por sus familias y el mundo adulto en general, como por parte de sus amistades. Su condición de padres o madres contrastan fuertemente con lo que dicta el referente relativo a la paternidad/maternidad; sin embargo, no por ello dejan de ser padres o madres. En definitiva, las y los adolescentes se ven frente a un modelo de paternidad y maternidad ante el que, por lo general, no tienen las herramientas para resolver sus mandatos ni seguir sus guiones (Olavarría et al. 2008; Palma 2003). De igual forma, la sociedad tampoco ofrece condiciones para que la experiencia de ser padre o madre sea incorporada sin que socave el desarrollo y la integración social de las y los adolescentes. No obstante, Olavarría et al. (2008) manifiestan que en la vida cotidiana se están dando nuevas formas de maternidades y paternidades adolescentes que están siendo más visibles y que ponen en cuestión los modos aceptados culturalmente en cuanto a los

comportamientos reproductivos y las relaciones de pareja y familia en este segmento de la población.

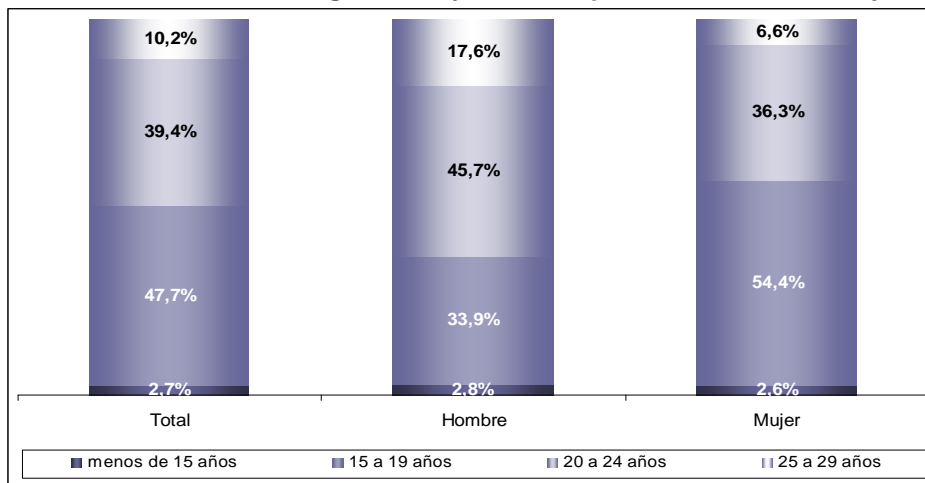
GRÁFICO 35
Población Joven Chilena según Sexo, Maternidad/Paternidad y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Según tramo etario se observa, como era de esperar, que la proporción de madres y padres aumenta progresivamente conforme avanza la edad. También se comprueba que en todas las cohortes de edad la proporción de madres es mayor que la de padres. Dadas las cifras para el grupo de 25 a 29 años, sobre todo el porcentaje de mujeres que son madres (71%), cabe considerar que se trata de proporciones significativas en lo que concierne al enfoque de las políticas públicas dirigidas a este segmento de la población, cuestión que en términos de una institucionalidad de juventud es urgente abordar.

GRÁFICO 36
Población Joven Chilena según Sexo y Edad en que tuvo a su Primer Hijo/a (%)

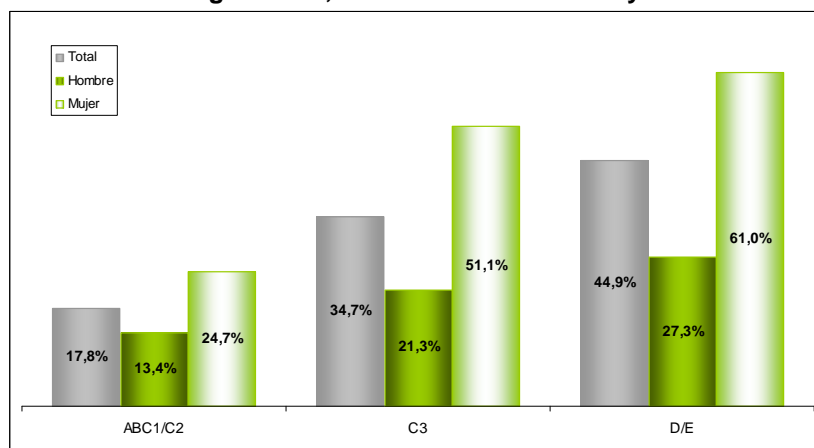


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Dadas las cifras de paternidad y maternidad prevaletentes entre la población joven chilena, cabe revisar la edad en que este segmento juvenil tuvo su primer hijo/a. Como se registra en el Gráfico 36, si se suma el porcentaje de quienes indicaron haber sido madres o padres antes de los 15 años y quienes señalaron haberlo sido entre los 15 y los 19 años, se constata que el 50,4% tuvo su primer hijo/a en la adolescencia. Asimismo, se observa que es mayor la proporción de mujeres que de varones que tuvo su primer hijo/a con menos de 20 años.

Estos resultados corroboran el hecho de que la maternidad/paternidad adolescente es una cuestión crítica en la sociedad chilena, puesto que no sólo expresa cambios y transformaciones culturales en materia de sexualidad, relaciones de género, salud y derechos sexuales y reproductivos, sino que también da cuenta de diferencias en lo que respecta a la habilitación y acceso a medios de prevención de riesgos por parte de los sujetos, cuyas consecuencias profundizan las desigualdades sociales y de género (Olavarría et al, 2006, 2007a, 2007b, 2008; Palma, 2003: 166-169).

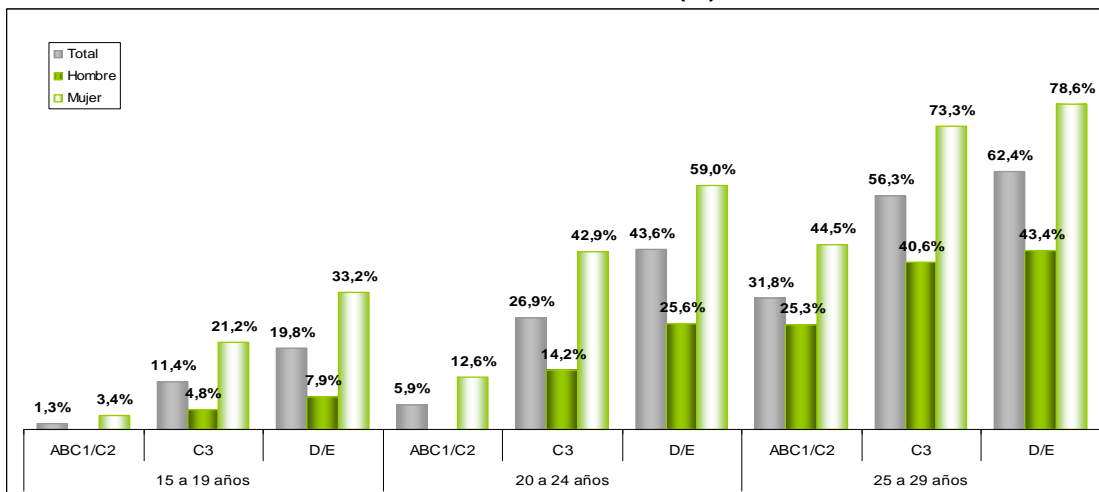
GRÁFICO 37
Población Joven Chilena según Sexo, Maternidad/Paternidad y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En lo que atañe a la paternidad/maternidad adolescente y juvenil, los resultados registrados por la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006) muestran que el nivel socioeconómico es determinante en tres aspectos. Primero, a medida que disminuye el nivel de ingresos aumenta el porcentaje de población joven que es madre o padre. Segundo, tal como se constató a nivel agregado, en todos los estratos la proporción de mujeres que son madres es mayor que la de varones que son padres, pero conforme se disminuye en el nivel socioeconómico las diferencias entre el porcentaje de madres y padres se incrementa debido a que la proporción de mujeres madres se eleva en mayor medida que la de varones padres.

GRÁFICO 38
Población Joven Chilena según Sexo, Maternidad/Paternidad, Tramo Etario y
Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En tercer lugar, al distinguir las diferencias por nivel socioeconómico y tramo etario se advierte que la condición de paternidad/maternidad está proporcionalmente más presente a temprana edad entre los segmentos socioeconómicos de menores ingresos.

Estos resultados confirman la evidencia dada a conocer por otros estudios, los cuales señalan que la maternidad adolescente se concentra en los estratos más bajos. Lo anterior implica que estas mujeres se encuentran en situaciones más precarias que aquellas que no son madres en la misma situación socioeconómica. Asimismo, estos datos son un indicio del hecho que la postergación de la maternidad/paternidad está claramente asociada al nivel de ingresos. La evidencia señala que las personas jóvenes de niveles socioeconómicos más bajos tienden a tener hijos/as a edades más tempranas que en los sectores de más altos ingresos, debido a que existe un acceso diferenciado a la educación superior, así como también, a un desigual acceso a las oportunidades culturales (Palma, 2009).

Por otra parte, la pregunta (y también los resultados obtenidos) respecto de la parentalidad adolescente y juvenil en Chile, constituye uno de los caminos hacia la interrogación sobre la formación de familias en dicho periodo del curso de vida. Tal

como afirma Palma (2009), tanto los estudios en este ámbito como las estadísticas en torno a la composición de este tipo de arreglos son escasos en nuestro país. La autora sostiene que tanto los análisis de las encuestas de hogares, como otros instrumentos destinados a segmentos específicos de la población⁴¹ se han orientado principalmente a dos niveles de análisis: las personas y los hogares.

En lo que respecta a las familias adolescentes y jóvenes, dado el hecho que en su mayoría no cuentan con la capacidad económica para constituirse en hogares autónomos y, por tanto, permanecen viviendo en el hogar de origen, la socióloga indica que el análisis de hogares invisibiliza la realidad de dichas familias al no ahondar en las particularidades de los núcleos secundarios.⁴²

Varios de los resultados expuestos hasta aquí revelan que dentro de la población joven existe una proporción importante que ya ha establecido algún arreglo familiar distinto al de la familia de origen. Sin embargo, como advierte Palma (2009) no ha habido una mayor profundización en lo que significa el fenómeno de las familias jóvenes como tal. Ello impide comprender el impacto que pueden estar teniendo en ellas las grandes transformaciones experimentadas por las familias en las últimas décadas, cuyas consecuencias y eventuales asincronías pueden influir en las modalidades de integración social de estas familias.⁴³ De igual modo, dificulta la identificación de las familias jóvenes como objeto de política pública y el desconocimiento de su situación va en detrimento de su acceso a la oferta pública. Lo anterior es aún más relevante en lo relativo a la maternidad/paternidad adolescente, ya que dicha situación está concentrada en los sectores de menores ingresos, lo que le

⁴¹ Destaca la Encuesta CASEN del Ministerio de Planificación y la serie de Encuestas Nacionales de Juventud realizada por el Instituto Nacional de la Juventud.

⁴² En términos operacionales un hogar puede estar conformado por uno o más núcleos familiares.

⁴³ A este respecto cabe indicar la distinción que Jelin (1998) hace entre familia y hogar: en términos clásicos, la familia está fundada en relaciones de parentesco y "parte de un sustrato biológico ligado a la sexualidad y la procreación. (...) es la institución social que regula, canaliza y confiere significado social y cultural a estas dos necesidades. (...) se trata siempre de cómo se organiza la convivencia, la sexualidad y la procreación" (1998:15). El hogar, en tanto, corresponde a "una economía compartida, una domesticidad colectiva, el sustrato cotidiano" (ibídem).

imprime mayor urgencia a la generación de estadísticas y estudios sobre familia y maternidad y paternidad en la adolescencia para la formulación de políticas y programas públicos, a fin de propender de mejor forma respecto de las desigualdades sociales y de género que están asociadas a este fenómeno.

5.3 Acceso y Uo de TIC

No cabe duda que desde la aparición de las llamadas “nuevas” tecnologías de la información y comunicación éstas han sido asociadas a “lo juvenil”. Así, el imaginario de lo juvenil y el de lo que se ha dado en llamar “la revolución digital” se vinculan a partir de la idea de lo “nuevo”, el futuro, la innovación, en tanto características históricamente atribuidas a las generaciones jóvenes. Sin embargo -al igual que otros aspectos de la vida cotidiana como el “tiempo libre”-, estas representaciones en torno a las TIC y lo juvenil asumen y construyen a la juventud como un grupo homogéneo, el cual estaría dotado -casi de forma innata- de capacidades y habilidades para el manejo de dichas herramientas inalcanzables para la mayoría de las personas adultas. Denominaciones como “nativos/as digitales” o “e-generación” son un ejemplo de ello. Desde estos discursos, la juventud debería ser la protagonista principal de la nueva realidad y de las transformaciones que trae aparejada el desarrollo de las TIC, debido a lo cual proliferan los programas y las políticas que buscan eliminar las brechas existentes en cuanto al acceso universal de la población juvenil a dichas herramientas (Bonder, 2008).

Por su parte, el reconocimiento de la expansión global de las TIC, en tanto proceso de transformación social, implica abordarlo como un fenómeno complejo que está inserto en un orden económico, político, social, cultural y de género específico que está marcado por la desigualdad. Debido a esto, es necesario considerar que en el desarrollo e incorporación de estas tecnologías en la vida cotidiana es posible que se de la reproducción de estos ordenes y de las desigualdades que conllevan, así como también, una multiplicidad de expresiones de resistencia, de resignificación y de apropiación de estos bienes por parte de los diferentes grupos sociales.

Dentro de estas nuevas tecnologías, Internet es signada como la de mayor influencia en estos cambios. Cientistas sociales como Castells (2001) le atribuyen un rol fundante en las actuales transformaciones sociales, donde las nociones de red, de globalización, de planetarización y de sociedad en red –entre otras- buscan significar un cambio epocal que concierne a todas las dimensiones de la vida social. Cabe agregar que estas tecnologías hacen parte de las biografías de las personas y de los diferentes colectivos, y que se engarzan de forma compleja con sus estilos de vida y los diversos capitales de los que disponen.

En este contexto, es claro que las TIC forman parte de la cotidianeidad de las y los jóvenes; no obstante, el acceso y, sobre todo, el uso de las mismas se presentan de maneras disímiles en este segmento según su extracción social, capital cultural y género.

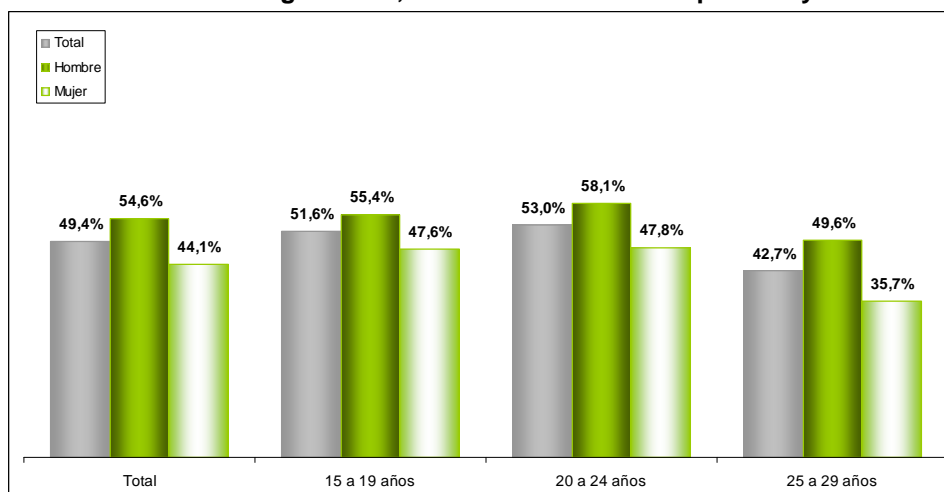
En lo que atañe a la relación entre género y TIC, Bonder (2008:921) sostiene que en un comienzo ésta no fue de interés para la investigación en el campo de los estudios de género, principalmente, debido a un clima de optimismo generalizado que veía en estas nuevas tecnologías un espacio liberado y liberador de las desigualdades de género producto de la “desaparición” del cuerpo físico en la red y, por ende, del hecho de clasificar y valorar a las personas por su apariencia.⁴⁴ Con posterioridad, diversos trabajos mostraron que las jerarquías de género también se reproducen en este ámbito y que éstos pueden llegar a extremarse, lo que se constata tanto en la existencia en el ciberespacio de mensajes sexistas -expresiones de agresión y de violación de los derechos fundamentales-, como en la poca participación de las mujeres en las carreras asociadas a la informática. Empero, todo esto no quita que también se den experiencias creativas y transformadoras por parte de las jóvenes que hacen uso de las potencialidades comunicativas de estos medios.

⁴⁴ Habría que agregar que ello supone también el “olvido” de que el género no sólo se manifiesta y se expresa en el cuerpo físico, sino que conlleva representaciones y formas diferenciadas de ordenar el mundo.

Bonder (2008) señala que si bien las últimas estadísticas registran que la brecha entre mujeres y varones respecto del acceso a las TIC se está nivelando, es preocupante el hecho de que algunos grupos de mujeres siguen permaneciendo marginadas y una gran mayoría se encuentra encasillada en ciertos roles y usos, o bien, se vinculan a las mismas desde posiciones subalternas, principalmente, como consumidoras. En general, la autora advierte que en términos de género existiría una deficiencia en relación a las condiciones institucionales, culturales, sociales y económicas que les permitan a las mujeres acceder a los beneficios asociados a las TIC en materia de su desarrollo personal y comunitario, ni en cuanto a generar sus propios aportes (Bonder, 2008:924).

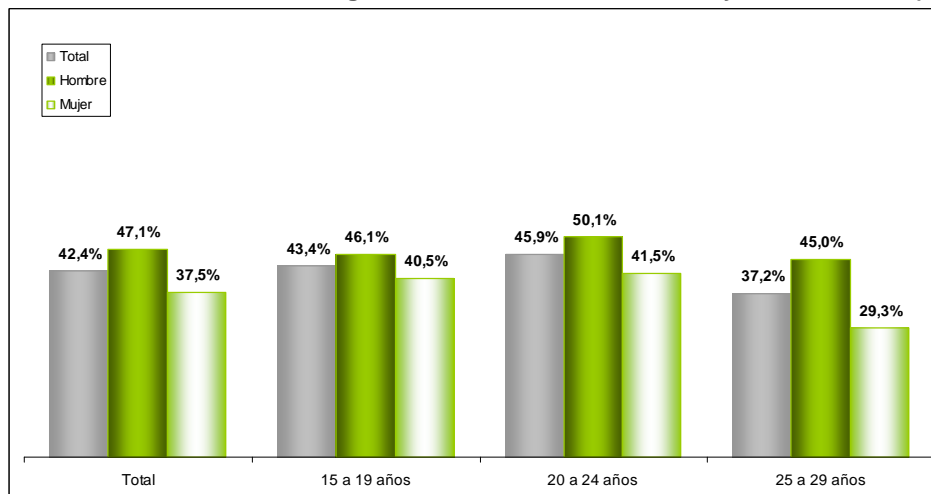
En lo que respecta a la población juvenil chilena, algunas de estas desigualdades de género y sus manifestaciones específicas pueden observarse a partir de los resultados obtenidos por la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006). Según esto, las principales desigualdades se manifiestan en el uso de computador e Internet, más que en el acceso, que presenta diferencias importantes por niveles socioeconómicos.

GRÁFICO 39
Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano del Computador y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 40
Población Joven Chilena según Uso Cotidiano de Internet y Tramo Etario (%)

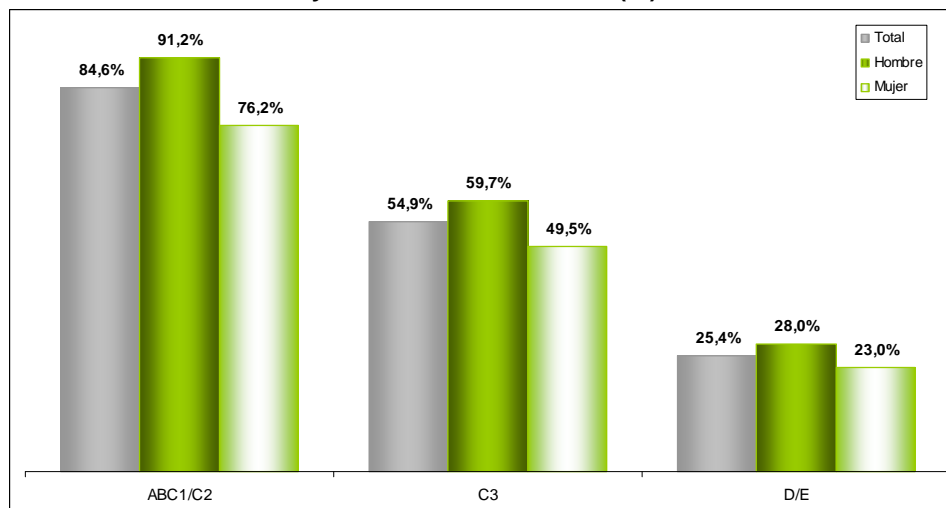


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Como se aprecia en los Gráficos 39 y 40, el uso cotidiano del computador y de Internet presenta un predominio masculino. En ambos casos, la proporción de varones supera en alrededor de 10 puntos porcentuales a la de las mujeres.

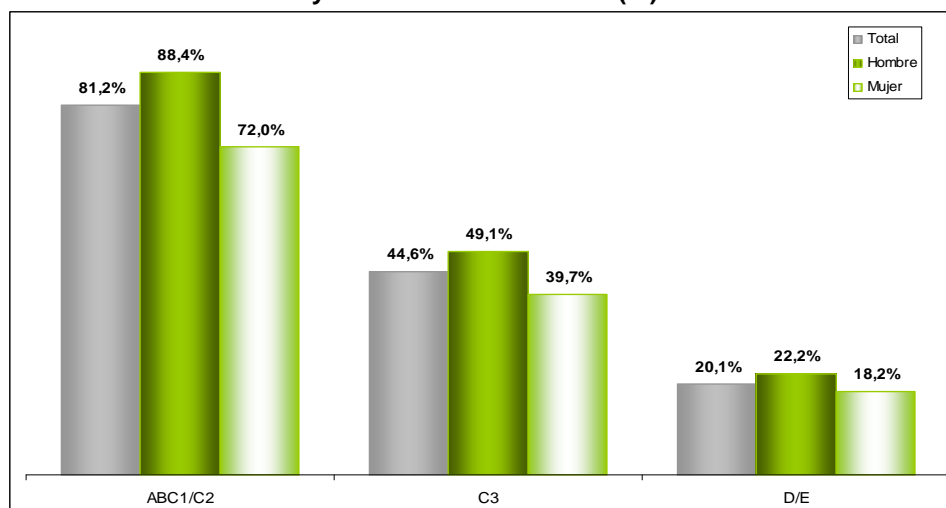
Al desagregar estos resultados por tramo etario se advierte que, tanto en lo referente al uso cotidiano del computador como de Internet, es entre la población de 20 a 24 años donde se registran los mayores porcentajes de uso; por su parte, es entre quienes tienen 25 a 29 años que se dan los menores porcentajes de uso cotidiano en ambos casos. En lo que atañe a las diferencias por sexo dentro de cada uno de los tramos etarios se observa que -tanto para el computador, como Internet- los varones jóvenes presentan valores superiores al de las mujeres jóvenes y que la brecha entre unos y otras aumenta a medida que se avanza en edad.

GRÁFICO 41
Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano del Computador
y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 42
Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano de Internet
y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Ahora bien, de acuerdo a los Gráficos 41 y 42 se evidencia que las diferencias entre mujeres y varones jóvenes en relación al uso cotidiano del computador y de Internet están también fuertemente asociadas a las diferencias por nivel socioeconómico. A este respecto se registra que para ambas herramientas los estratos

de mayores ingresos presentan una frecuencia de uso superior al 80%, en tanto que en los segmentos de menores ingresos estas cifras bordean el 20%. Según estos porcentajes, si bien se advierte que el nivel de ingresos determina en mayor medida el uso cotidiano tanto del computador como de Internet -aun cuando se constata que en todos los niveles socioeconómicos el porcentaje de hombres jóvenes que usa de manera cotidiana el computador e Internet es más alto que el de mujeres-, es posible distinguir que allí donde las condiciones socioeconómicas no constituirían un impedimento para el acceso a estas herramientas tecnológicas, las brechas entre mujeres y varones jóvenes son más pronunciadas. Asimismo, las diferencias por nivel de ingresos y por sexo, tanto en el uso cotidiano del computador como de Internet se dan de forma similar en los tres tamos etarios (Ver Anexo 2: Gráficos 27 y 28).

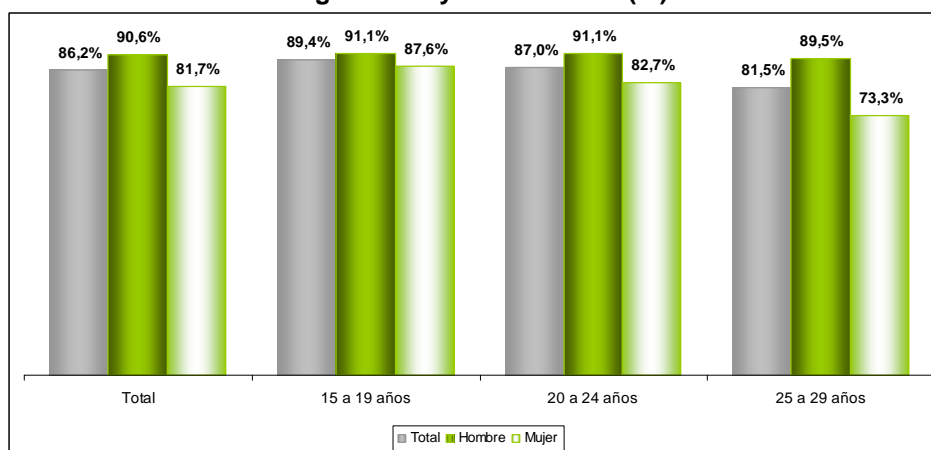
5.4 Uso del Tiempo Libre

En general, la noción de “tiempo libre” se relaciona con aquel tiempo legítimo que es aceptado por la sociedad en tanto es la contraparte justa al tiempo de trabajo o de estudio; corresponde a aquellas actividades a las que las personas -luego de ser liberadas de las responsabilidades familiares, sociales y laborales- se entregan al goce, al descanso y al desarrollo personal (Margulis, 1996; González, 1996; INJUV, 2006). Asimismo, la idea de moratoria social asociada a la noción de juventud sitúa al tiempo libre en un lugar relevante durante este periodo de la vida; desde esta concepción se entiende que las personas jóvenes cuentan con un volumen importante de tiempo libre que no sólo es aprobado por la sociedad, sino que además trae aparejada una mirada indulgente hacia las libertades y ciertas transgresiones que le son atribuidas a dicha juventud (Margulis y Urresti, 1996). Un aspecto que subyace en esta representación de juventud, tal como lo señala Braslavsky (1986), es el mito de la juventud dorada en el cual las personas jóvenes son vistas como un grupo homogéneo y privilegiado que puede disfrutar del ocio y, más ampliamente, que vive de manera despreocupada, sin angustias ni mayores responsabilidades. No obstante, como ya se ha señalado, la condición juvenil es un fenómeno heterogéneo y las trayectorias vitales entre la población joven se presentan de modos diversos, las que dependen de una serie de

factores, tales como el género, el estrato social, la condición de etnicidad, entre otros. Por ello, el volumen de tiempo libre del que se dispone -y la forma en que se distribuye- tiene implicancias diferentes si se es estudiante o trabajador/a, si la persona pertenece a un nivel socioeconómico alto o bajo, si se es hombre o mujer, si se es padre/madre o no; es decir, adquiere sentidos y características particulares en función de la posición que el individuo ocupa en la sociedad y en su entorno familiar. Así, por ejemplo, Margulis y Urresti (1996) destacan que el tiempo libre que deriva del desempleo, del no lugar social, de la no inclusión, es un tiempo vano.

Por su parte, la disponibilidad de tiempo libre y su uso es un indicador utilizado frecuentemente para observar diferencias y desigualdades de género (Naciones Unidas, 2006). Respecto a esto, la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006) proporciona algunos datos en torno al uso del tiempo libre -principalmente, en cuanto al tipo de actividades que se realiza-, en donde se destacan algunas temáticas en las que pueden observarse distinciones que pueden ser atribuidas a diferencias de género. Las actividades consignadas son: “salir o conversar con las amistades”; “salir a fiestas o ir a bailar”; y, “practicar algún deporte”.

GRÁFICO 43
Población Joven Chilena que Indica Salir o Conversar con sus Amistades según Sexo y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En relación a la actividad “salir o conversar con las amistades”, en primer lugar, se observa que la mayoría de la población joven practica dicha actividad (86,2%), donde

es mayor la proporción de varones jóvenes que de mujeres jóvenes. Al desagregar los datos por tramo etario se advierte que a medida que se avanza en edad, la práctica de esta actividad decrece. Asimismo, cuando se examinan estos resultados en función de las diferencias entre hombres y mujeres se distingue el hecho de que conforme aumenta la edad, la brecha entre unos y otras crece de forma constante. No obstante, en lo efectivo, es más bien el porcentaje de mujeres jóvenes el que disminuye. Ciertamente, mientras las cifras de varones jóvenes que indican “salir o conversar con las amistades” en los distintos tramos etarios son prácticamente idénticas, entre las mujeres de los tramos de 15 a 19 años y de 25 a 29 años estos valores decrecen de manera constante.

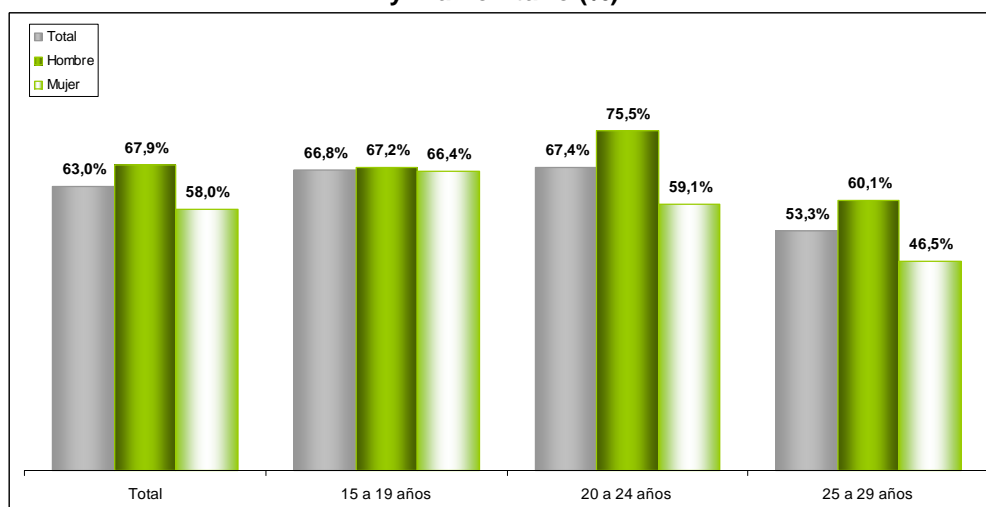
De acuerdo al nivel socioeconómico, se constata que respecto de la población joven total no existen mayores diferencias según nivel de ingresos, pero cuando se hace la distinción por sexo se aprecia la misma tendencia señalada para el caso de los tramos etarios, aunque las diferencias son más leves: en los tres niveles socioeconómicos la proporción de varones jóvenes que indican practicar esta actividad es similar, mientras que a medida que disminuye en nivel socioeconómico baja el porcentaje de mujeres jóvenes que dice realizar esta actividad (Ver Anexo 2: Gráfico 29).

Al incorporar la variable tramo etario a estos resultados se destaca que mientras entre las personas jóvenes pertenecientes a los estratos ABC1/C2 en los tres tramos etarios la proporción que sale o conversa con sus amistades es similar -con una leve tendencia al alza a medida que se avanza en edad- y las diferencias entre mujeres y varones son menores, en la población que participa en los segmentos C3 y D/E el porcentaje de varones jóvenes que dice realizar dicha actividad es prácticamente igual en las distintas edades y la cifra de mujeres jóvenes decrece a mayor edad (Ver Anexo 2: Gráfico 30).

A la luz de estos resultados, se puede hipotetizar que ello podría estar vinculado con la menor disponibilidad de tiempo por parte de las mujeres de menores ingresos y mayor edad para la realización de tal actividad probablemente por requerimientos de

trabajo doméstico o de cuidado y por la presencia de estereotipos de género respecto del uso del espacio público/privado, los que se ha constatado estar más presentes en los sectores de menores ingresos.

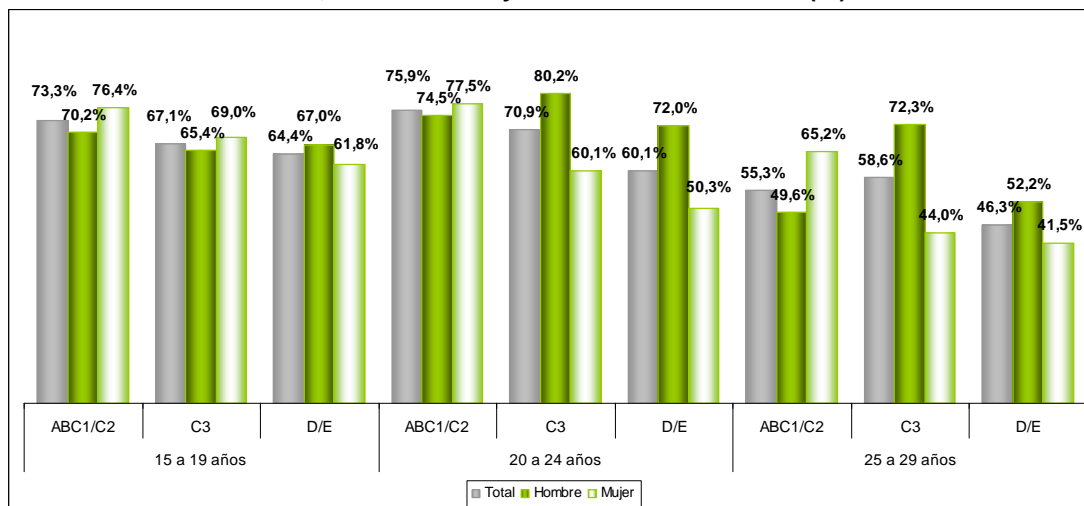
GRÁFICO 44
Población Joven Chilena que Indica Salir a Fiestas o Ir a Bailar según Sexo y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Como se advierte en el Gráfico 44, poco menos de dos tercios de la población joven chilena señala “ir a fiestas o salir a bailar”. Al desagregar este resultado por sexo se observa la proporción de varones jóvenes en mayor que la de mujeres jóvenes. Según tramo etario, se aprecia que a medida que se avanza en edad la práctica de ésta actividad disminuye. Al distinguir estos datos a partir de las diferencias entre hombres y mujeres se advierte que conforme aumenta la edad, la proporción de mujeres decrece de forma sostenida; en cambio, entre los varones el mayor porcentaje se encuentra en quienes tienen entre 20 a 24 años. De acuerdo a esto, mientras en el tramo de 15 a 19 años no existen diferencias entre los porcentajes de hombres y mujeres que indican “ir a fiestas o salir a bailar” y la mayor distancia se encuentra en el tramo de 20 a 24 años.

GRÁFICO 45
Población Joven Chilena que Indica Salir a Fiestas o Ir a Bailar según
Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

Al desagregar los datos por nivel socioeconómico se registra que existe el porcentaje de la población juvenil que menciona “salir a fiestas o ir a bailar” disminuye levemente conforme decrece el nivel de ingresos. También se observan diferencias entre hombres y mujeres jóvenes con tendencias dispares entre los estratos socioeconómicos (Ver Anexo 2: Gráfico 31).

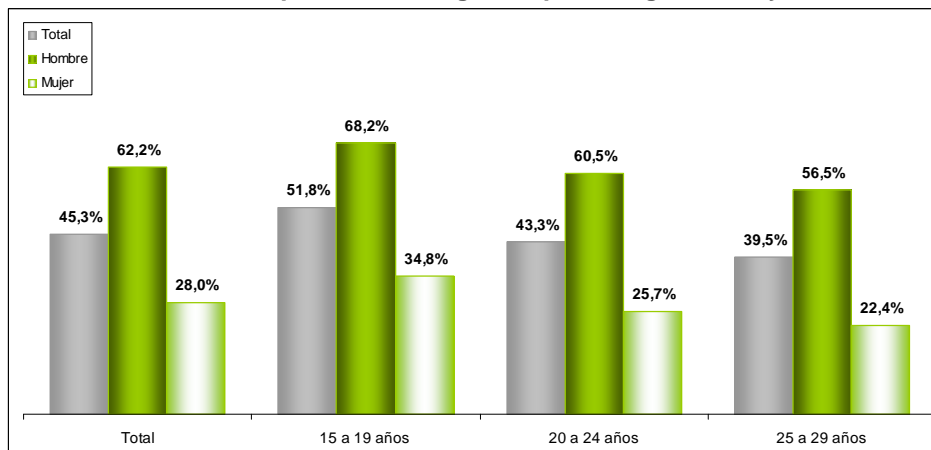
Cuando se examinan estas diferencias por tramo etario se advierte que independiente del nivel socioeconómico, la proporción de personas jóvenes que realiza esta actividad decrece a medida que se avanza en edad y es entre las personas pertenecientes al nivel socioeconómico C3 donde se presenta la menor disminución. Otro aspecto que se destaca es que en los estratos ABC1/C2 en los tres tramos etarios la proporción de mujeres jóvenes que sale a fiestas o va a bailar es siempre mayor a la de varones jóvenes y es en el tramo de 25 a 29 años donde esta diferencia se hace más pronunciada.

Cabe señalar que en lo que concierne a “salir o conversar con las amistades” y “salir a fiestas o ir a bailar” -si se tiene en cuenta lo expuesto por Oliveira y Mora Salas (2009)-, a partir de las diferencias registradas entre varones y mujeres jóvenes se

podría hipotetizar que aquéllas estarían relacionadas, principalmente, con la mayor adquisición de responsabilidades en el ámbito doméstico por parte de las mujeres. Si se entiende que uno de los aspectos relevantes del proceso de transición a la vida adulta comporta la consecución de un mayor grado de responsabilidades al interior de la unidad doméstica y, por ende, una reorganización de los tiempos y de las actividades que las personas jóvenes venían teniendo hasta ese momento de sus vidas, lo que muestran los datos analizados hasta este momento es que efectivamente tanto hombres como mujeres jóvenes modifican su participación en este tipo de actividades asociadas al tiempo libre durante este proceso. Sin embargo, estas modificaciones son más pronunciada en las mujeres -y, más precisamente, en las de sectores medios y bajos-. Podría pensarse que entre los varones jóvenes lo que sobreviene es un “traspaso” de parte importante del tiempo ocupado en las actividades relacionadas con la educación hacia el trabajo remunerado, sin que esto signifique un cambio sustancial en los tiempos reservados a otras actividades, como por ejemplo las actividades de tiempo libre. En cambio, en el caso de las mujeres la reorganización de los tiempos y de las actividades pareciera comportar mayores niveles de complejidad, por cuanto, a diferencia de lo que se observa en el caso de los varones jóvenes, a medida que las mujeres jóvenes de niveles de ingresos medios y bajos se van acercando a la “edad adulta” va disminuyendo progresivamente de la proporción de ellas que indica practicar este tipo de actividades, lo cual se aprecia con claridad entre las mujeres de 25 a 29 años.⁴⁵

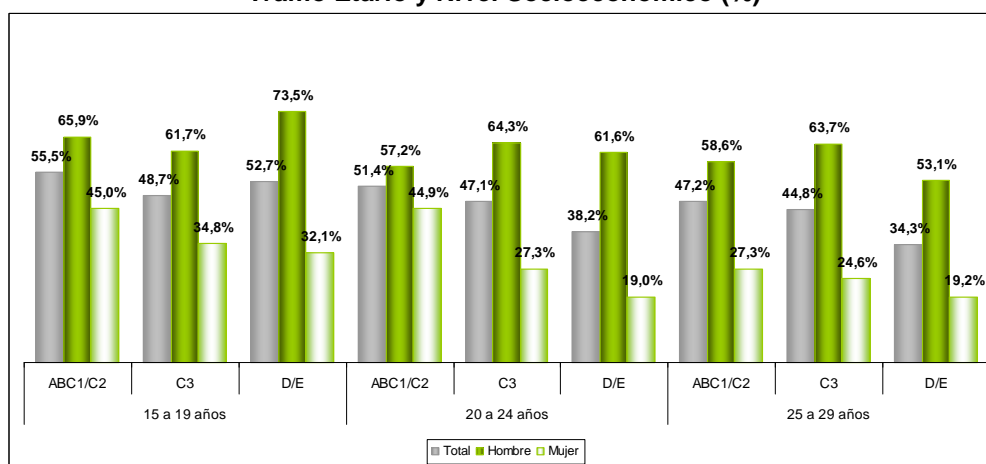
⁴⁵ De tal suerte, la reorganización de los tiempos y de las actividades de las mujeres jóvenes que se encuentran en el tramo de mayor edad haría pensar, además, que aún permanecería fuertemente arraigado el imperativo moral que supone que la responsabilidad respecto de las labores domésticas y de cuidado al interior de la unidad doméstica le corresponde primordial -sino exclusivamente- a las mujeres. Todo ello pone de manifiesto la tensión entre los tiempos de “trabajo doméstico y de cuidado no remunerado” al interior de la unidad doméstica y los tiempos de “trabajo remunerado”, y los desajustes e interdependencias entre la esfera privada y la pública (o las lógicas del mercado y el no mercado) que se reflejan en las dobles presencias/ausencias (Legarreta, 2006). Efectivamente, la tradicional división sexual del trabajo no conllevaba mayores complicaciones entre la esfera productiva y la reproductiva puesto que los espacios, ámbitos de acción y roles estaban bien diferenciados y eran asignados a dos sujetos diferentes –hombre y mujer-. La mayor incorporación de las mujeres al mercado laboral, no sólo ha implicado que éstas participen de otros ámbitos de la vida social -con las consecuentes tensiones, angustias, oportunidades y entramado de relaciones que ello trae aparejado-, sino que también, significa eventualmente una redefinición en su posición dentro de la unidad doméstica, las configuraciones familiares y el espacio público.

GRÁFICO 46
Población Joven Chilena que Practica algún Deporte según Sexo y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 47
Población Joven Chilena que Indica Practicar algún Deporte según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

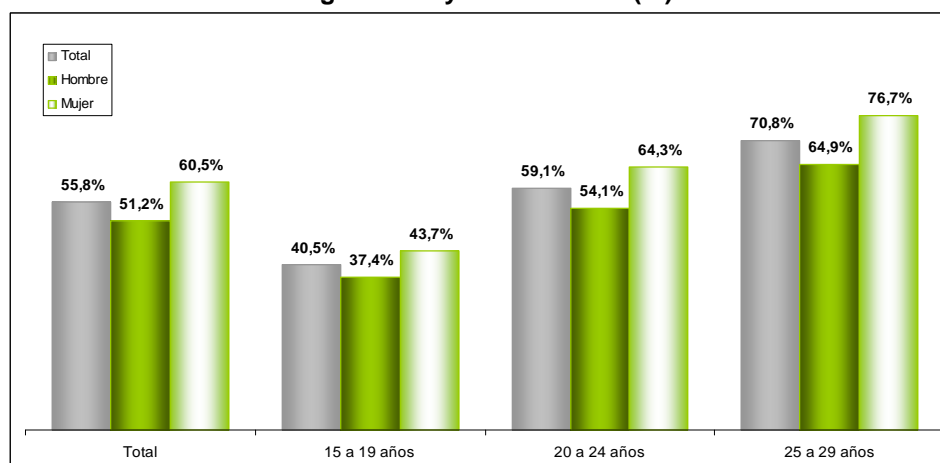
Ahora bien, respecto de la práctica de un deporte conforme aumenta la edad baja la proporción de personas jóvenes que practican algún deporte y las brechas entre ambos sexos son significativas en todos los tramos etarios, donde es porcentaje de varones es mayor que el de mujeres. En cuanto a las diferencias por nivel socioeconómico, se constata que a medida que baja el nivel de ingresos disminuye levemente la proporción de personas jóvenes que dice practicar algún deporte. Al apreciar estos datos de acuerdo a las diferencias entre hombres y mujeres se advierte

que las brechas entre unos y otras son significativas en todos los estratos y éstas se hacen más pronunciadas en los de menores ingresos, lo que se debe a que a medida que disminuye el nivel de ingresos se incrementa la proporción de varones jóvenes que práctica algún deporte y, al mismo tiempo, decrece el porcentaje de mujeres (Ver Anexo 2: Gráfico 32). Esto es más notorio al distinguir estos resultados según tramo etario.

5.5 Violencia en la Pareja

Según los datos de la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006), el 55,8% de la población joven indicó mantener algún tipo de relación de pareja.⁴⁶ Las proporción de mujeres jóvenes que manifestaron esta condición fue superior a la de varones jóvenes. Como era de preveer, el porcentaje de personas jóvenes que señalan tener una relación de pareja se incrementa a medida que se avanza en edad; además, en todos los tramos etarios la proporción de mujeres es mayor que la de hombres y la distancia entre unas y otros aumenta levemente conforme se eleva la edad.

GRÁFICO 48
Población Joven Chilena que Mantiene algún tipo de Relación de Pareja según Sexo y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

⁴⁶ Acá se considera todo tipo de relación, independiente del estado civil o del grado de “formalización” de la misma. Sólo a modo de referencia, para conocer la proporción de personas jóvenes que indican estar casadas o vivir con su pareja ver Anexo 2: Gráficos 33 y 34.

Dado este contexto, la Quinta Encuesta Nacional de Juventud (2006) incluye dentro de sus preguntas la consulta respecto de la presencia de violencia en la relación de pareja en la población juvenil, tanto psicológica como física. Una de las razones por las cuales en los últimos años la preocupación por la violencia en la pareja se ha extendido a la población juvenil radica en la constatación del hecho de que este tipo de conductas se fijan durante la niñez y la adolescencia y, además, ello ha sido identificado como un factor predictivo respecto de conductas violentas en edades posteriores.⁴⁷ Ciertamente, la exposición a modelos violentos, especialmente durante la infancia y la adolescencia, y la presencia de tendencias agresivas a edades precoces se vincula a la violencia severa y crónica tanto en la adolescencia como en la adultez. Es decir, los modelos de conducta violentos tienden a transmitirse de generación en generación (Díaz-Aguado, 2003).

La violencia es una manifestación de abuso de poder que busca el control del otro y que se dirige a aquellas personas que se encuentran en una posición de desigualdad o menor acceso a las decisiones y al poder. Ella se manifiesta a través de ejercer fuerza sobre alguien, someter su voluntad, o bien, mediante la falta de reconocimiento, privarle de su identidad y de su integridad personal o social; en definitiva, implica reducir a una persona a la condición de objeto. La violencia puede ser vehiculizada mediante modos diversos, al punto que ella puede pasar desapercibida, cuando se inscribe como una forma de relación, en acciones y conductas cotidianas que la hacen imperceptible y despersonalizada, con lo cual se dificulta que dichas prácticas sean identificadas como violentas. La violencia en la pareja hace parte de estas “violencias invisibles”, por cuanto esta constituye una de las formas en que se expresa la violencia de género y, particularmente, la violencia hacia las mujeres.

Cabe indicar que la violencia de género no sólo tiene sus fundamentos en factores individuales, sino que está asociada a importantes elementos socioculturales vinculados al orden de género predominante y a la jerarquía etaria adulto-joven. Esto

⁴⁷ Igualmente, esto también es consecuencia del hecho que en los últimos años la violencia en las relaciones afectivas se percibe como un “problema social” a diferencia de lo que pasaba en décadas pasadas.

no se presenta de modo evidente, por cuanto dichos elementos se engarzan con estructuras sociales que son asumidas como naturales y que se manifiestan en distintos niveles y contextos institucionales (Fritz, 2009). En el imaginario en torno a las mujeres predomina la imagen de la mujer como “sujeto pasivo que requiere protección”, lo cual posibilita que sean percibidas y que se encuentren en condiciones más vulnerables frente a las violencias (Bourdieu, 2000, 2002). En la violencia de género, particularmente en lo que refiere a la violencia contra las mujeres que se da en el contexto de relaciones afectivas heterosexuales, los componentes imaginarios e ideológicos relativos a la diferencia sexual y sus representaciones intervienen de manera preponderante, los que al legitimar el ejercicio agresivo del control y el poder de los varones permite no sólo invisibilizar, sino también, alimentar la violencia que se da en las relaciones de pareja (Bonilla, 2008).

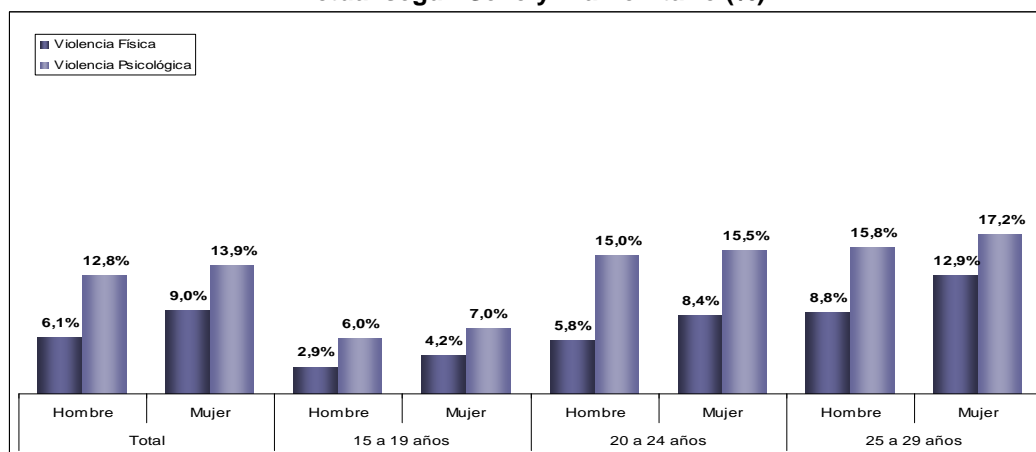
Los estereotipos de género configuran los escenarios de la violencia hacia las mujeres y sobre los varones no estereotipados o transgresores, al tiempo que reafirman socialmente el orden “natural” respecto de las conductas que son propias de cada sexo. Así, las formas de violencia relacional derivan de las relaciones de poder desiguales que se dan a nivel estructural y que determinan la socialización diferencial de género. Los modelos de ser mujer y de ser varón que devienen del orden de género tradicional configuran relaciones de poder simbólico que son interiorizadas en las identidades personales, lo que lleva a la adopción de posiciones de sujeto vulnerables; es decir, implican una disposición variable a la subordinación o a la dominación de acuerdo a la forma en que se enmarcan dentro de los modelos hegemónicos de género (Bourdieu, 2000; Bonilla, 2008). Esto cobra mayor relevancia en lo que atañe a las personas jóvenes, dadas las particularidades que conllevan los procesos de individuación y socialización durante este periodo del curso de vida,⁴⁸ puesto que es por medio de ellos que es incorporado el orden de género.

De este modo, el examen de las cifras respecto de violencia en la relación de pareja entre la población joven ha de tener presente el cruce de dos de los ejes de

⁴⁸ Durante esta etapa, el cuerpo, la identidad y el grupo adquieren centralidad.

diferenciación social en lo que concierne al ejercicio del poder: las relaciones de poder basadas en la diferencia edad-generación y en el género (Fritz, 2009).

GRÁFICO 49
Población Joven Chilena que Declara Presencia de Violencia en su Relación de Pareja Actual según Sexo y Tramo Etario (%)



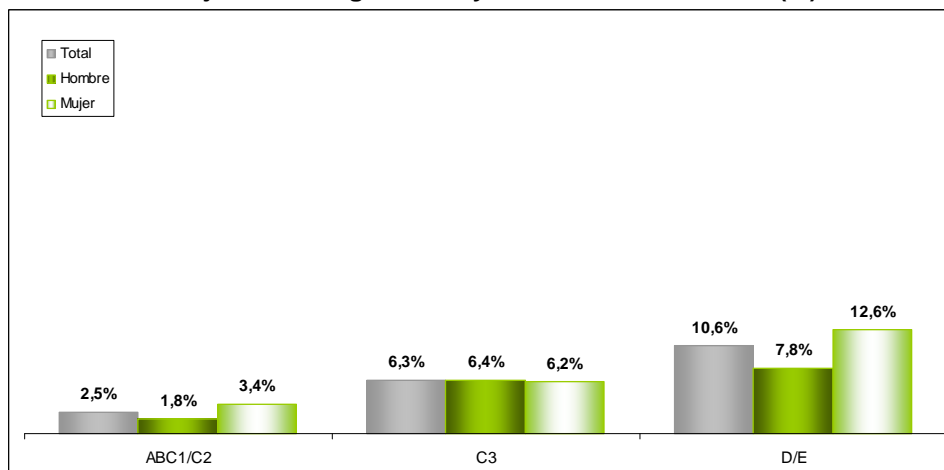
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En cuanto a la violencia física en la actual relación de pareja se advierte que no existen diferencias significativas en lo declarado por mujeres y hombres jóvenes.⁴⁹ En el caso de la presencia de violencia psicológica, ésta es señalada por una proporción levemente mayor en comparación con la presencia de violencia física y tampoco se aprecian diferencias entre mujeres y hombres jóvenes.

Tanto en lo que respecta a violencia física y psicológica, según tramo etario se constata que a mayor edad la proporción de mujeres y varones jóvenes que manifiestan que, al menos una vez, ha existido presencia de violencia física en su actual relación de pareja aumenta y, aunque leve, el porcentaje de mujeres jóvenes -en los tres tramos etarios- que indican esta situación siempre es más alto que el de hombres jóvenes. Además, la forma de violencia más referida es la psicológica, tanto en los varones como en las mujeres. Ciertamente, lo más significativo en estos datos es el aumento de las personas jóvenes que mencionan haber experimentado estas situaciones en su actual relación de pareja conforme se incrementa la edad.

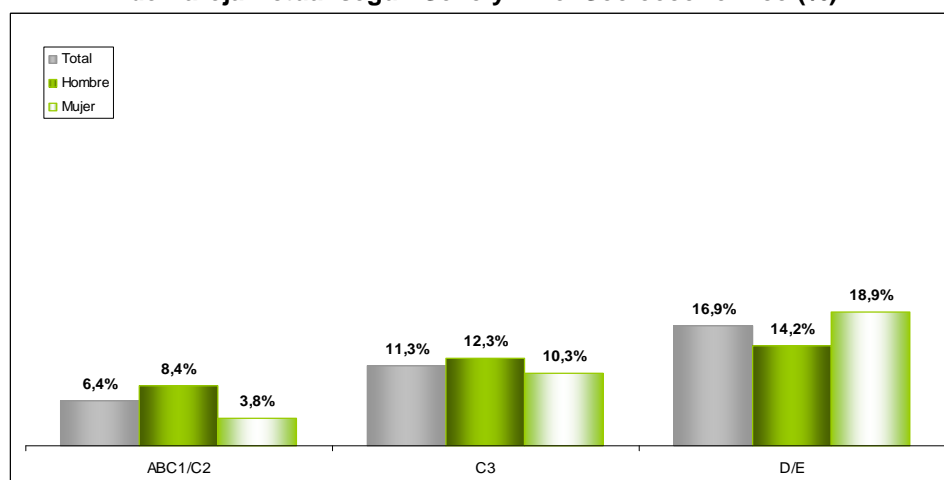
⁴⁹ Cabe mencionar que con esta pregunta no se identifica víctima ni victimario/a, sólo la presencia de violencia en la pareja.

GRÁFICO 50
Población Joven Chilena que Declara Presencia de Violencia Física en su Relación de Pareja Actual según Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 51
Población Joven Chilena que Declara Presencia de Violencia Psicológica en su Relación de Pareja Actual según Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En lo que respecta a las diferencias por nivel socioeconómico, para las dos formas de violencia consultadas aun cuando las diferencias porcentuales son leves se aprecia una tendencia al alza en los porcentajes a medida que disminuye el nivel socioeconómico. De igual forma, se constata que es en los estratos D/E donde las diferencias entre mujeres y varones son algo más pronunciadas, con porcentajes algo mayores entre ellas.

5.6 Representaciones y Modelos de Género

Este acápite aborda las representaciones y modelos de género presentes en la población juvenil chilena a partir de una serie de frases en torno a este tema consignadas en la Quinta Encuesta de Juventud (2006). Estas frases permiten acercarse a los mandatos culturales que atraviesan las relaciones de género en el segmento joven.⁵⁰ Cabe señalar que en la medida que los estereotipos de género se constituyen como ideales y referentes en la construcción de las identidades tienen una importancia capital, puesto que condicionan la subjetividad de los individuos y su relación con los otros a partir de las actitudes y expectativas que producen, al tiempo que sostienen sistemas de regulación social. Ellos determinan lo que es apropiado o no tanto al nivel del pensamiento, los afectos, las conductas de mujeres y varones, y en lo que respecta a los estereotipos de género tradicionales, califican lo que es aceptable y deseable en relación al ejercicio del control, del poder y la autoridad masculina (Bonilla, 2008). Estos estereotipos prefiguran posiciones de identidad, las que asociadas a categorías sociales, sitúan a los sujetos en un juego asimétrico de relaciones, en tanto los modelos de ser mujer y ser hombre implican la asignación de cualidades y características que ubican a uno y otro género en posiciones de subordinación y dominio, respectivamente. Estas posiciones, al inscribirse en un orden de género determinado, traen aparejadas percepciones y valoraciones del mundo que implican la naturalización de las relaciones de poder, las cuales se presentan como evidentes e incuestionables. Así, el modelo de género hegemónico conmina a los hombres a demostrar permanentemente su condición de sujeto autónomo, fuerte y no emotivo, así como su distanciamiento de lo no “masculino”, vale decir, de la feminidad y la homosexualidad; mientras que las mujeres, en tanto sujetos dependientes, sensibles y emotivos según lo dicta el mandato, han de hacer expresión de condiciones de

⁵⁰ Asimismo, el conocimiento de estos aspectos entrega antecedentes respecto de la percepción en torno a las desigualdades basadas en el género, por lo que también es una entrada al tema de la discriminación en esta área en la medida en que, tal como señala la CEDAW, ella corresponde a “toda distinción, exclusión o restricción basada en el sexo, que se presenta principalmente hacia el género femenino y se expresa en un acceso desigual a los recursos y oportunidades, en la violencia, la falta de servicios, la escasa representación de las mujeres en la política y los negocios, y en los desbalances de poder que caracterizan las relaciones institucionales e interpersonales entre hombres y mujeres”.

sumisión, de subordinación, de renuncia y de dependencia. Estos modelos de representación y diferenciación de género articulan y condicionan la actitud de las personas según su sexo, los roles, las responsabilidades que se les asignan y las relaciones entre ellas. No obstante, el ajuste a los mandatos de género no ocurre sin dificultades para los sujetos. Esto conlleva limitaciones y tensiones durante el proceso de socialización y en el desarrollo subjetivo.

Desde esta perspectiva, el periodo de la juventud se constituye en un ámbito crucial para el reforzamiento o la modificación de estos marcos de comportamiento y pensamiento; para la configuración de las formas de relacionamiento entre mujeres y varones; en cuanto a la reproducción de las desigualdades de género; y, en la manera en que se elaboran y significan los roles de acuerdo al género.

Aun cuando se ha constatado que el discurso relativo a la masculinidad y la feminidad ha cambiado a lo largo del tiempo, todavía parecen persistir los modelos en torno a la relación entre los sexos con una fuerte adscripción a los estereotipos de género tradicionales. Asimismo, se aprecia que en dichas representaciones ha habido una incorporación del discurso de la igualdad a nivel de lo “políticamente correcto”. De tal modo, se registra que las expresiones de sexismo⁵¹ se han hecho más sutiles y ambivalentes, lo que hace más difícil su reconocimiento: si bien se advierten representaciones de las mujeres como complementarias y necesarias para los hombres, ello no apunta a cuestionar las asimetrías entre los sexos o, por ejemplo, el mantenimiento de los roles (Margulis et al., 2003, Bonilla, 2008). Por tanto, al analizar un contexto específico no pueden darse por supuestas determinadas formas de subordinación o un determinado orden de género, ni los modelos de género y los contenidos específicos de la feminidad y la masculinidad. Para conocer los modelos de

⁵¹ Forma de dogmatismo e intolerancia producida por el sistema de género a nivel social que implica un imaginario androcéntrico y heterosexista. “El núcleo del sexismo está constituido por tres principios, según la concepción de Glick y Fiske (1996): el *paternalismo* -que implica una jerarquía y, como tal, supone una naturalización de la relación de dominio-inferiorización-, la *diferenciación entre los sexos* -con una división y separación de esferas que neutraliza la competencia o rivalidad-, y la *dependencia complementaria y no recíproca de la heterosexualidad* -que otorga a las mujeres un ambiguo poder diádico, poder sexual, que está sujeto a las necesidades masculinas y que impone un único modelo concebible de sexualidad-” (Bonilla, 2008: 26).

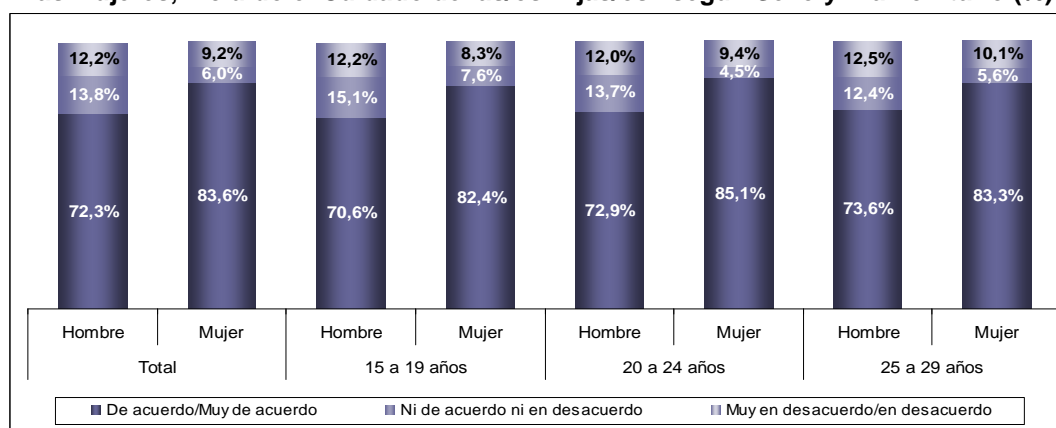
género presentes es necesario reflexionar y revisar valoraciones, atribuciones y prácticas no cuestionadas o dadas por sobrentendidas.

Hasta aquí este diagnóstico se había orientado a subrayar, principalmente, las conductas y prácticas de varones y mujeres jóvenes. Por este motivo, en este apartado se examinan afirmaciones que apuntan a estereotipos de género, los cuales definen como masculino o femenino ciertos espacios y actividades, así como las valoraciones en torno a ellos. Las afirmaciones que se presentan a continuación refieren, principalmente, a aspectos relacionados con el espacio privado y a los roles que les corresponderían a cada género en circunstancia tales como: el modo en que se gestionan las labores domésticas dentro de una relación de convivencia o matrimonio; el cuidado de los/as hijos/as; la manutención económica del hogar; y, a quién le corresponde el cuidado de los/as hijos/as en caso de divorcio o separación.

Si bien existe una tendencia general que apunta a posiciones más bien equitativas entre hombres y mujeres en estos ámbitos, esto no se presenta de manera rotunda ni homogénea y puede apreciarse en los niveles de desacuerdo respecto de los roles tradicionales asignados socialmente a mujeres y varones, a saber: el hombre en su rol proveedor y cuya tarea principal es mantener a la familia; y, la mujer en su rol de cuidadora a cargo de los/as hijos/as. Estos grados de desacuerdo varían según el nivel socioeconómico y la edad. Lo relevante de este grupo de afirmaciones es que las mayores diferencias entre hombres y mujeres surgen en torno al cuidado/tuición de los/as hijos/as y el dinero, lo cual no es menor en tanto refiere a decisiones estratégicas en el marco de las relaciones de género en las parejas y que estarían vinculadas a beneficios, ventajas y costos, tanto materiales como emocionales (Kabeer, 1999). Esto refleja que la percepción y los estereotipos respecto de las relaciones de género se dan de forma heterogénea según el ámbito de incumbencia. Además, muestra que ciertos roles tienen implicancias diversas en las relaciones entre hombres y mujeres jóvenes, en lo que atañe al ejercicio de las influencias y el poder.

En cuanto al rol de proveedor y el tema del dinero, no cabe duda de que es un recurso de poder y sigue siendo una manifestación de la identidad masculina.⁵²

GRÁFICO 52
Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase "En el Matrimonio o Relación de Convivencia, los Hombres Debieran Compartir las Labores Domésticas con las Mujeres, Incluido el Cuidado de las/os Hijas/os" según Sexo y Tramo Etario (%)

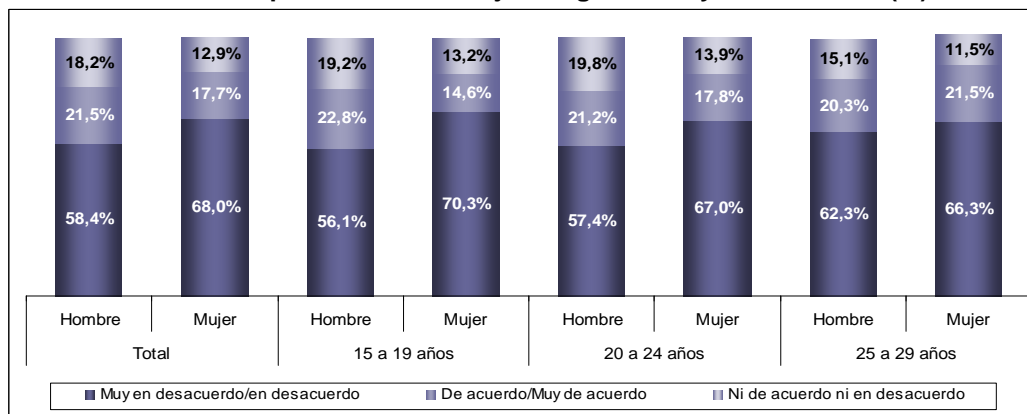


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

La mayoría de la población juvenil está de acuerdo con el hecho de que dentro de una relación de convivencia o en el matrimonio, las tareas domésticas deben ser compartidas. Sin embargo al desagregar los datos por sexo y tramo etario se aprecia que si bien en todos los tramos etarios las proporciones de mujeres y varones jóvenes que están de acuerdo con esta afirmación es similar, siempre es mayor el porcentaje de mujeres que de hombres jóvenes. Asimismo, por nivel socioeconómico no se registran diferencias significativas entre mujeres y varones jóvenes (Ver Anexo 2: Gráfico 35).

⁵² "...una de las razones por las cuales los adolescentes de las clases populares quieren dejar la escuela y entrar a trabajar desde muy jóvenes, es el deseo de alcanzar cuanto antes el estatus de adulto y las posibilidades económicas que éste entraña: tener dinero es muy importante para darse seguridad ante los amigos, ante las chicas... para ser reconocido y reconocerse como 'hombre'" (Bourdieu, 1999).

GRÁFICO 53
Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase “Cuidar a las/os Hijas/os es Tarea Principalmente de la Mujer” según Sexo y Tramo Etario (%)

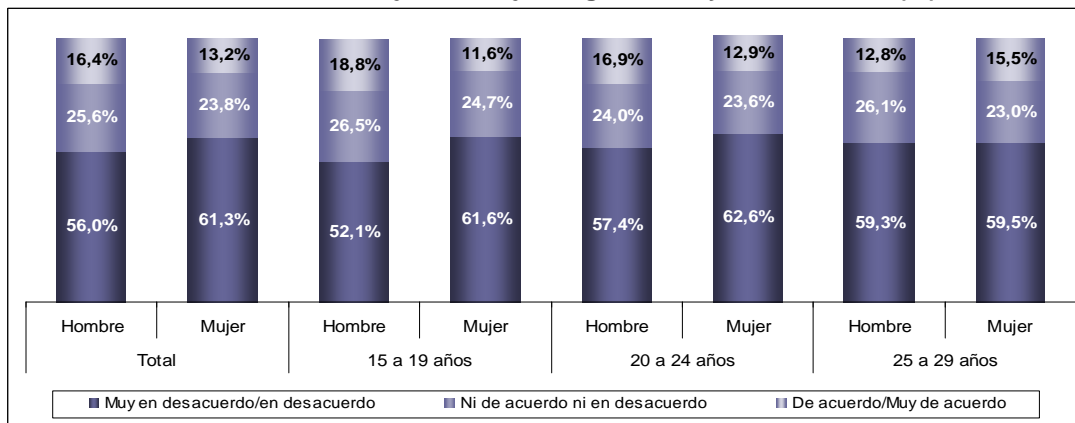


Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En lo que respecta a la asignación del rol del cuidado de los/as hijos/as principalmente a las mujeres y el grado de acuerdo o en desacuerdo que manifiestan los hombres y mujeres jóvenes con esta afirmación, se aprecia que en general la población juvenil está en desacuerdo con esta afirmación. Cuando se observan las diferencias entre hombres y mujeres jóvenes a este respecto se constata que la proporción de mujeres jóvenes que está en desacuerdo con esta afirmación es algo mayor que la de varones jóvenes y que esta diferencia es más pronunciada en el tramo de 15 a 19 años; mientras que conforme se avanza en edad esta diferencia va disminuyendo. Lo anterior podría estar dando cuenta de la importancia del rol de padre que los hombres jóvenes de mayor edad van adquiriendo. Estos datos muestran que la mayor parte de hombres y mujeres jóvenes participan de la idea de que el cuidado de los hijos/as es una tarea compartida entre hombres y mujeres.

Por otra parte, a medida que disminuye el nivel socioeconómico la tendencia se hace más conservadora (Ver Anexo 2: Gráfico 36). Asimismo, esto también se observa según tramo etario, aunque se mantiene el hecho de que el porcentaje de mujeres jóvenes que están en desacuerdo con esta afirmación es siempre más elevado que el de varones jóvenes. Entre las personas de 25 a 29 años de los estratos ABC1/C2 es donde se registran los porcentajes de desacuerdo más altos y es en el que se aprecian las mayores diferencias entre mujeres y varones (Ver Anexo 2: Gráfico 37).

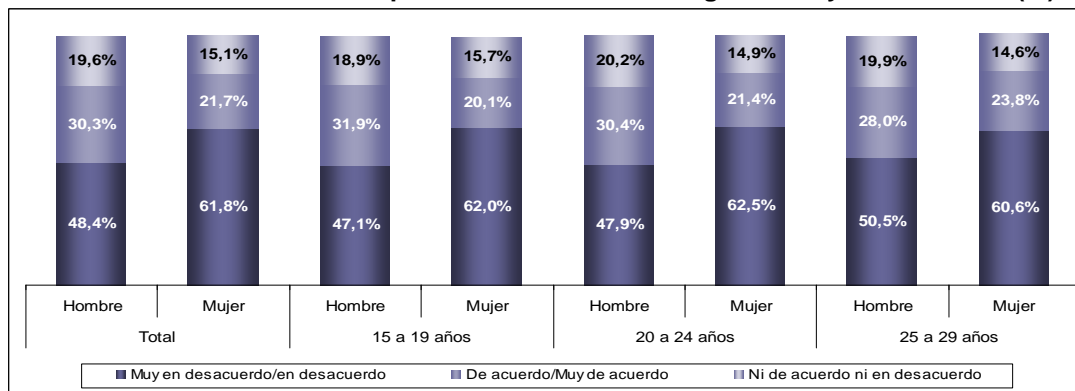
GRÁFICO 54
Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase “En una Relación de Convivencia o Situación Conyugal no es Deseable que el Hombre Tenga un Sueldo Inferior al de su Mujer o Pareja” según Sexo y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En cuanto al grado de acuerdo con la frase “En una relación de convivencia o situación conyugal no es deseable que el hombre tenga un sueldo inferior al de su mujeres o pareja” se constata que existiría entre las personas jóvenes un discurso que cuestiona los estereotipos tradicionales en este aspecto. Asimismo, a medida que se avanza en edad las diferencias entre hombres y mujeres jóvenes desaparece. Al desagregar estos datos por nivel socioeconómico en el tramo de menor y mayor edad se advierte que la proporción de personas que está en desacuerdo disminuye conforme lo hace el nivel socioeconómico (Ver Anexo 2: Gráfico 38).

GRÁFICO 55
Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase “Mantener Económicamente a la Familia es Tarea Principalmente del Hombre” según Sexo y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

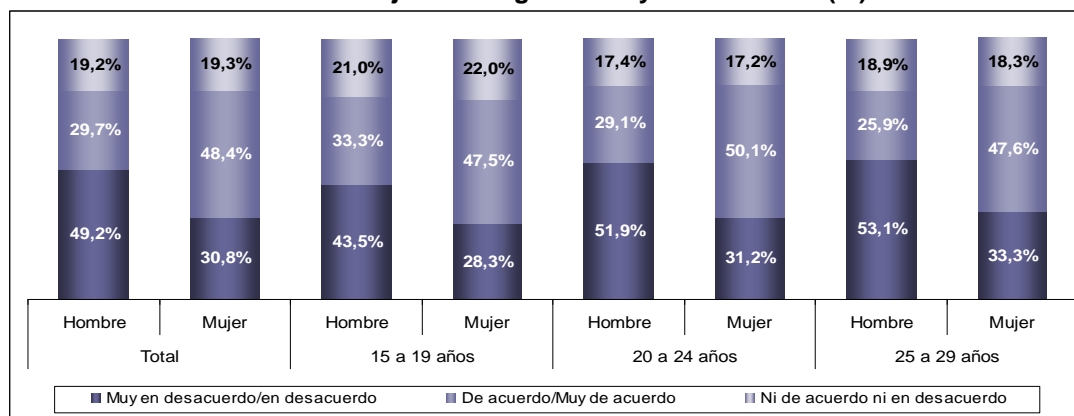
Con relación a quién le corresponde asumir la manutención económica de la familia se aprecia que el grado de desacuerdo con esta afirmación está en torno al 50%. Sin embargo, al desagregar estos resultados por sexo se registra una diferencia significativa entre la opinión de mujeres y varones jóvenes, en donde las primeras muestran porcentajes mayores respecto de los segundos. También se advierte que entre los hombres de los tres tramos etarios los porcentajes de quienes no están ni de acuerdo ni en desacuerdo rondan el 30%, lo que hace suponer que en este sentido los varones no están muy claros o bien no desean manifestarse en relación a este punto. Esto podría estar indicando lo que se mencionó en párrafos anteriores en cuanto a que este ámbito parece ser más problemático para los varones en la medida en que atañe a decisiones estratégicas dentro de la unidad doméstica, así como también, debido a que está asociado al rol de proveedor. Se observa que en los tres tramos etarios, las tendencias mencionadas se comportan de forma similar. Asimismo, son más hombres que mujeres jóvenes que señalan estar de acuerdo o muy de acuerdo con esta frase.

Aun cuando parece existir conciencia de que la manutención económica de la familia no es propia solamente de los hombres, es claro que esta tendencia es mucho más acentuada en las mujeres que en los hombres. La modificación de estos mandatos culturales si bien pasa por el empoderamiento de las mujeres, cosa que podría visualizarse a partir de los porcentajes de sus respuestas, también pasa porque sean

los hombres quienes modifiquen sus estereotipos respecto a este punto. En la medida que esto no sucede, las negociaciones a las que varones y mujeres tienen que hacer frente al momento de establecer una familia se hacen más difíciles para ellas.

Al introducir la variable socioeconómica, las diferencias en las respuestas de desacuerdo con esta afirmación de hombres y mujeres se acrecientan y tanto entre las mujeres y los varones jóvenes se constata que las proporciones de desacuerdo disminuyen a la par con el nivel de ingresos. Sin embargo, se advierte que entre las personas de 15 a 19 años de los segmentos ABC1/C2 los hombres presentan un porcentaje levemente mayor que las mujeres. Lo que es significativo en estos estratos es que a medida que se avanza en edad esta proporción decrece levemente, mientras que en el caso de las mujeres de estos mismos niveles de ingreso hay un cambio significativo en la opinión de quienes tienen entre 25 a 29 años, en donde el nivel de desacuerdo aumenta considerablemente, lo mismo que la diferencia con los varones. Por su parte, entre las mujeres de los grupos D/E se observa una tendencia inversa a las de las de los estratos altos (Ver Anexo 2: Gráfico 39).

GRÁFICO 56
Población Joven Chilena por Grado de Acuerdo con la Frase “En una Situación de Separación o de Divorcio, es la Mujer la que Preferentemente por Ley Debiera Quedarse con las/os Hijas/os” según Sexo y Tramo Etario (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

En lo que concierne a la tuición de los/as hijas/as en caso de divorcio o separación, los grados de desacuerdo con esta afirmación son bastante menores en relación a las anteriores y está en torno al 40%. Asimismo, se registran importantes diferencias entre

mujeres y varones jóvenes en todos los tramos etarios. Un aspecto interesante es que entre las mujeres, en todos los grupos de edad, se advierten porcentajes en torno al 50% que no está ni de acuerdo ni en desacuerdo, mientras que entre los varones jóvenes las proporciones de desacuerdo aumentan conforme se avanza en edad. Estas opiniones podrían estar mostrando un cambio respecto de cómo se concibe la parentalidad, sobre todo si se compara con la frase que refiere al cuidado de los/as hijos, lo que confirma que la tuición de los/as hijos/as constituye una decisión estratégica en lo que atañe a las relaciones de género y a los roles de mujeres y varones.

Cuando se examinan las diferencias por nivel socioeconómico y tramo etario, se aprecia que si bien en todos los niveles socioeconómicos es mayor la proporción de varones jóvenes que están en desacuerdo con esta afirmación, entre los hombres de 15 a 19 años estas cifras disminuyen a medida que baja el nivel de ingresos, mientras que entre las mujeres de las mismas edades estos valores se mantienen más bien constantes. En cambio, tanto entre las personas de 20 a 24 años como en las de 25 a 29 años si bien son los varones ABC1/C2 quienes presentan los mayores valores, entre los hombres de los estratos D/E también existen proporciones en torno al 55% de desacuerdo. En tanto, entre las mujeres de esas mismas edades lo que se advierte es que el grado de desacuerdo decrece a medida que disminuye el nivel de ingresos (Ver Anexo 2: Gráfico 40). Es posible hipotetizar que la tuición de los/as hijos/as no sólo traería asociado el hecho del cuidado de los/as mismos/as, sino que constituiría una posición para poder ejercer el control y el poder en otros ámbitos, principalmente, en lo que refiere a cuestiones económicas.

CAPÍTULO VI CONCLUSIONES

A partir de los datos relativos a educación, empleabilidad y autonomía económica para la población juvenil chilena, al igual como observan Oliveira y Mora Salas (2009) para el caso de la juventud mexicana, es posible distinguir que los itinerarios de transición a la adultez de aquélla están orientados por un nítido modelo de género. En el caso de los hombres, se aprecia claramente su integración de manera consistente y progresiva al mercado laboral; en lo que a las mujeres respecta, derivado de su menor incorporación al mundo del trabajo y del paulatino aumento entre ellas de la dependencia económica de sus parejas a medida que avanzan en edad -entre otros indicios-, es posible hipotetizar que aquéllas asumen mayores responsabilidades en el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado a medida que avanzan en edad, sobre todo, en los estratos de menores ingresos.

Esta diferenciación tiene dimensiones de género que son relevantes de investigar en la medida que reproduce una división tradicional del trabajo por sexo: hombre proveedor, mujer dueña de casa. Además, se observa que el tema del cuidado infantil para las madres adolescentes es central, ya que dejan de estudiar por motivos ligados al rol materno. En este punto es importante profundizar en las dimensiones socioculturales que fundamentan o contribuyen a la deserción escolar y/o a la no continuación de estudios superiores de mujeres y varones, y que dan cuenta de las tensiones existentes para varones entre estudiar y trabajar y las presentes para las mujeres entre estudiar y dedicarse al cuidado de los hijos/as. Evidentemente, el nivel socioeconómico va modificando las razones por las cuales mujeres y varones jóvenes desertan de la educación formal o no continúan estudiando, sin embargo, la distribución de dichas razones entre unas y otros no son explicables únicamente por esta variable. La dimensión de género se expresa de manera patente en la distribución de estas respuestas. De igual forma, al examinar el modo en que dichas respuestas se reparten en los distintos estratos da cuenta del carácter transversal del género, el que

al cruzarse con otras formas de diferenciación social, en este caso la socioeconómica, haría pensar que estaría modelando diferentes formas de relaciones entre hombres y mujeres jóvenes, otorgándoles distintos matices a los significados asociados a lo femenino y lo masculino, más o menos cercanos al orden de género tradicional.

Asimismo, estas diferencias representan inequidades en el ámbito de la educación, el acceso a empleo y autonomía económica que van en desmedro de las mujeres jóvenes, las que se acrecientan a medida que se aumenta en edad y se disminuye en nivel socioeconómico. Además, se constata que para la empleabilidad resulta relevante el aspecto educativo, en tanto, parecería ser que las diferencias entre hombres y mujeres -en cuanto a las condiciones de acceso a credenciales educativas que habiliten para el trabajo- están influyendo en las inequidades que se observan en la situación laboral y de autonomía de ingresos de las mujeres jóvenes. Con condiciones de acceso a credenciales educativas se está aludiendo a las necesidades diferenciadas que varones y mujeres tienen para continuar sus estudios y que, de acuerdo a los datos aquí presentados, en el caso de las mujeres una de las variables relevantes es resolver el tema del cuidado infantil.

En lo que respecta a la temática de sexualidad en la población joven chilena, la Quinta Encuesta Nacional de Juventud muestra que existe una urgente necesidad de afrontar la problemática de la educación sexual en edades más tempranas, lo que hace eco de las prácticas que estas generaciones están teniendo en este ámbito. En este sentido, se hace menester el abordaje de la prevención de ETS y VIH/SIDA, sobre todo, en las mujeres en cuanto a entregarles herramientas para que sean capaces, en primer lugar, de tomar conciencia del riesgo y, en segundo lugar, para que puedan gestionar dicho riesgo y tengan instrumentos para negociar con sus parejas en esta materia. De igual forma, es pertinente, desde la institucionalidad de juventud, visibilizar y atender al hecho de que una parte importante de su población objetivo es padre y/o madre, a fin de entregar elementos para cubrir sus necesidades específicas y considerar las particularidades que las familias jóvenes presentan.

En cuanto al acceso y uso de TIC, así como también, en lo que respecta a las actividades de tiempo libre se hace necesario ahondar respecto del papel que cumplen las responsabilidades domésticas y de cuidado en las diferencias advertidas entre varones y mujeres, puesto que si se atiende a lo señalado por Oliveira y Mora Salas (2009) es posible que el hecho de que la adquisición de mayores responsabilidades en la unidad doméstica por parte de las mujeres jóvenes a medida que avanzan en edad, en contraste con lo que podría suceder con los varones jóvenes, sea un elemento interviniente en aquello.

Por otra parte, en cuanto al uso de TIC también se podría pensar, lo cual tendría que ser investigado, que quizás existiría una masculinización en los contenidos, formatos y símbolos de los contenidos presentes en la red –lo que sumado a la traba lingüística que representa la hegemonía del inglés- que podría estar limitando dicho uso, sobre todo, en lo que respecta a las mujeres jóvenes de menores ingresos (Bonder, 2008). Ciertamente, cabe considerar en este punto que el imaginario en torno a la tecnología está fuertemente asociado a habilidades tradicionalmente atribuidas a lo masculino –el interés por los artefactos, su funcionamiento y reparación-; y, que muchas de las imágenes asociadas a Internet parecen presentar un sesgo masculino como las vinculadas a aventura, conquista, riesgo, velocidad, entre otras.

En lo que atañe a las tendencias observadas respecto a los modelos de género, en general, muestran una disposición por parte de la población juvenil a cuestionar los roles tradicionales asignados a hombres y mujeres. Sin embargo, a medida que se indaga en cada uno de los tramos etarios y niveles socioeconómicos se descubre que esta tendencia es más propia de los estratos socioeconómicos más altos y es más pronunciada en las mujeres que en los hombres. Esta distribución de los estereotipos de mujeres y hombres en determinados roles, en términos de las prácticas y particularmente en los aspectos observados en empleabilidad, tiene mayores congruencias en lo que refiere a los estratos socioeconómicos más altos. Sin embargo, aun cuando existen grupos específicos (las mujeres y los niveles socioeconómicos más altos) que presentan representaciones menos tradicionales, la distancia entre la representación de los roles de género y las prácticas observadas, es

notable. Áreas como el trabajo o la parentalidad siguen operando bajo modelos tradicionales de relaciones de género. En este sentido, surge la pregunta respecto de qué es lo que está limitando que estas representaciones tengan una mayor coincidencia con las prácticas a las que se las asocia. Por ello, un aspecto importante a abordar en términos de juventud y enfoque de género es trabajar en torno a las representaciones sociales de género que circulan entre ciertos grupos específicos de la juventud a fin de romper con las discriminaciones e inequidades que las mujeres jóvenes están viviendo en los ámbitos del empleo, la educación, la autonomía económica, la participación y la sexualidad.

En este punto es relevante mencionar que a través de este diagnóstico se ha detectado que el instrumento de recolección de información utilizado por las Encuestas Nacionales de Juventud sólo permite analizar de manera indirecta las responsabilidades que las mujeres (y los varones) van adquiriendo en el proceso de transición a la adultez y los papeles que desempeñan en el proceso de producción y reproducción social (trabajo remunerado y trabajo doméstico y de cuidados no remunerado). Es decir, no era posible visibilizar de modo cabal cómo el componente de género tiene una fuerza estructurante en las formas diferenciadas en que hombres y mujeres transitan a la adultez. En este cuestionario no existe ninguna pregunta que haga referencia explícita a las responsabilidades sociales en las tareas domésticas y de cuidados no remunerado. Tal como indican Oliveira y Mora Salas (2009) la adquisición de mayores responsabilidades en el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado no se ha reconocido como uno de los eventos/transición a la adultez y ha sido completamente ignorado por el modelo normativo del tránsito a la vida adulta, lo que constituye un importante sesgo de género en este enfoque. Desde esta perspectiva, Oliveira y Mora Salas (2009) advierten que es menester avanzar hacia un desarrollo más multidimensional respecto de los denominados “eventos/transición”; ello, en el entendido de que tales eventos acontecen como resultado del encadenamiento de una serie de acontecimientos (trayectoria) que están tamizados por las interacciones de diferentes ejes de desigualdad (clase, género y etnicidad), dando lugar a modelos múltiples y contrastantes de transición. De tal suerte, la transición a la edad adulta no comprende necesariamente los mismos componentes

para todas las personas, no tiene la misma secuencia y no ocurre de acuerdo al mismo calendario. Lo anterior tiene mayor relevancia aún si se considera que las connotaciones de ser joven y adulto/a difieren de una sociedad a otra, en el tiempo y el espacio. En contraste, desde la perspectiva sociodemográfica clásica, todo aquello es frecuentemente obviado al poner mayor atención en el establecimiento del orden, secuencia, ocurrencia y probabilidad de dichos eventos.

Asimismo, desde la perspectiva del hecho juvenil las dificultades en cuanto al abordaje del ejercicio y consecución de nuevas responsabilidades sociales relacionadas con la producción y la reproducción social (trabajo remunerado y trabajo doméstico y de cuidados no remunerado), en tanto constituye una de las dimensiones centrales del proceso de desarrollo del sujeto (Oliveira y Mora Salas, 2009), también supone pensar a las personas jóvenes desde la indeterminación y la moratoria en la toma de roles.

En definitiva, , y si son correctas las constataciones hechas tanto por Oliveira y Mora Salas (2009) como por Oyarzún (2001), los resultados analizados permite señalar que: a) la tradicional división sexual del trabajo es persistente en la población joven chilena; b) en concordancia con lo anterior, se evidencia aún más el hecho de que la participación y la adquisición de mayores grados de responsabilidades en el “trabajo doméstico y de cuidado no remunerado” en el ámbito de la unidad doméstica constituye un evento/transición a la adultez; y, c) a partir de ello es posible distinguir - junto con los datos referidos a “trabajo remunerado”- la existencia de una(s) dinámica(s) que orienta la transición a la vida adulta al interior del seno doméstico y que, en el caso estudiado, parece propiciar la especialización en los roles tradicionales de género.

La incorporación del enfoque de género en el emprendimiento de políticas públicas dirigidas a la población joven chilena, implica en primer término introducir algunos marcos analíticos relevantes para la visualización e implementación de dicha tarea. Marcos analíticos que si bien consideran el enfoque de género como eje relevante, suponen una mirada de conjunto de lo que constituye la condición juvenil dentro de lo

que concierne a la noción de cursos de vida. De igual forma, y desde una perspectiva más abarcadora de lo que significan las políticas públicas, tanto para el abordaje de esta población específica como para otros segmentos de la población es clave reconocer el carácter múltiple y complejo de la desigualdad social, en donde no sólo intervienen los factores económicos y políticos sino que también son centrales los mecanismos sociales y simbólicos que la legitiman y la cuestionan. Los argumentos técnicos en torno a la desigualdad son una dimensión constitutiva de ella y no sólo su expresión simbólica. Las políticas públicas no sólo han de sustentarse en índices socio-económicos sino también en las representaciones, prácticas y experiencias sociales que están en la base de la producción de los sentidos comunes que sostienen consensos respecto de desigualdades sociales específicas. Así, si se entiende junto con Reygadas que la desigualdad corresponde a la “distribución asimétrica de las ventajas y desventajas en una sociedad, que es el resultado de las relaciones de poder mediadas culturalmente” (2008: 41), la multiplicidad y multidimensionalidad del fenómeno de la desigualdad social requiere comprender que existen diferentes mecanismos que intervienen en ello y que por esto precisa de un enfoque “procesual” que ponga atención al hecho de que la desigualdad no es la causa de uno o varios factores aislados sino, más bien, de una combinación de múltiples dimensiones.

BIBLIOGRAFÍA

1. ALPÍZAR, L. y M. BERNAL (2003). "La construcción social de las juventudes". En: *Revista Última Década* N°19. Viña del Mar, Chile: Ediciones CIDPA.
2. BANSARD, A. (1969). "Reflexión en torno a la elaboración de una política global para la juventud en Chile". Santiago, Chile: ODEPLAN.
3. BEYER, H. (1998). "¿Desempleo juvenil o un problema de deserción escolar?". En: *Estudios Públicos, Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, N°71. Santiago, Chile: CEP.
4. BONDER, G. (1999). "La construcción de las mujeres jóvenes en la investigación social". VI Anuario de Investigaciones. Buenos Aires, Argentina: Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
5. ----- (2008). "Juventud, género & TIC: imaginarios en la construcción de la sociedad de la información en América Latina". En: *Arbor, Revista de ciencia, pensamiento y cultura*, N°733. Madrid, España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, CSIC.
6. BONILLA, A. (2008). "La 'violencia de género' como problema social y como síntoma". En: Instituto de la Mujer, Ministerio de Igualdad. *Imaginario cultural, construcción de identidades de género y violencia: formación para la igualdad en la adolescencia*. Madrid, España: Instituto de la Mujer, Ministerio de Igualdad.
7. BOUDIEU, P. ([1978] 1990). "La «juventud» no es más que una palabra". En: Bourdieu, P. En: Bourdieu, P. *Sociología y cultura*. México, D.F.: Grijalbo.
8. ----- (2000). *La Dominación Masculina*. Barcelona: Anagrama.
9. ----- (2002). "La suave violencia. Homenaje a Pierre Bourdieu". En: *Página 12*. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/13-72.html>
10. BRASLAVSKY, C. (1986). *La juventud argentina: informe de situación*. Buenos Aires, Argentina: CEAL.

11. BRITO, R. (1996). "Brito, R. (1996). "Hacia una sociología de la juventud: algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud". En: *Revista de estudios sobre juventud, Jóvenes*, Cuarta Época, Año 1, N°1. México, D.F.: Instituto Mexicano de la Juventud.
12. CASAL, J. (1996). "Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del Siglo XXI: Aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración". En: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (REIS)*, N° 75. Madrid, España: Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS.
13. -----; MASJOAN, J.; PLANAS, J. (1988). "Elementos para un análisis sociológico de la transición a la vida adulta". En: *Política y Sociedad, Revista de Ciencias Políticas y Sociología*, Vol. 1. Madrid, España: Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid.
14. ----- et al (2006). "Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición". En: *Papers, Revista de Sociología*, N° 79. Barcelona, España: Departamento de Sociología, Universidad Autónoma de Barcelona.
15. CASTELLS, M. (2005). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. I: La sociedad en red*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
16. CASTORIADIS, C. ([1975] 2003). *La institución imaginaria de la sociedad I y II*. Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores.
17. CEPAL (2003). "Deserción escolar, un obstáculo para el logro de los Objetivos del Desarrollo del Milenio". En: *Panorama Social de América Latina 2001-2002*. Santiago, Chile: CEPAL.
18. CICCIA, R. y GUZMÁN-CONCHA, C. (2009). "Empleo y actividad económica en jóvenes: Tendencias actuales en las economías avanzadas de Europa occidental". En: *Revista Observatorio de Juventud*, N°21, año 6. Santiago, Chile: INJUV.
19. CLEARY, E. (2000). *Juventud, pobreza y género. Algunas reflexiones en relación a la política social en Chile*. Santiago, Chile: Proyecto Interjoven.
20. CONNELL, R. W. (2003). "Adolescencia en la construcción de masculinidades contemporáneas". En: Olavarría, J. (editor). *Varones adolescentes: género*,

identidades y sexualidades en América Latina. Santiago, Chile: FLACSO-Chile/FNUAP.

21. DÁVILA, O. (2004). "Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes". En: *Revista Última Década* N°25. Viña del Mar, Chile: Ediciones CIDPA.
22. DE BARBIERI, T. (1992). "Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica". En: *Fin de siglo. Género y cambio civilizatorio*. Ediciones de las Mujeres N°17. Santiago, Chile: Isis Internacional.
23. DÍAZ-AGUADO, M. J. (2003). "Adolescencia, sexismo y violencia de género". En: *Papeles del Psicólogo*, Vol. 23, N°84. Madrid, España: Consejo General de Colegios Oficiales de Psicólogos. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/778/77808404.pdf>
24. DONOSO A. y FRITZ. H. (2008). "Juventud/es, género y desigualdades". En: *Revista Observatorio de Juventud*, año 5, N° 20. Santiago, Chile: Instituto Nacional de Juventud (INJUV).
25. ELIZALDE, S. (2006). "El androcentrismo en los estudios de juventud: efectos ideológicos y aperturas posibles". En: *Revista Última Década* N°25. Viña del Mar, Chile: Ediciones CIDPA.
26. FEIXA, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus: Antropología de la juventud*. Barcelona, España: Ariel.
27. FRASER, N. (1998). *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores, Universidad de los Andes.
28. FRITZ, H. (2009). "Violencia de género y juventudes". En: *Revista Observatorio de Juventud*, Año 6, N°23. Santiago, Chile: INJUV.
29. GAJARDO, M. y MILOS, P. (2000). "Capacitación de jóvenes en situación de pobreza y riesgo de exclusión: el caso de Chile". En: Gallart, M. A. (Coord.). *Formación, pobreza y exclusión*. Montevideo, Uruguay: Cinterfor/OIT.
30. GIDDENS, A. (2002). *La transformación de la intimidad*. Madrid, España: Editorial Cátedra.

31. GOICOVIC, I. (2002). "Educación, Deserción Escolar e Integración Laboral Juvenil". En: *Revista Última Década*, N°16. Viña del Mar, Chile: CIPDA.

32. GONZÁLEZ, E. (1996). "Alternativas de Ocio". Documento de Trabajo INJ. Santiago, Chile: INJ – Instituto Nacional de la Juventud.

33. GUAJARDO, G. y PARRINI, R. (2003). "Tabú y profilaxis. La investigación social sobre las infecciones de transmisión sexual entre adolescentes varones en el Chile de los '90". En: Olavarría, J. (editor). *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago, Chile: FLACSO-Chile/FNUAP.

34. GUERRERO, E. (2005). "Transversalización de la perspectiva de género en Chile: en la búsqueda de la equidad". Ponencia presentada en el X Congreso del Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo (CLAD). Santiago, Chile.

35. GUZMÁN, V. (2001). "La institucionalidad de género en el Estado: nuevas perspectivas de análisis". En: *Serie Mujer y Desarrollo*, N° 32 (LC/L. 1962-P). Santiago, Chile: CEPAL.

36. HASSOUN, J. ([1994] 1996). *Los Contrabandistas de la memoria*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones de la flor.

37. INJUV (2006). *Quinta Encuesta Nacional de Juventud*. Santiago, Chile: INJUV.

38. JACINTO, C. (2000). "Comentarios al estudio de Chile". En: Gallart, M. A. (Coord.). *Formación, pobreza y exclusión*. Montevideo, Uruguay: Cinterfor/OIT.

39. ----- (2002). "Los jóvenes, la educación y el trabajo en América Latina. Nuevos temas, debates y dilemas". En: De Ibarrola, M. (coord.). *Desarrollo local y formación. Hacia una mirada integral de la formación de los jóvenes para el trabajo*. Montevideo, Uruguay: DIE-Cinvestav/Cinterfor-OIT/Universidad Iberoamericana León/ Red Latinoamericana de Educación y Trabajo.

40. ----- (2006). "Los protagonistas de la expansión de la educación secundaria". En: *Anales de la educación común*, Tercer siglo, año 2, N°5. Buenos Aires, Argentina: Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Dirección Provincial de Planeamiento.

41. JELIN, E. (1997). "Igualdad y diferencia: dilemas de la ciudadanía de las mujeres en América Latina". En: *Cuadernos de Estudios Políticos*. N°7. Buenos Aires, Argentina: Agora.
42. ----- (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
43. KABEER, N. (1999). "The Conditions and Consequences of Choice. Reflections on the Measurement of Women's Empowerment". Discussion Paper N°108. Geneva, Switzerland: UNRISD.
44. KORNBLIT, A. L. (2003). "Dimensiones de la sexualidad: prácticas y representaciones de los jóvenes varones en Argentina". En: Olavarría, J. (editor). *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago, Chile: FLACSO-Chile/FNUAP.
45. LAMAS, M. (2000). "La antropología feminista y la categoría 'género'". En: Lamas, M. (comp.). *El género: construcción cultural de la diferencia sexual*. México, D.F.: PUEG, UNAM.
46. LEGARRETA, M. (2006). "Sobre el trabajo y los trabajos (o las polisemias del trabajo). Reflexiones desde una perspectiva feminista". En: Laboratorio feminista. *Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista: Producción, reproducción, deseo, consumo*. Madrid, España: Tierradenadie ediciones.
47. MARGULIS, M. y URRESTI, M. (1996). "La juventud es más que una palabra". En: Margulis, M. (editor). *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.
48. ----- et al. (2003). *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.
49. MIDEPLAN (s/f). "Adolescentes y jóvenes que abandonan sus estudios antes de finalizar la enseñanza media: principales tendencias". División Social. Documento elaborado por: Fernanda Melis, Rodrigo Díaz y Amalia Palma. Santiago, Chile: MIDEPLAN.

50. MINEDUC (s/f). "Deserción escolar: diagnósticos y propuestas". Foro Nacional Educación de Calidad Para Todos. UNESCO-OREALC. Presentación Power Point de Teresa Marshall. Santiago, Chile: MINEDUC.

51. MUÑOZ IZQUIERDO, C. (2001). "Implicaciones de la escolaridad en la calidad del empleo". En: Pieck, E. (Coord.). *Los jóvenes y el trabajo: la educación frente a la exclusión social*. México, D. F.: UIA/IML/UNICEF/Cinterfor-OIT, RET y CONALEP.

52. MUÑOZ, C. (2008). "Políticas públicas para la equidad de género: la experiencia chilena". Ponencia presentada en el XIII Congreso del Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo (CLAD). Buenos Aires, Argentina.

53. NACIONES UNIDAS, División de Estadísticas (2006). *Guía para la elaboración de estadísticas sobre el empleo del tiempo*. New York, U.S.A.: Naciones Unidas.

54. NAVARRO, J. (2005). "Las encuestas de jóvenes en Iberoamérica. Un recuento de experiencias recientes". En: *JOVENes Revista de Estudios sobre Juventud*, año 9, Nº 23. México, D.F.: Instituto Mexicano de la Juventud.

55. ODEPLAN (1971). "Plan sexenal de participación de la Juventud en el desarrollo chileno". Santiago, Chile: ODEPLAN.

56. ONU, CEDAW (1979) *Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer*
<http://www.un.org/womenwatch/daw/cedaw/cedaw.htm>

57. OLAVARRÍA, J.; DONOSO, A. y VALDÉS, T. (2006). "Estudio de la situación de maternidad y paternidad en el sistema educativo chileno". Santiago, Chile: FLACSO/MINEDUC.

58. ----- et al. (2007a). "Cobertura para madres adolescentes y mujeres y hombres menores de 20 años del sistema educacional chileno". Santiago, Chile: MINEDUC/CEDEM.

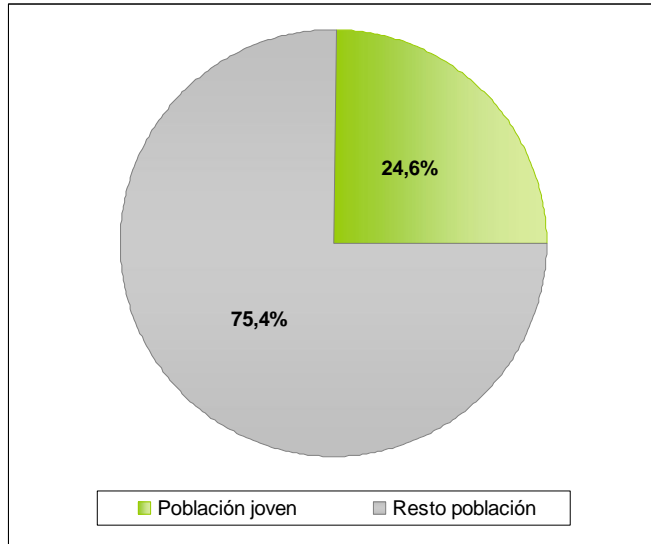
59. ----- et al. (2007b). "Estudio de la situación de maternidad y paternidad en el sistema educativo chileno". Santiago, Chile: MINEDUC/CEDEM.

60. ----- et al. (2008). "Madres y padres matriculados en el sistema escolar chileno: factores asociados al rendimiento, retención y deserción". Proyecto FONIDE N° 294, año 2006. Santiago, Chile: MINEDUC/CEDEM/UNAP.
61. OLIVEIRA, de O. y MORA SALAS, M. (2008). "Desigualdades sociales y transición a la adultez en el México contemporáneo". En: Papeles de Población, N° 57, julio-septiembre. Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México.
62. ----- (2009). "Responsabilidades familiares y autonomía personal: elementos centrales del proceso de transición a la vida adulta". En: Revista Estudios Sociológicos 81, vol. XXXVII, N° 3 septiembre-diciembre. México, D.F: COLMEX.
63. OYARZÚN, A. (2001). "Políticas públicas y mujer joven: entre la madre y la hija". En: *Revista Última Década*, N° 14. Viña del Mar, Chile: Ediciones CIDPA.
64. PALMA, J. (2009). "Familias Adolescentes y Jóvenes en Chile: Cambios, Asincronías e Impactos en sus Formas de Integración Social". Estudio de Caso N°108, realizado por la autora para obtener el grado de Magíster en Gestión y Políticas Públicas de la Universidad de Chile. Santiago, Chile.
65. PALMA, I. (2003). "Paternidades entre los jóvenes: la 'evasión' como respuesta en crisis y la paternidad en soltería como respuesta emergente". En: Olavarría, J. (editor). *Varones adolescentes: género, identidades y sexualidades en América Latina*. Santiago, Chile: FLACSO-Chile/FNUAP.
66. PIECK, E. (Coord.) (2001). *Los jóvenes y el trabajo: la educación frente a la exclusión social*. México, D. F.: UIA/IML/UNICEF/Cinterfor-OIT, RET y CONALEP.
67. RAMÍREZ, J. (2001). "Estrategias para generar una transición formativa escuela-trabajo en los jóvenes pobres urbanos. El papel de los actores sociales involucrados". En: Pieck, E. (Coord.). *Los jóvenes y el trabajo: la educación frente a la exclusión social*. México, D. F.: UIA/IML/UNICEF/Cinterfor-OIT, RET y CONALEP.
68. REGUILLO, R. (2000) *Emergencias de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Norma.

69. REYGADAS, L. (2008). La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad. Barcelona, España: Editorial Anthropos.
70. RODRÍGUEZ, E. (2008) “Políticas públicas de juventud en América Latina: experiencias adquiridas y desafíos a encarar”. En: *Pensamiento Iberoamericano. Inclusión y Ciudadanía: perspectivas de la juventud en Iberoamérica*, N° 3, segunda época. Madrid, España: Agencia de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), Fundación Carolina.
71. RUBIN, G. (2000). “El tráfico de mujeres. Notas sobre una Economía Política del sexo”. En: Lamas, M. (comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México, D.F.: PUEG, UNAM.
72. SCOTT, J. (2000). “El género: una categoría útil para el análisis histórico”. En: Lamas, M. (comp.). *El género: construcción cultural de la diferencia sexual*. México, D.F.: PUEG, UNAM.
73. VALDÉS, T. y FERNÁNDEZ, M. (2006). “Género y política: un análisis pertinente”. En: *Revista Política*, Vol. 46. Santiago, Chile: Instituto de Asuntos Públicos, Universidad de Chile.

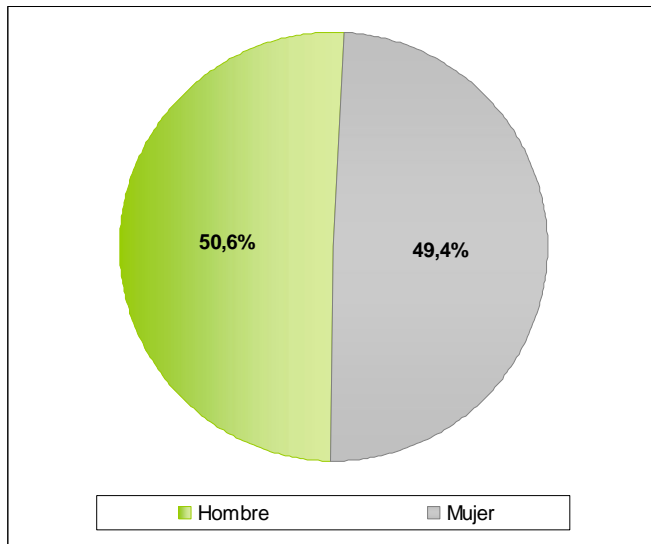
ANEXO 1

GRÁFICO 1
Distribución de la Población Joven Chilena en el Total de la Población del País (%)



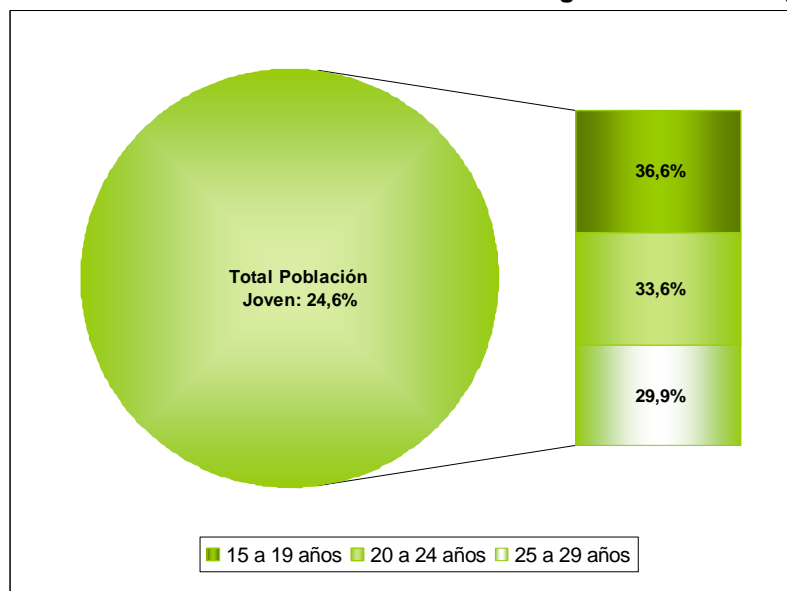
Fuente: CELADE, 2007.

GRÁFICO 2
Distribución de la Población Joven Chilena según Sexo (%)



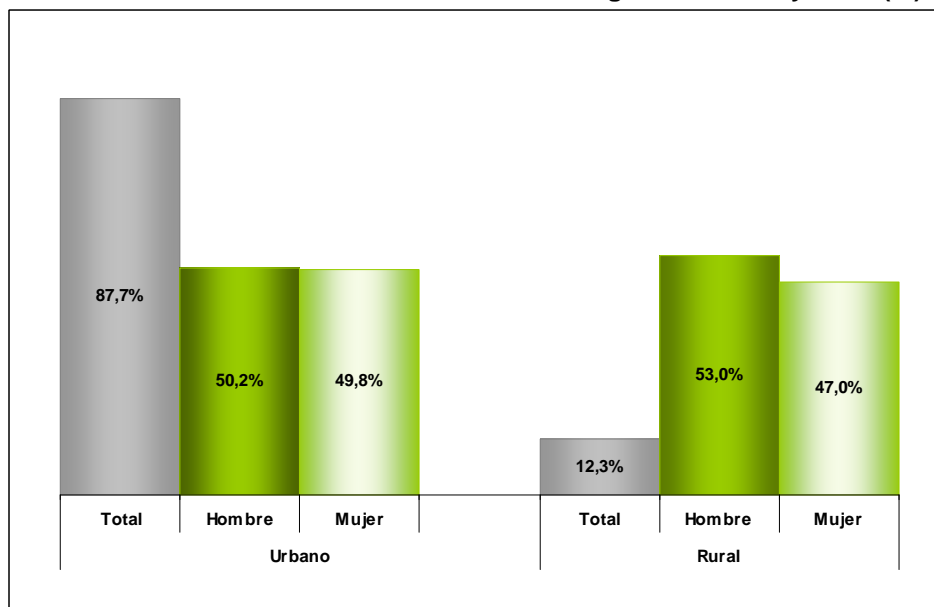
Fuente: Proyecciones de Población (INE, 2006); Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 3
Distribución de la Población Joven Chilena según Tramo Etario (%)



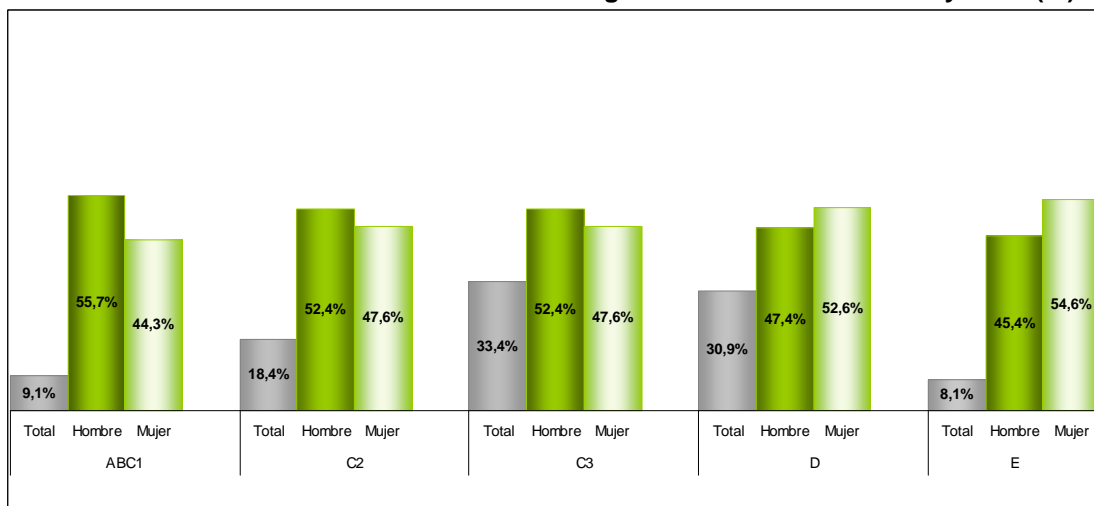
Fuente: Proyecciones de Población (INE, 2006); Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 4
Distribución de la Población Joven Chilena según Localidad y Sexo (%)



Fuente: Proyecciones de Población (INE, 2006); Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 5
Distribución de la Población Joven Chilena según Nivel Socioeconómico y Sexo (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 1
Población Joven Chilena que está Estudiando Actualmente según Tramo Etario y Sexo (%)

	Total	Sexo		Tramo Etario								
		Hombre	Mujer	15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años		
				Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Sí	47,3	49,1	45,5	78,3	78,6	78,0	39,9	41,5	38,1	17,7	21,2	14,2
No	52,6	50,8	54,4	21,4	21,2	21,7	60,0	58,4	61,7	82,3	78,8	85,8
No responde	0,1	0,1	0,1	0,3	0,2	0,3	0,1	0,1	0,1	0,0	0,0	0,0
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 2
Población Joven Chilena que está Estudiando Actualmente
según Nivel Socioeconómico y Sexo (%)

	Total	Nivel Socioeconómico														
		ABC1			C2			C3			D			E		
		Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Sí	47,3	66,0	66,8	64,9	59,6	60,8	58,3	45,6	47,2	43,7	40,2	41,1	39,4	32,6	34,4	31,1
No	52,6	34,0	33,2	35,1	40,3	38,9	41,7	54,3	52,6	56,2	59,6	58,9	60,2	67,4	65,6	68,9
No responde	0,1	0,0	0,0	0,0	0,2	0,3	0,0	0,1	0,1	0,0	0,2	0,0	0,4	0,0	0,0	0,0
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 3
Población Joven Chilena que está Estudiando Actualmente según Localidad y Sexo (%)

	Total	Localidad					
		Urbano			Rural		
		Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Sí	47,3	49,0	51,5	46,5	35,1	32,9	37,6
No	52,6	50,8	48,4	53,3	64,8	67,1	62,2
No responde	0,1	0,1	0,1	0,1	0,1	0,0	0,2
Total	100	100	100	100	100	100	100

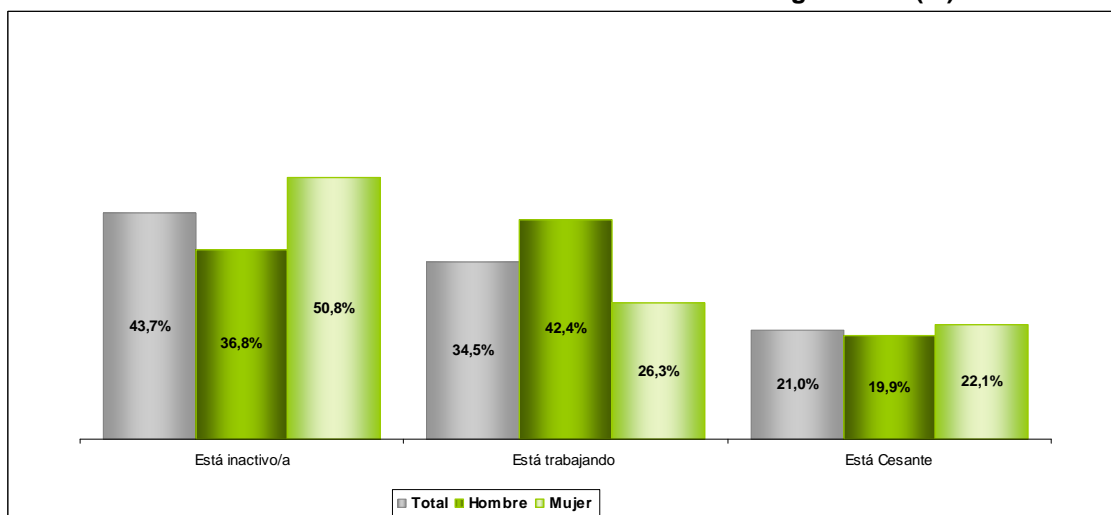
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 4
Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Sexo (%)

	Total	Sexo	
		Hombre	Mujer
Estoy trabajando	34,5	42,4	26,3
Nunca he trabajado y no estoy buscando	27,4	24,1	30,8
He trabajado, pero actualmente estoy sin trabajo y estoy buscando	16,6	16,9	16,4
He trabajado pero actualmente estoy sin trabajo y no estoy buscando	16,3	12,8	19,9
Estoy buscando trabajo por primera vez.	4,4	3,1	5,7
No responde	0,8	0,8	0,9
Total	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 6
Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Sexo (%)



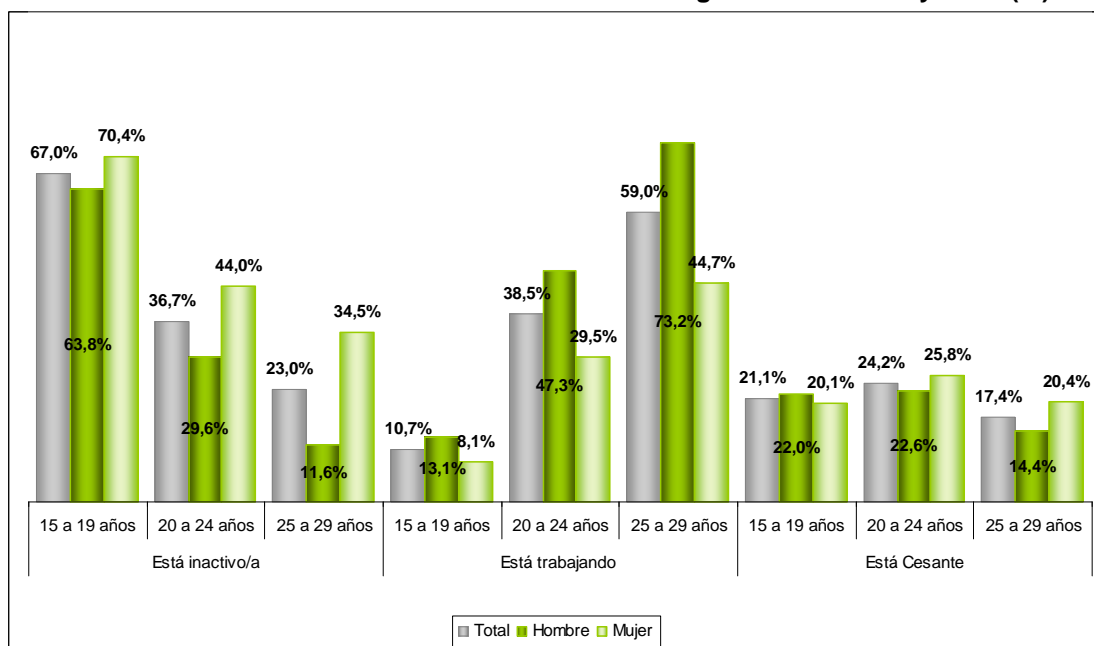
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 5
Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Tramo Etario y Sexo (%)

	Total	Tramo Etario								
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años		
		Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Estoy trabajando	34,5	10,7	13,1	8,1	38,5	47,3	29,5	59,0	73,2	44,7
Nunca he trabajado y no estoy buscando	27,4	53,0	48,4	57,8	18,1	16,0	20,1	6,5	3,1	10,0
He trabajado, pero actualmente estoy sin trabajo y estoy buscando	16,6	13,4	16,7	10,1	20,4	19,9	21,0	16,3	13,7	18,9
He trabajado pero actualmente estoy sin trabajo y no estoy buscando	16,3	14,0	15,4	12,5	18,7	13,6	23,9	16,5	8,5	24,5
Estoy buscando trabajo por primera vez.	4,4	7,6	5,3	10,0	3,7	2,7	4,8	1,1	0,7	1,5
No responde	0,8	1,2	1,1	1,4	0,6	0,5	0,7	0,6	0,8	0,4
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 7
Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Tramo Etario y Sexo (%)



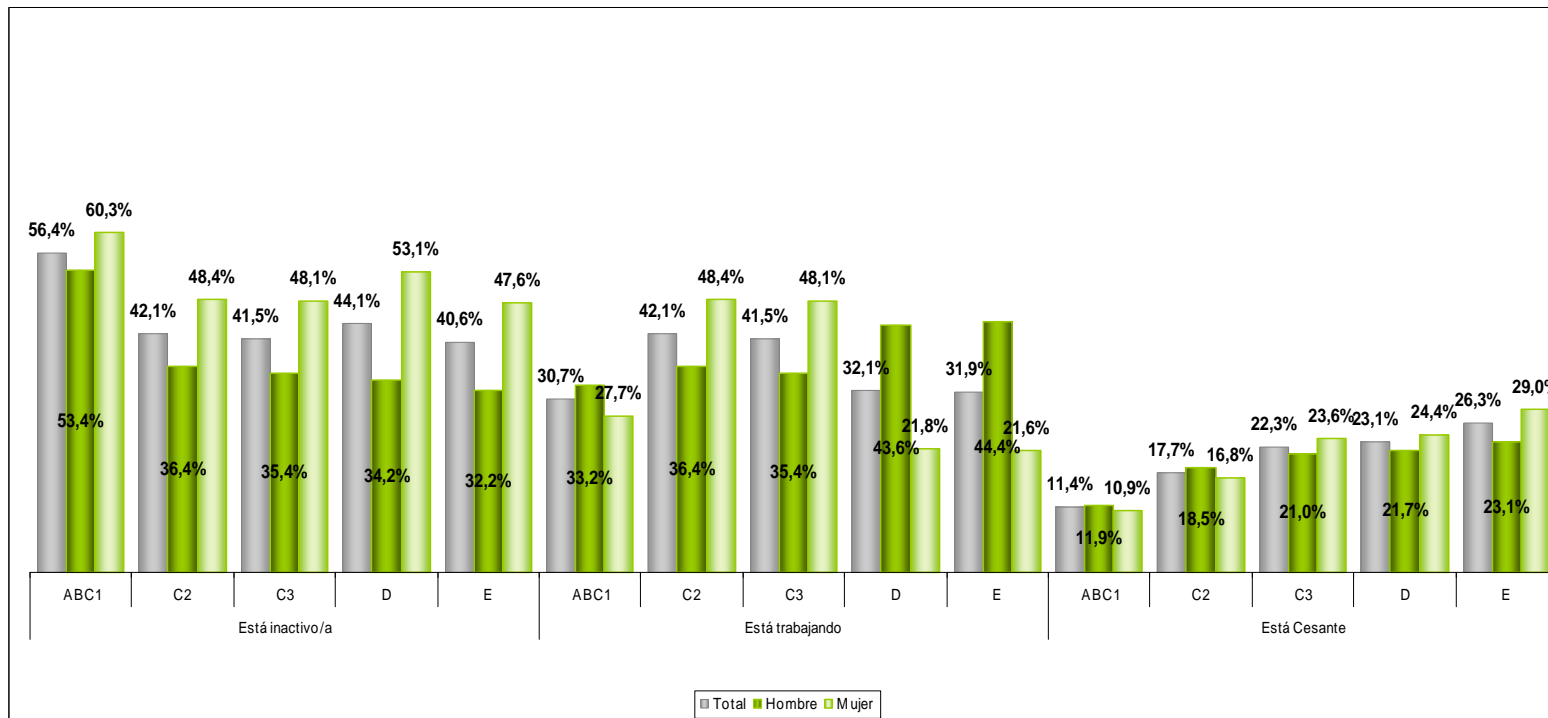
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 6
Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Nivel Socioeconómico y Sexo (%)

	Total	Nivel Socioeconómico														
		ABC1			C2			C3			D			E		
		Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Estoy trabajando	34,5	30,7	33,2	27,7	39,5	44,2	34,3	35,5	42,8	27,4	32,1	43,6	21,8	31,9	44,4	21,6
Nunca he trabajado y no estoy buscando	27,4	39,8	36,8	43,7	26,6	24,7	28,7	27,0	24,6	29,6	26,0	20,0	31,5	22,1	18,3	25,3
He trabajado, pero actualmente estoy sin trabajo y estoy buscando	16,6	6,5	7,8	4,8	14,3	14,7	13,8	17,8	18,1	17,4	18,2	18,5	17,9	22,7	22,3	23,0
He trabajado pero actualmente estoy sin trabajo y no estoy buscando	16,3	16,6	16,6	16,6	15,5	11,7	19,7	14,5	10,8	18,5	18,1	14,2	21,6	18,5	13,9	22,3
Estoy buscando trabajo por primera vez.	4,4	4,9	4,0	6,1	3,4	3,7	3,0	4,5	2,9	6,2	4,9	3,2	6,5	3,6	0,8	6,0
No responde	0,8	1,4	1,6	1,2	0,7	0,9	0,5	0,8	0,8	0,9	0,6	0,6	0,7	1,2	0,4	1,8
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 8
Situación Laboral de la Población Joven Chilena según Nivel Socioeconómico y Sexo (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 7
Fuentes de Ingresos de la Población Joven Chilena según Sexo (%)

	Total	Sexo	
		Hombre	Mujer
Aportes o ayuda de tus padres	48,7	48,2	49,2
Trabajo Regular	31,9	40,2	23,4
Trabajos Esporádicos	14,2	16,9	11,4
Aportes o ayuda de tu pareja	12,6	3,1	22,2
Aportes o ayuda de otros parientes	9,6	8,7	10,6
No tiene ingresos	5,3	4,9	5,7
Becas, ayudas de estudios	4,0	3,8	4,2
Otros subsidios o pensiones	2,2	1,4	3,1
Aportes o ayuda de no parientes	1,7	1,7	1,7
Rentas, inversiones	1,0	1,3	0,7
Subsidio de desempleo	0,2	0,1	0,2

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 8
Fuentes de Ingresos de la Población Joven Chilena según Nivel Socioeconómico y Sexo (%)

	Total	Nivel Socioeconómico														
		ABC1			C2			C3			D			E		
		Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Aportes o ayuda de tus padres	48,7	61,1	58,9	63,9	54,4	55,4	53,3	49,5	48,6	50,5	43,6	42,7	44,4	37,6	33,9	40,7
Trabajo Regular	31,9	30,1	34,6	24,4	36,9	40,8	32,7	32,3	38,5	25,5	29,8	43,1	17,8	28,6	43,0	16,7
Trabajos Esporádicos	14,2	12,8	14,2	11,1	16,7	18,3	15,0	13,4	16,7	9,8	13,5	15,8	11,4	16,1	22,7	10,6
Aportes o ayuda de tu pareja	12,6	7,4	4,7	10,8	8,6	1,5	16,4	11,9	3,1	21,7	16,6	3,7	28,2	14,5	3,5	23,7
Aportes o ayuda de otros parientes	9,6	12,4	9,5	16,0	11,4	11,9	10,8	8,3	7,6	9,2	9,0	7,7	10,2	10,4	8,6	11,9
No tiene ingresos	5,3	1,8	2,4	1,1	3,3	3,9	2,6	5,0	4,8	5,2	7,4	6,9	7,9	6,6	3,4	9,3
Becas, ayudas de estudios	4,0	4,2	3,3	5,4	4,9	4,6	5,4	4,7	4,8	4,5	2,8	1,9	3,6	3,7	5,3	2,4
Otros subsidios o pensiones	2,2	0,1	0,0	0,2	1,8	0,5	3,2	2,0	1,7	2,2	2,8	1,7	3,8	4,7	3,5	5,7
Aportes o ayuda de no parientes	1,7	1,8	3,1	0,1	1,7	2,0	1,4	1,9	1,5	2,4	1,6	1,6	1,6	1,4	0,8	1,9
Rentas, inversiones	1,0	2,2	3,5	0,5	1,5	2,0	0,9	1,1	1,3	0,9	0,3	0,3	0,4	0,2	0,1	0,2
Subsidio de desempleo	0,2	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,3	0,2	0,5	0,1	0,1	0,2	0,1	0,1	0,0

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 9
Nivel de Autonomía en los Ingresos de la Población Joven según Sexo (%)

	Total	Sexo	
		Hombre	Mujer
Vives exclusivamente de los ingresos aportados por otras personas	50,3	40,8	60,2
Vives exclusivamente de los ingresos generados por ti	19,5	27,8	10,8
Vives principalmente de los ingresos generados por ti y de otras personas	15,6	17,1	13,9
Vives principalmente de los ingresos aportados por otras personas	13,3	13,0	13,6
No responde	1,4	1,3	1,4
Total	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 10
Lugar donde Vive Habitualmente la Población Joven Chilena según Sexo (%)

	Total	Sexo	
		Hombre	Mujer
En casa de mis padres	74,6	78,0	71,0
En mi casa (ya sea comprada, arrendada, etc.)	13,5	11,6	15,4
En casa de familiares	4,5	4,1	4,9
En casa de mis suegros	3,3	1,8	4,7
En una casa compartida con amigos/as, compañeros/as, etc.	2,0	2,4	1,5
Otra	0,9	0,7	1,0
En una residencia de estudiantes, colegio, etc.	0,8	0,9	0,6
Hogar de Menores	0,0	0,0	0,1
Centro de Reclusión Nocturna	0,0	0,0	0,0
No responde	0,5	0,5	0,6
Total	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 11
Lugar donde Vive Habitualmente la Población Joven Chilena
según Tramo Etario y Sexo (%)

	Total	Tramo Etario								
		15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años		
		Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
En casa de mis padres	74,6	91,1	92,8	89,4	74,2	78,1	70,2	54,6	59,6	49,7
En mi casa (ya sea comprada, arrendada, etc.)	13,5	1,5	1,3	1,8	10,1	7,7	12,5	32,1	28,9	35,3
En casa de familiares	4,5	4,0	3,6	4,4	6,6	6,5	6,7	2,9	2,2	3,7
En casa de mis suegros	3,3	1,0	0,2	1,9	3,3	1,4	5,2	5,9	4,2	7,7
En una casa compartida con amigos/as, compañeros/as, etc.	2,0	0,6	0,4	0,7	3,1	3,8	2,5	2,3	3,4	1,3
Otra	0,9	0,6	0,7	0,6	1,0	0,7	1,3	1,0	0,7	1,3
En una residencia de estudiantes, colegio, etc.	0,8	0,6	0,4	0,8	1,3	1,6	0,9	0,4	0,6	0,1
Hogar de Menores	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0	0,1	0,0	0,0	0,0
Centro de Reclusión Nocturna	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
No responde	0,5	0,6	0,7	0,5	0,3	0,1	0,4	0,8	0,5	1,0
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 12
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Tramo Etario y Sexo (%)

	Total	Sexo		Tramo Etario								
				15 a 19 años			20 a 24 años			25 a 29 años		
		Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Sí	71,9	74,8	68,8	39,5	43,8	35,0	86,3	89,1	83,4	95,3	97,1	93,5
No	27,8	24,8	30,8	60,1	55,7	64,6	13,3	10,6	16,1	4,4	2,7	6,1
No responde	0,4	0,3	0,4	0,4	0,5	0,3	0,4	0,3	0,5	0,2	0,2	0,3
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

ANEXO 2

TABLA 1
Población de 15 a 19 años según Sexo y Tipo de Contrato Primer Trabajo (%)

Tipo de contrato primer trabajo	Total	Sexo		15 a 19 años		
		Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
No tenía contrato de trabajo	22,6	21,4	23,9	38,3	32,9	45,3
Indefinido	20,7	22,0	19,4	11,6	12,8	10,2
Honorarios	12,9	11,3	14,6	3,4	0,5	7,0
Temporal en prácticas, aprendizaje o en formación	12,7	12,6	12,8	7,3	7,7	6,7
Plazo Fijo	12,7	12,1	13,3	10,0	9,6	10,6
Otro contrato temporal (por obra o faena)	10,6	13,1	8,2	17,8	18,6	16,7
Era por cuenta propia	2,8	2,7	2,8	0,3	0,4	0,2
Era un negocio familiar, sin contrato	2,2	2,1	2,3	4,9	7,3	1,8
No responde	2,7	2,8	2,6	6,4	10,2	1,5
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 2
Población de 20 a 24 años según Sexo y Tipo de Contrato Primer Trabajo (%)

Tipo de contrato primer trabajo	Total	Sexo		20 a 24 años		
		Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
No tenía contrato de trabajo	22,6	21,4	23,9	20,7	16,5	24,8
Indefinido	20,7	22,0	19,4	17,7	20,7	14,7
Honorarios	12,9	11,3	14,6	14,8	11,9	17,7
Temporal en prácticas, aprendizaje o en formación	12,7	12,6	12,8	13,2	14,0	12,4
Plazo Fijo	12,7	12,1	13,3	15,0	15,9	14,1
Otro contrato temporal (por obra o faena)	10,6	13,1	8,2	11,1	13,8	8,5
Era por cuenta propia	2,8	2,7	2,8	3,8	3,0	4,6
Era un negocio familiar, sin contrato	2,2	2,1	2,3	1,6	2,4	0,8
No responde	2,7	2,8	2,6	2,2	1,9	2,5
Total	100	100	100	100	100	100

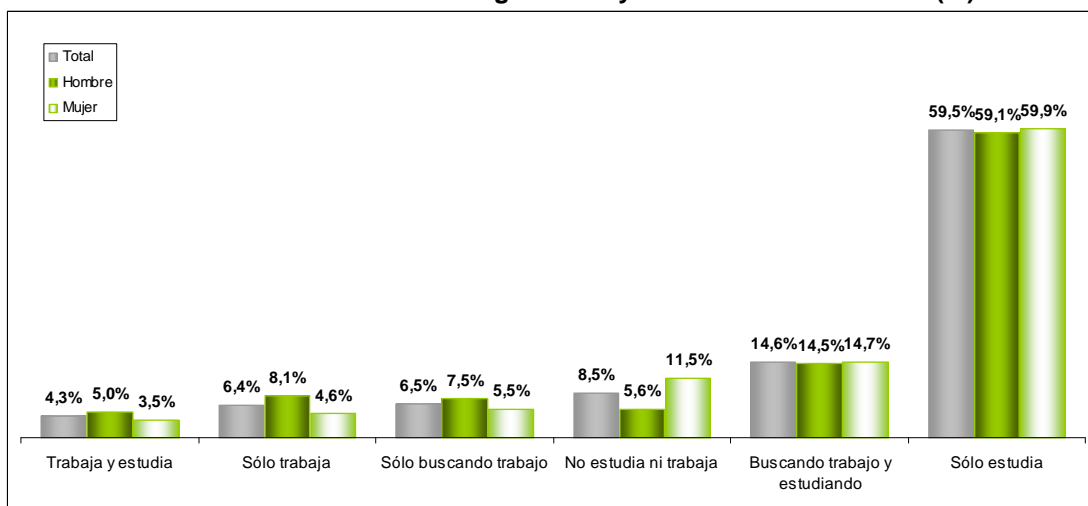
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 3
Población de 25 a 29 años según Sexo y Tipo de Contrato Primer Trabajo (%)

Tipo de contrato primer trabajo	Total	Sexo		25 a 29 años		
		Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
No tenía contrato de trabajo	22,6	21,4	23,9	22,0	23,7	20,3
Indefinido	20,7	22,0	19,4	24,7	24,6	24,8
Honorarios	12,9	11,3	14,6	12,7	12,6	12,7
Temporal en prácticas, aprendizaje o en formación	12,7	12,6	12,8	13,1	12,1	14,0
Plazo Fijo	12,7	12,1	13,3	11,1	9,1	13,0
Otro contrato temporal (por obra o faena)	10,6	13,1	8,2	9,2	11,6	6,9
Era por cuenta propia	2,8	2,7	2,8	2,2	2,9	1,6
Era un negocio familiar, sin contrato	2,2	2,1	2,3	2,4	1,0	3,7
No responde	2,7	2,8	2,6	2,7	2,4	2,9
Total	100	100	100	100	100	100

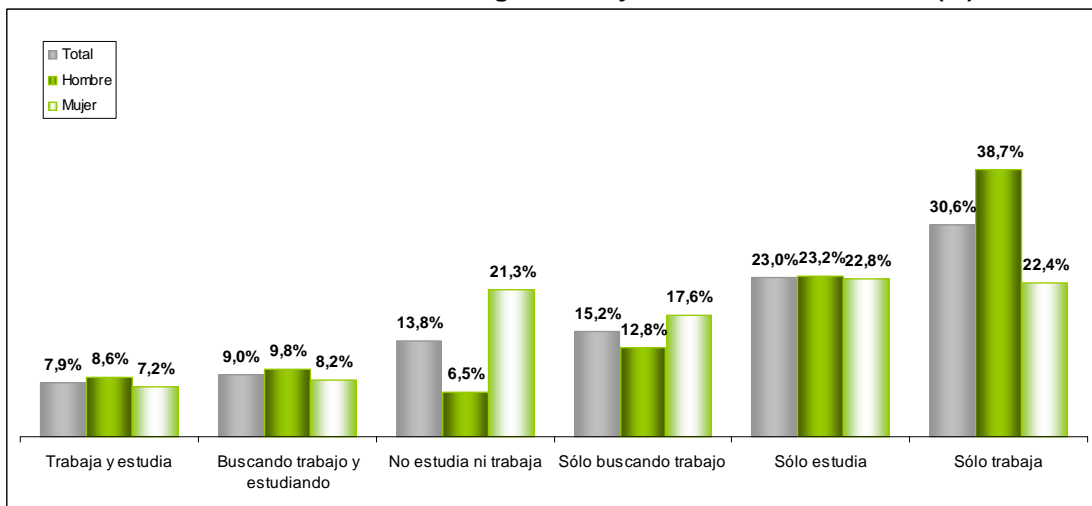
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 1
Población de 15 a 19 años según Sexo y Condición de Actividad (%)



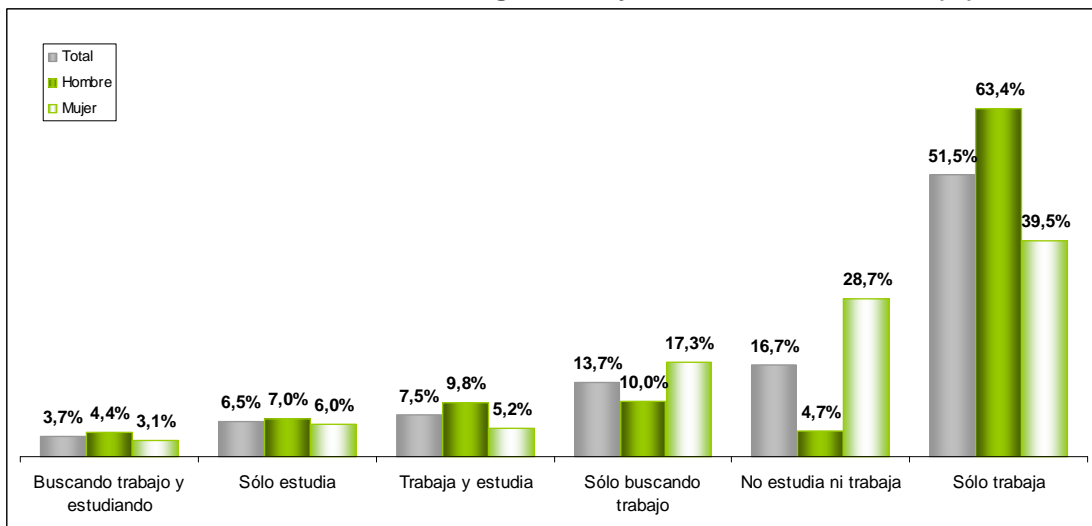
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 2
Población de 20 a 24 años según Sexo y Condición de Actividad (%)



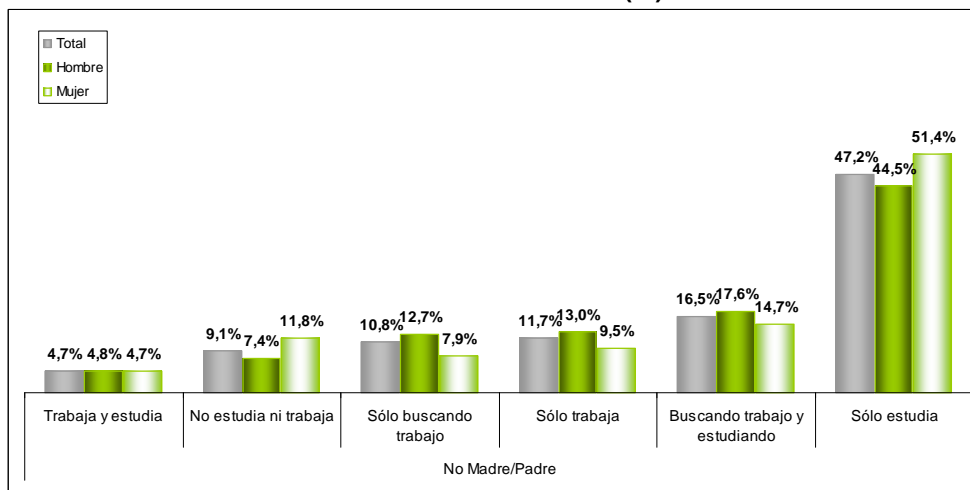
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 3
Población de 25 a 29 años según Sexo y Condición de Actividad (%)



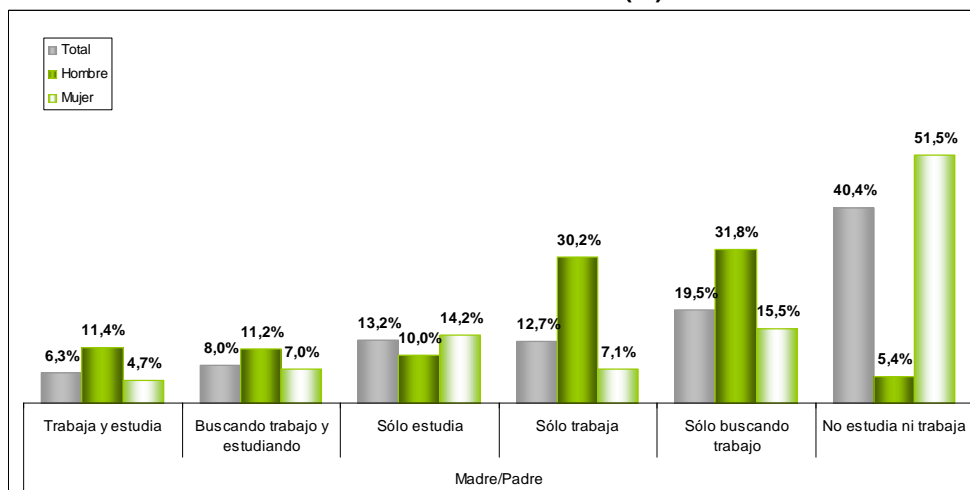
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 4
Población de 15 a 19 años que NO es Madre o Padre según Sexo y
Condición de Actividad (%)



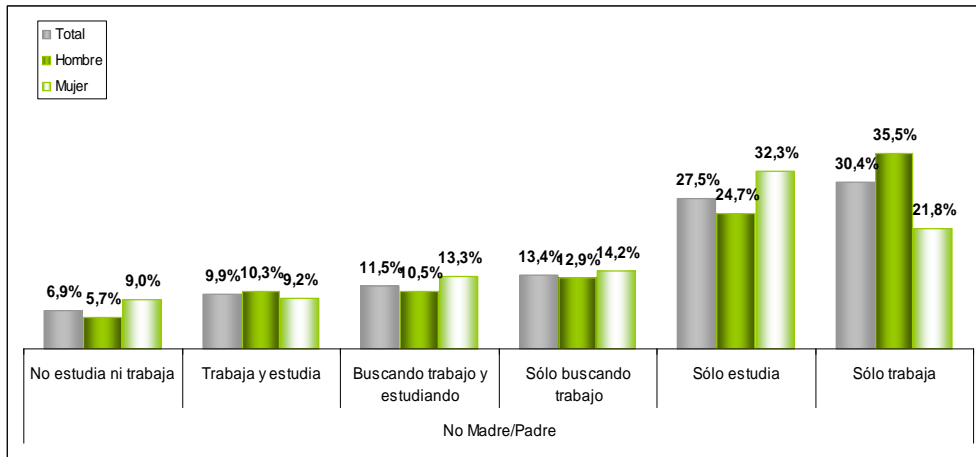
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 5
Población de 15 a 19 años que es Madre o Padre según Sexo y
Condición de Actividad (%)



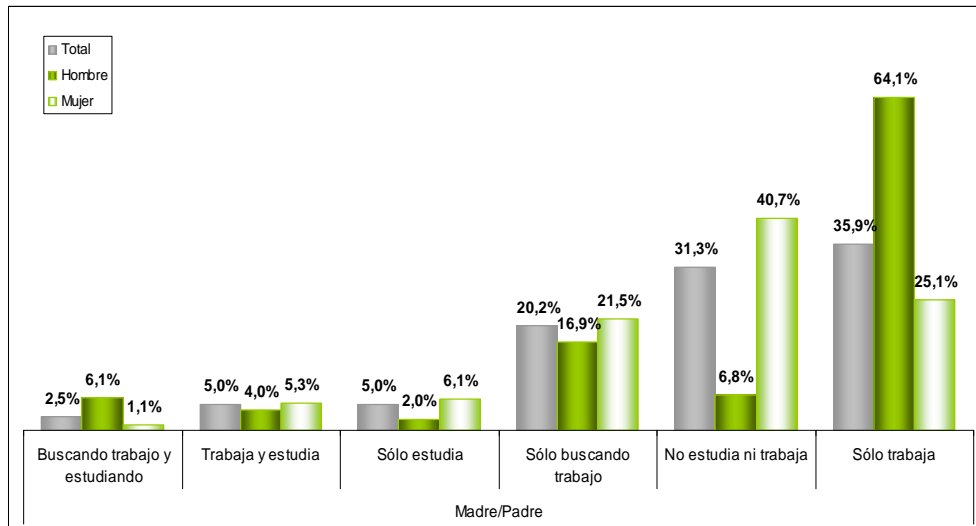
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 6
Población de 20 a 24 años que NO es Madre o Padre según Sexo y
Condición de Actividad (%)



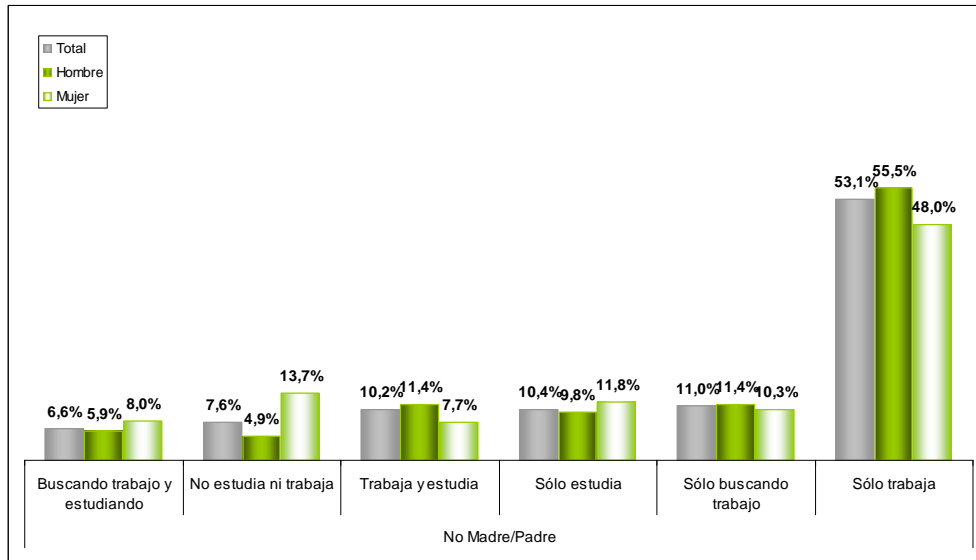
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 7
Población de 20 a 24 años que es Madre o Padre según Sexo y
Condición de Actividad (%)



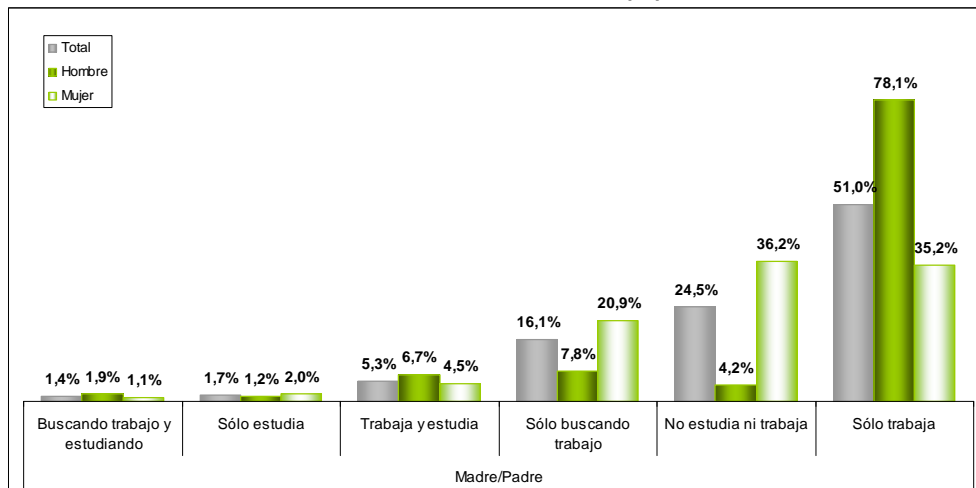
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 8
Población de 25 a 29 años que NO es Madre o Padre según Sexo y
Condición de Actividad (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 9
Población de 25 a 29 años que es Madre o Padre según Sexo y
Condición de Actividad (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 4
Población de 15 a 19 años según Sexo y Fuentes de Ingresos (%)

Fuente de Ingreso	Total	Sexo		15 a 19 años		
		Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Aportes o ayuda de tus padres	49,4	48,8	50,1	75,2	74,0	76,4
Trabajo Regular	32,4	40,7	23,8	9,0	11,9	6,0
Trabajos esporádicos	14,4	17,2	11,6	8,8	11,3	6,2
Aportes o ayuda de tu pareja	12,7	3,2	22,6	3,4	0,8	6,2
Aportes o ayuda de otros parientes	9,8	8,8	10,8	12,4	13,1	11,6
No tiene ingresos	5,4	5,0	5,7	8,9	8,2	9,6
Becas, ayudas de estudios	4,1	3,8	4,3	5,4	4,4	6,5
Otros subsidios o pensiones	2,3	1,5	3,1	1,8	1,9	1,8
Aportes o ayuda de no parientes	1,8	1,8	1,8	1,8	1,7	1,8
Rentas, inversiones	1,0	1,3	0,7	0,2	0,2	0,2
Subsidio de desempleo	0,2	0,1	0,2	0,0	0,0	0,0
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 5
Población de 20 a 24 años según Sexo y Fuentes de Ingresos (%)

Fuente de Ingreso	Total	Sexo		20 a 24 años		
		Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Aportes o ayuda de tus padres	49,4	48,8	50,1	47,5	46,4	48,5
Trabajo Regular	32,4	40,7	23,8	35,7	44,6	26,6
Trabajos esporádicos	14,4	17,2	11,6	17,1	20,1	14,0
Aportes o ayuda de tu pareja	12,7	3,2	22,6	13,0	3,1	23,2
Aportes o ayuda de otros parientes	9,8	8,8	10,8	10,3	8,5	12,2
No tiene ingresos	5,4	5,0	5,7	3,7	3,4	3,9
Becas, ayudas de estudios	4,1	3,8	4,3	5,0	5,9	4,1
Otros subsidios o pensiones	2,3	1,5	3,1	2,6	1,6	3,7
Aportes o ayuda de no parientes	1,8	1,8	1,8	2,1	2,4	1,7
Rentas, inversiones	1,0	1,3	0,7	1,1	1,7	0,5
Subsidio de desempleo	0,2	0,1	0,2	0,3	0,2	0,5
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 6
Población de 25 a 29 años según Sexo y Fuentes de Ingresos (%)

Fuente de Ingreso	Total	Sexo		25 a 29 años		
		Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Aportes o ayuda de tus padres	49,4	48,8	50,1	20,3	20,6	20,0
Trabajo Regular	32,4	40,7	23,8	57,1	71,8	42,1
Trabajos esporádicos	14,4	17,2	11,6	18,3	20,9	15,6
Aportes o ayuda de tu pareja	12,7	3,2	22,6	23,8	6,3	41,6
Aportes o ayuda de otros parientes	9,8	8,8	10,8	6,0	3,9	8,2
No tiene ingresos	5,4	5,0	5,7	3,0	2,8	3,1
Becas, ayudas de estudios	4,1	3,8	4,3	1,4	0,9	1,9
Otros subsidios o pensiones	2,3	1,5	3,1	2,5	0,9	4,1
Aportes o ayuda de no parientes	1,8	1,8	1,8	1,5	1,1	1,8
Rentas, inversiones	1,0	1,3	0,7	1,8	2,1	1,5
Subsidio de desempleo	0,2	0,1	0,2	0,2	0,2	0,2
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 7
Población Joven Chilena Iniciada Sexualmente según Nivel Socioeconómico y Sexo (%)

	ABC1/C2			C3			D/E		
	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
Si	68,3	74,7	60,4	72,5	76,3	68,3	70,5	71,4	69,6
No	31,6	25,3	39,6	27,3	23,6	31,5	29,1	27,9	30,2
No responde	0,0	0,1	0,0	0,2	0,1	0,3	0,4	0,6	0,2
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100

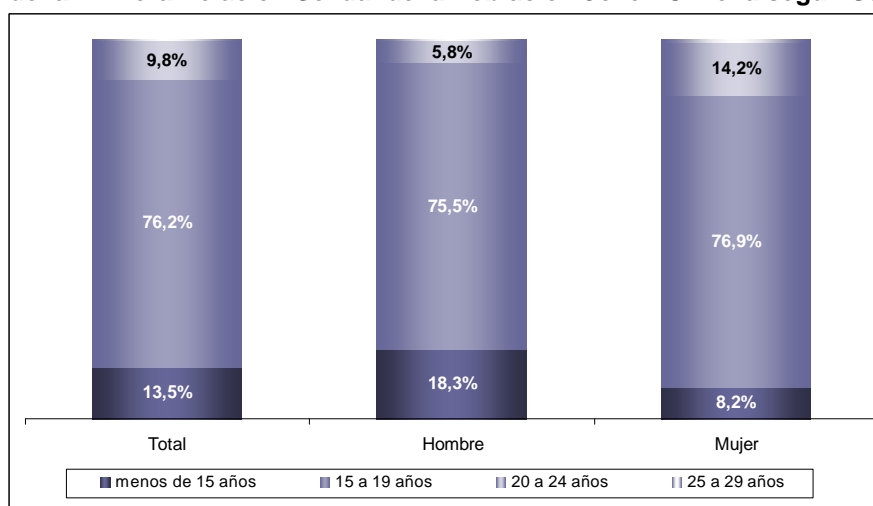
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 8
Población de 20 a 29 años Iniciada Sexualmente según Tramo Etario, Nivel Socioeconómico y Sexo (%)

	20 a 24 años									25 a 29 años								
	ABC1/C2			C3			D/E			ABC1/C2			C3			D/E		
	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M
Si	86,8	88,2	85,1	86,7	90,4	82,3	87,7	89,3	86,4	91,1	94,7	84,9	95,6	95,8	95,4	95,0	97,6	92,9
No	13,2	11,8	14,9	13,2	9,6	17,3	11,8	9,8	13,5	8,9	5,3	15,1	4,4	4,2	4,6	4,7	2,0	6,9
No responde	0,0	0,0	0,0	0,2	0,0	0,4	0,5	0,8	0,2	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,3	0,5	0,2
Total	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 10
Edad de la Primera Relación Sexual de la Población Joven Chilena según Sexo (%)



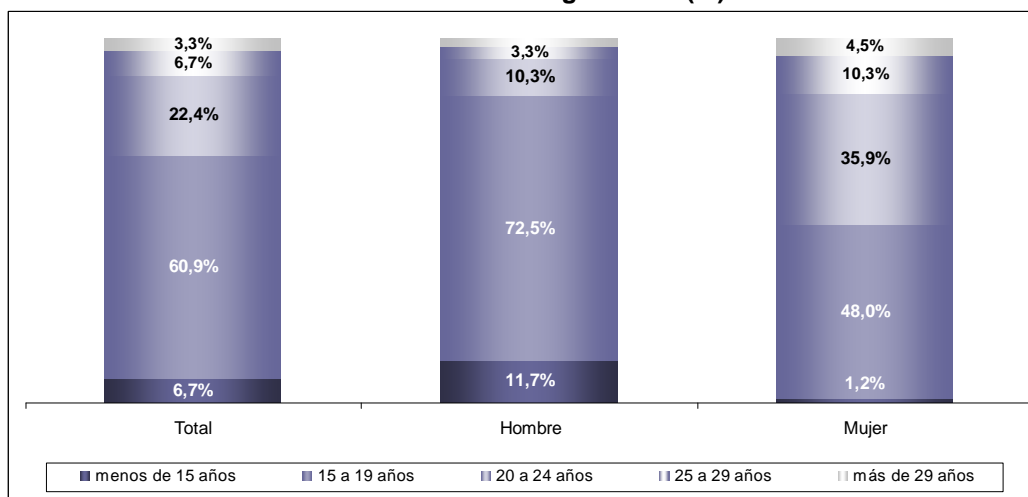
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 9
Edad de la Primera Relación Sexual de la Población Joven Chilena
según Tramo Etario, Nivel Socioeconómico y Sexo (%)

		ABC1/C2			C3			D/E		
		Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
15 a 19 años	Menos de 15 años	5,7	5,5	5,9	23,4	26,1	19,3	23,6	25,3	21,6
	15 a 19 años	94,3	94,5	94,1	76,6	73,9	80,7	76,4	74,7	78,4
20 a 24 años	Menos de 15 años	4,7	6,4	2,7	11,9	17,1	5,3	14,7	20,0	10,2
	15 a 19 años	83,4	90,4	75,1	78,2	75,6	81,4	76,8	75,2	78,2
	20 a 24 años	11,9	3,1	22,2	9,9	7,3	13,3	8,5	4,8	11,6
25 a 29 años	Menos de 15 años	5,2	7,1	1,5	12,6	21,7	2,9	12,6	18,9	7,3
	15 a 19 años	78,7	78,5	79,2	70,6	67,2	74,2	73,8	75,8	72,1
	20 a 24 años	12,1	8,9	18,6	15,9	10,8	21,4	12,6	5,2	18,9
	25 a 29 años	3,9	5,5	0,7	0,8	0,3	1,4	0,9	0,1	1,6
Total	Menos de 15 años	5,1	6,6	2,7	14,4	20,6	6,8	16,1	21,0	11,6
	15 a 19 años	82,9	84,8	80,0	75,1	72,4	78,4	75,6	75,3	75,9
	20 a 24 años	10,0	5,7	17,0	10,2	6,9	14,2	8,0	3,7	11,9
	25 a 29 años	1,9	2,9	0,3	0,3	0,1	0,6	0,3	0,0	0,6

Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 11
Población Joven Chilena de Acuerdo a la Edad de la Pareja con quien tuvo la Primera
Relación Sexual según Sexo (%)



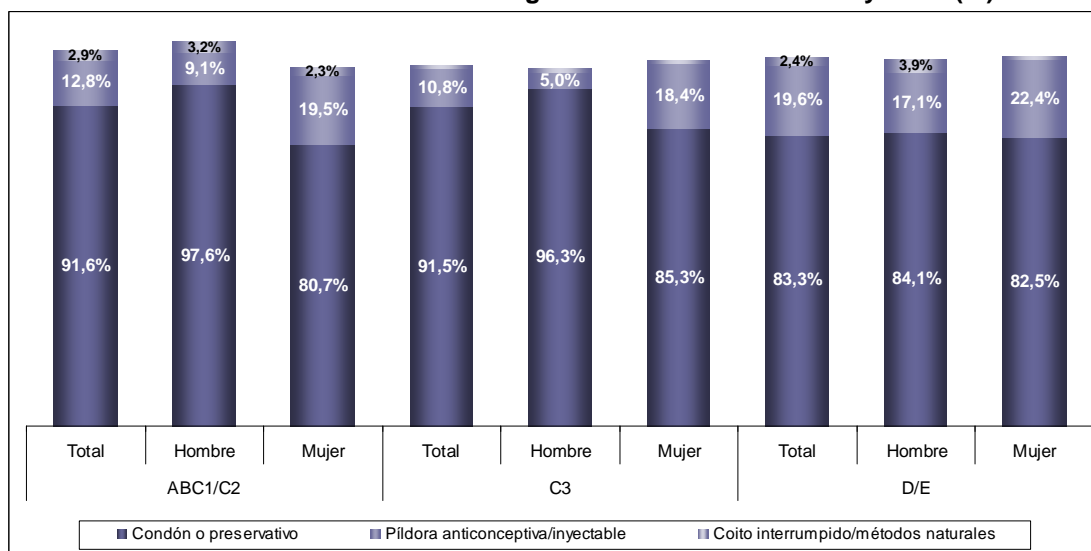
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 10
Uso de Algún Método de Prevención en la Primera Relación Sexual por la Población Joven Chilena según Tramo Etario, Nivel Socioeconómico y Sexo (%)

		ABC1/C2			C3			D/E		
		Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
15 a 19 años	Si	71,7	77,9	62,4	61,1	64,8	55,6	43,7	45,0	42,2
	No	24,4	17,8	34,3	35,9	32,8	40,5	54,2	52,2	56,5
	No recuerda	1,9	3,2	0,0	0,1	0,2	0,0	0,2	0,4	0,0
	No responde	2,0	1,1	3,4	2,9	2,2	3,9	1,9	2,4	1,3
20 a 24 años	Si	68,6	78,2	57,4	52,2	50,0	54,9	38,2	44,4	32,9
	No	29,2	21,8	37,8	45,7	47,8	42,9	59,8	53,6	65,0
	No recuerda	0,3	0,0	0,7	0,2	0,2	0,2	0,5	1,0	0,1
	No responde	1,9	0,0	4,2	2,0	2,0	2,0	1,5	1,0	1,9
25 a 29 años	Si	42,6	43,7	40,6	38,3	40,5	36,0	25,6	29,0	22,7
	No	53,2	53,6	52,5	59,7	57,6	61,8	69,7	64,3	74,2
	No recuerda	0,8	0,0	2,2	0,1	0,2	0,0	0,7	0,0	1,4
	No responde	3,4	2,7	4,7	1,9	1,7	2,2	4,0	6,7	1,7

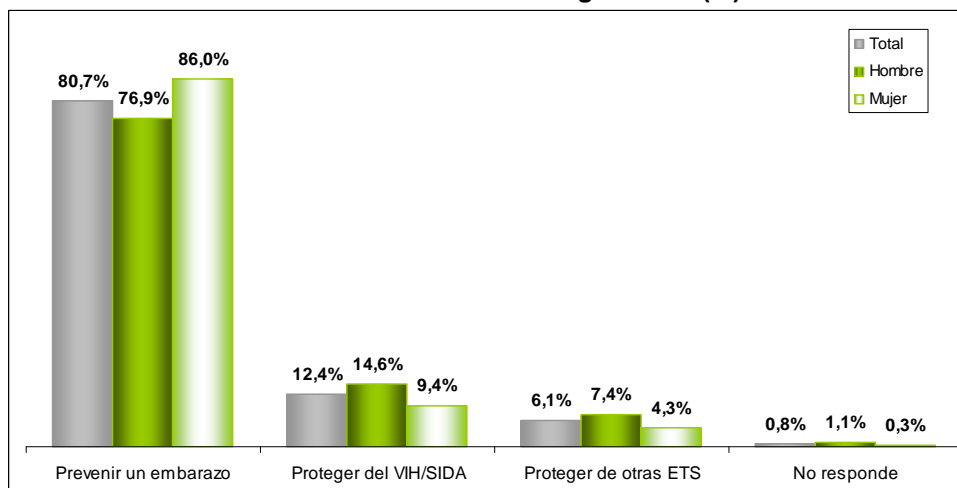
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 12
Población Joven Chilena de acuerdo al Método de Prevención/anticoncepción que se Usó en la Primera Relación Sexual según Nivel Socioeconómico y Sexo (%)



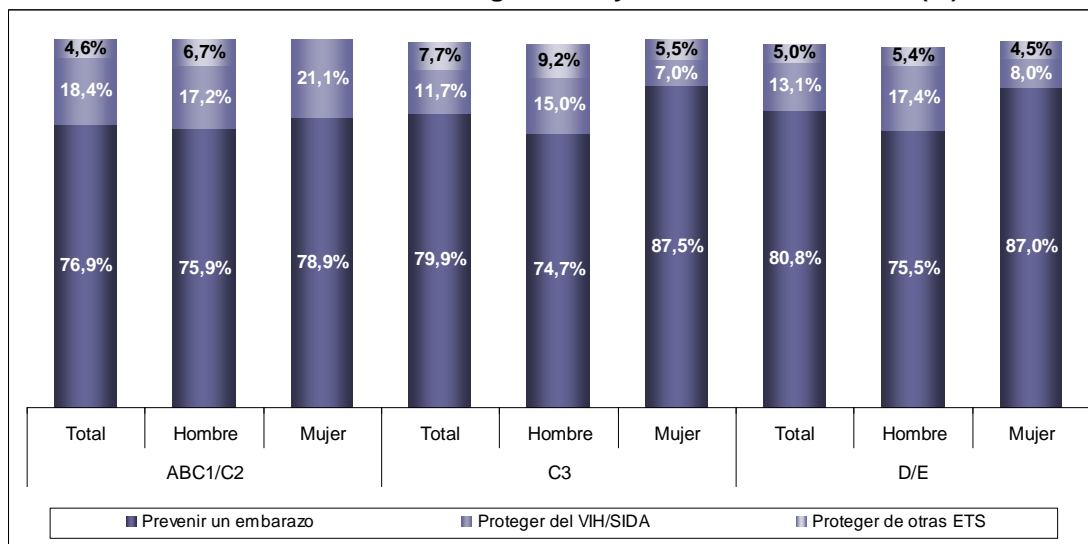
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 13
Población Joven Chilena de acuerdo a la Razón por la que se Usó el Condón en la Primera Relación Sexual según Sexo (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 14
Población Joven Chilena de acuerdo a la Razón por la que se Usó el Condón en la Primera Relación Sexual según Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



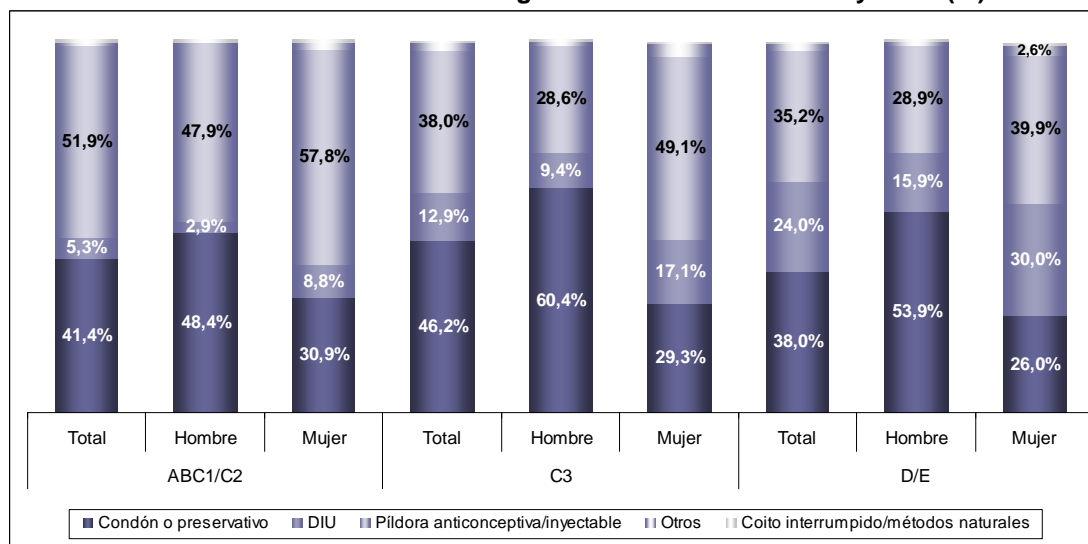
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

TABLA 11
Uso de Algún Método de Prevención en la Última Relación Sexual por la Población Joven Chilena según Tramo Etario, Nivel Socioeconómico y Sexo (%)

		ABC1/C2			C3			D/E		
		Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer
15 a 19 años	Si	90,3	91,5	88,4	68,6	72,0	63,5	59,0	52,7	66,0
	No	7,7	7,3	8,3	30,2	26,4	35,8	40,0	45,6	33,8
	No recuerda	0,7	1,1	0,0	0,5	0,4	0,6	0,5	0,8	0,1
	No responde	1,3	0,0	3,4	0,7	1,2	0,0	0,5	0,9	0,2
20 a 24 años	Si	89,6	87,4	92,2	77,9	74,3	82,4	68,2	65,8	70,2
	No	10,4	12,6	7,8	19,1	22,0	15,5	30,6	33,0	28,6
	No recuerda	0,0	0,0	0,0	1,1	1,3	0,9	0,4	0,1	0,6
	No responde	0,0	0,0	0,0	2,0	2,5	1,3	0,8	1,1	0,6
25 a 29 años	Si	84,1	82,4	87,2	75,5	74,7	76,4	64,6	54,5	73,2
	No	14,9	17,6	9,7	23,0	24,1	21,8	33,5	43,5	25,0
	No recuerda	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	1,0	1,4	0,5
	No responde	1,0	0,0	3,1	1,5	1,2	1,8	0,9	0,6	1,3

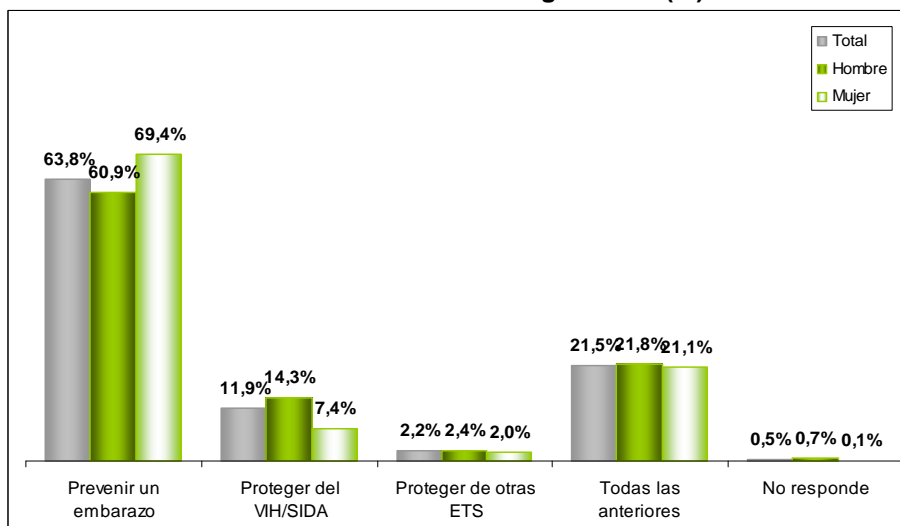
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 15
Población Joven Chilena de acuerdo al Método de Prevención/anticoncepción que se Usó en la Última Relación Sexual según Nivel Socioeconómico y Sexo (%)



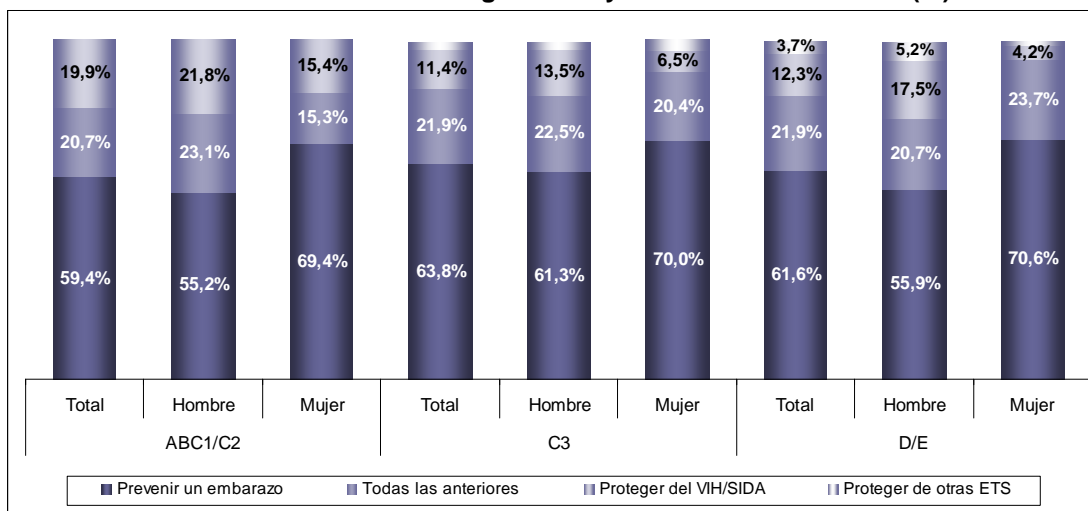
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 16
Población Joven Chilena de acuerdo a la Razón por la que se Usó el Condón en la Última Relación Sexual según Sexo (%)



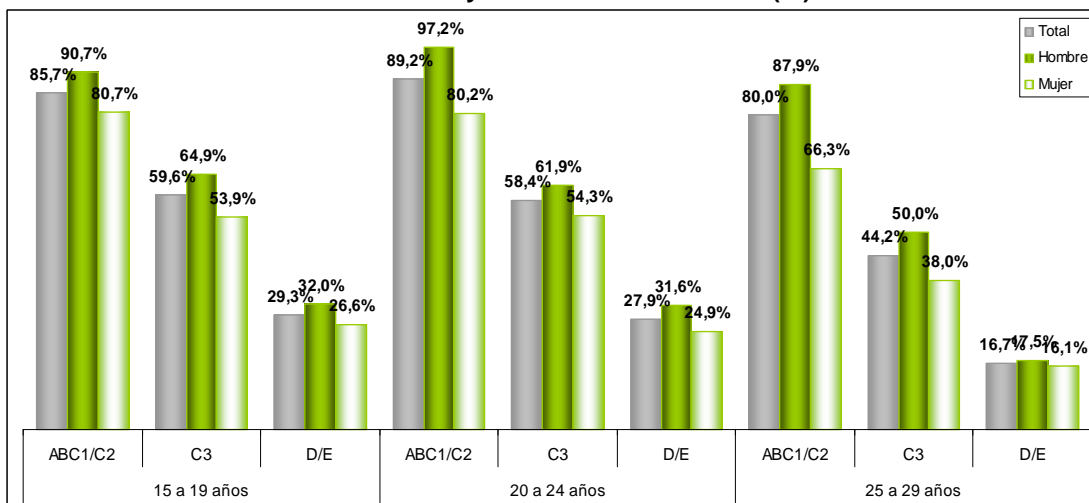
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 17
Población Joven Chilena de acuerdo a la Razón por la que se Usó el Condón en la Última Relación Sexual según Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



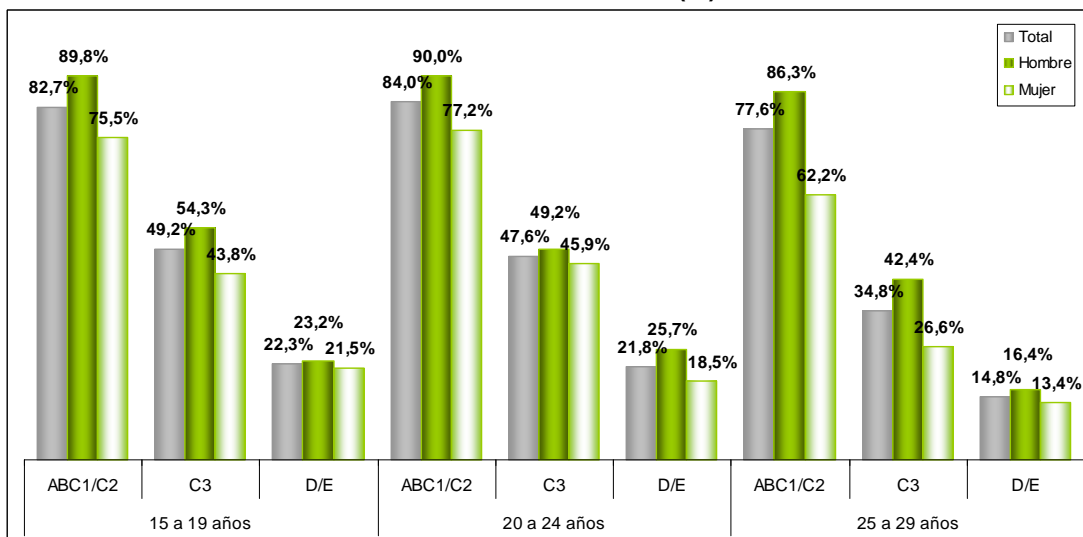
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 18
Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano del Computador, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico (%)



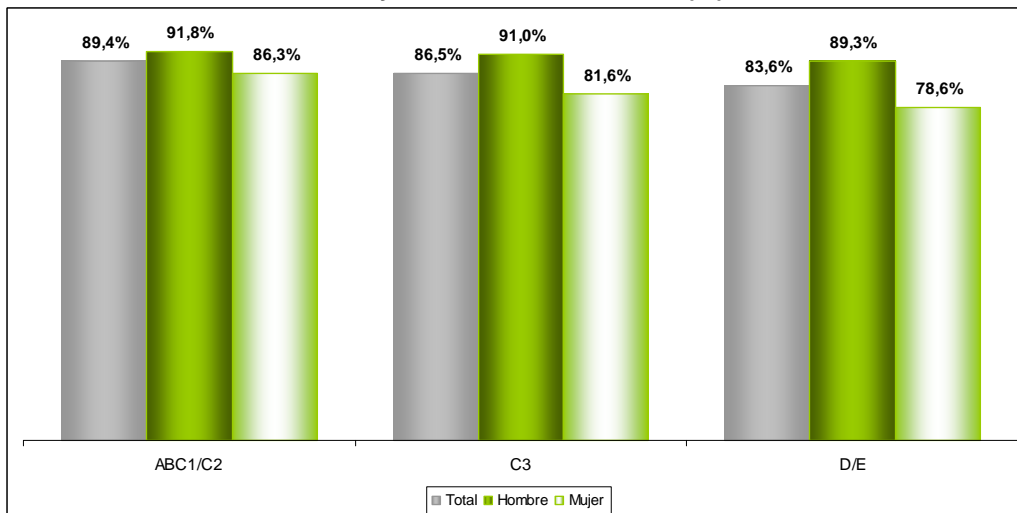
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 19
Población Joven Chilena según Sexo, Uso Cotidiano de Internet, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico (%)



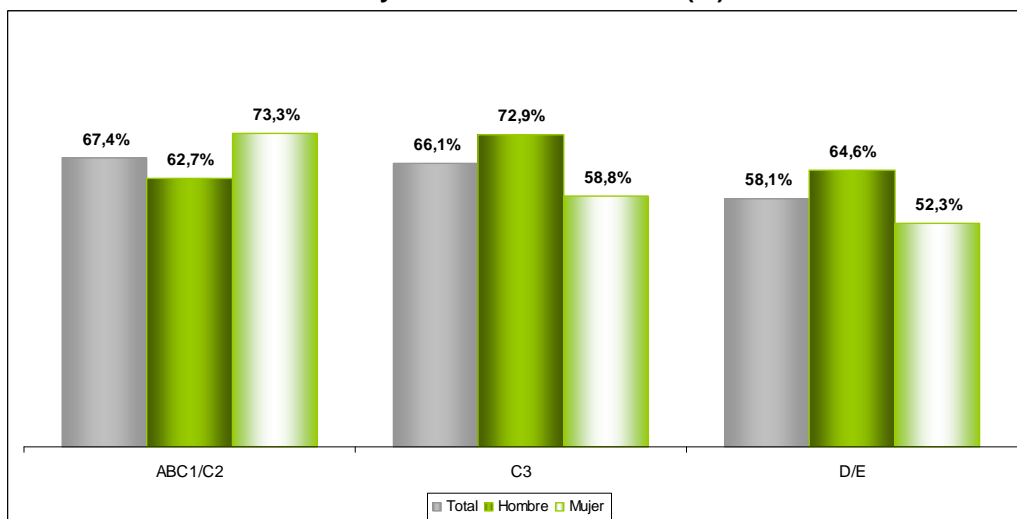
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 20
Población Joven Chilena que Indica Salir o Conversar con sus Amistades según
Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



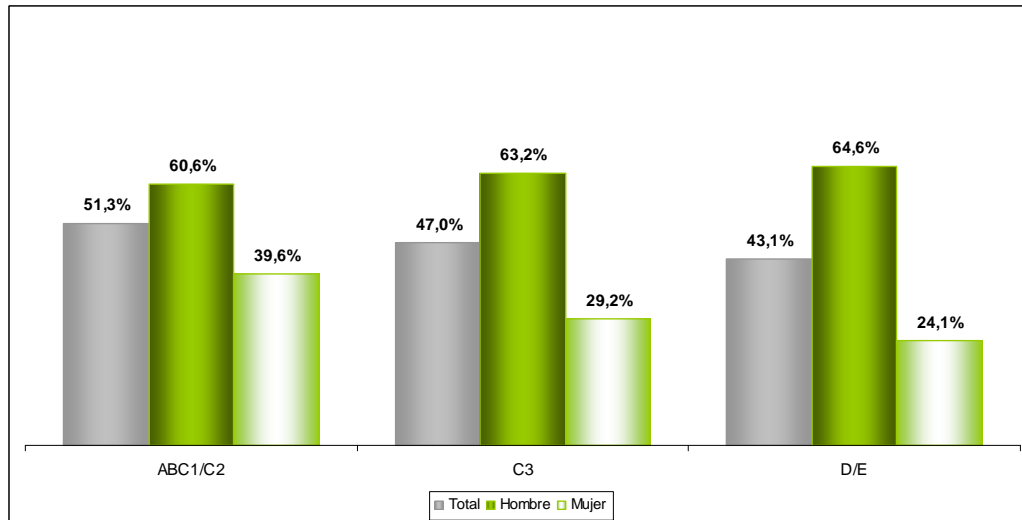
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 21
Población Joven Chilena que Indica Salir a Fiestas o Ir a Bailar según
Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



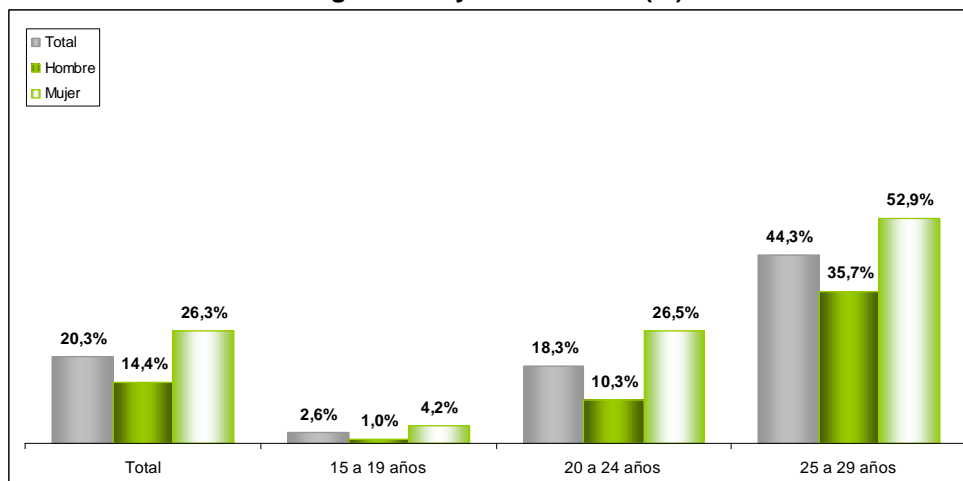
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 22
Población Joven Chilena que Indica Practicar algún Deporte según Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



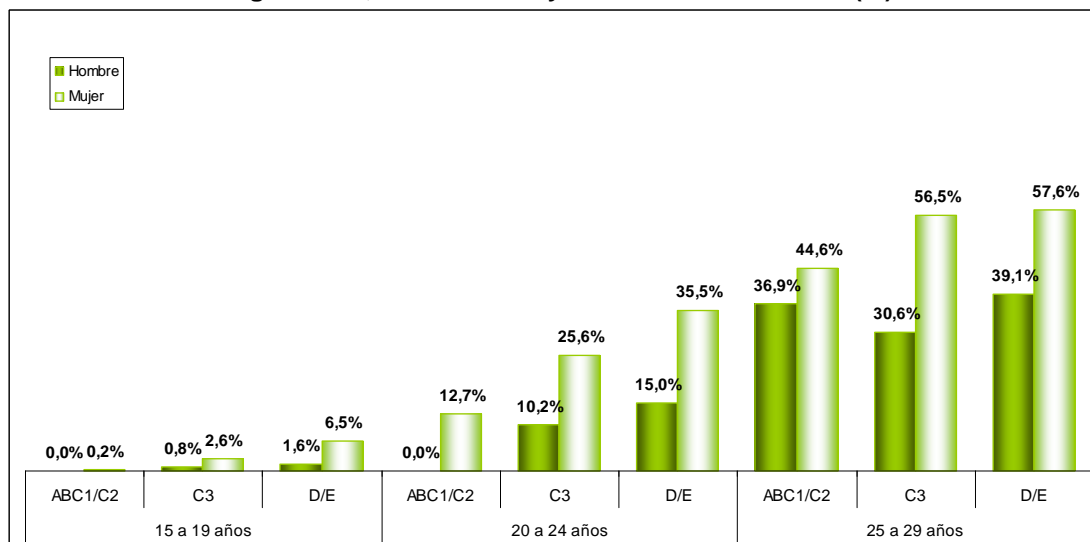
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 23
Población Joven Chilena que está Casada o Vive con su Pareja
según Sexo y Tramo Etario (%)



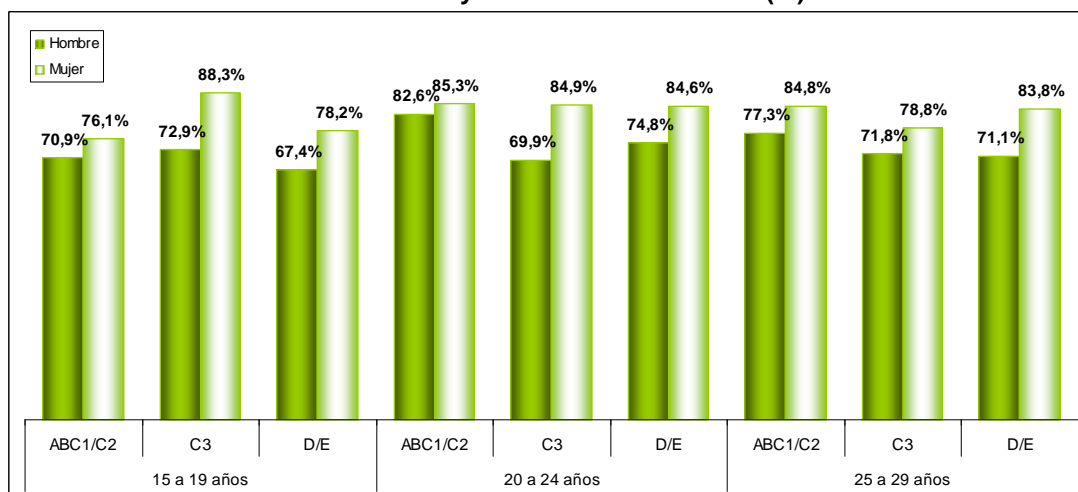
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 24
Población Joven Chilena que está Casada o Vive con su Pareja
según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico (%)



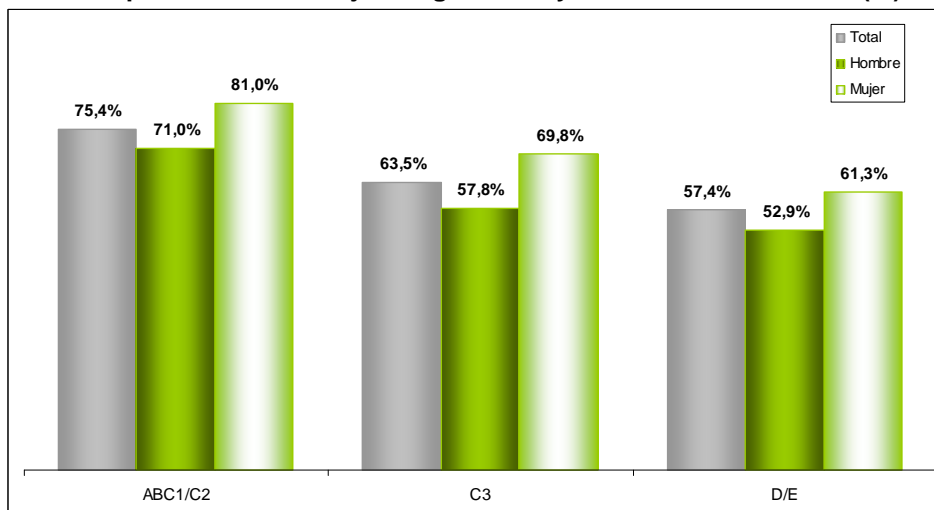
Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 25
Población Joven Chilena De Acuerdo con la Frase “En el Matrimonio o Relación de Convivencia, los Hombres Debieran Compartir las Labores Domésticas con las Mujeres, Includo el Cuidado de las/os Hijas/os” según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

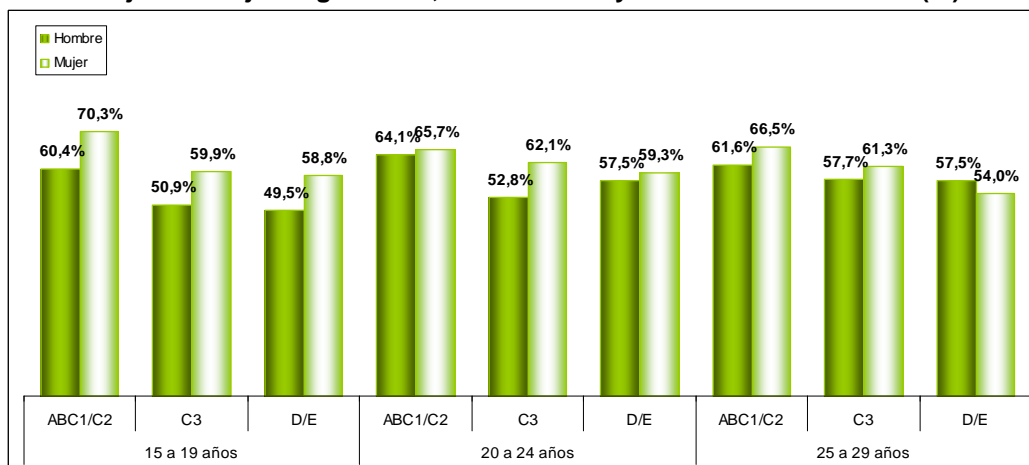
GRÁFICO 26
Población Joven Chilena en Desacuerdo con la Frase “Cuidar a las/os Hijas/os es Tarea Principalmente de la Mujer” según Sexo y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)

GRÁFICO 27

Población Joven Chilena en Desacuerdo con la Frase “En una Relación de Convivencia o Situación Conyugal no es Deseable que el Hombre Tenga un Sueldo Inferior al de su Mujer o Pareja” según Sexo, Tramo Etario y Nivel Socioeconómico (%)



Fuente: Elaboración propia, Quinta Encuesta Nacional de Juventud (INJUV, 2006)